

**BERNARDO
ESQUINCA**

**CARNE
DE ATAÚD**



se

Lectulandia

Eugenio Casasola trabaja como cronista de nota roja en *El Imparcial*. Una serie de asesinatos le pone sobre la pista de El Chalequero, asesino en serie ya encarcelado por matar prostitutas. Murcia, amante de Eugenio, fue una de sus víctimas. Una médium, Madame Guillot, lo ayudará a comunicarse con su espíritu y lo llevará a conocer los secretos del más allá. Mientras tanto el inspector de policía Roumagnac cuenta con un plan secreto para acabar con la ola de crímenes que asola la ciudad.

En *Carne de ataúd* conviven los feminicidios, la represión a la prensa, la corrupción y la violencia que se vivió en las primeras décadas del siglo xx en Ciudad de México. El autor, Bernardo Esquinca, ha trazado una serie de novelas policiacas —la saga Casasola— que tiene por protagonista a un reportero que escribe sobre historias de violencia y que habla en sueños con los muertos.

Lectulandia

Bernardo Esquinca

Carne de ataúd

La saga Casasola - 3

ePub r1.0

Titivillus 27.11.2018

Título original: *Carne de ataúd*
Bernardo Esquinca, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. EL CHALEQUERO

SEGUNDA PARTE. LA BESTIA

TERCERA PARTE. EL ACUCHILLADOR

CUARTA PARTE. UN LUGAR PARA ENTERRAR A LOS EXTRAÑOS

EPÍLOGO

ALGUNOS DE LOS PERSONAJES REALES QUE APARECEN EN LA NOVELA

NOTA

*Para Talía y Pía, mis amores
Para Mamá y Papá, aliados en el Otro Mundo*

*This has never been about the murders;
not the killer nor his victims.
It's about us. About our minds and how they dance.*

ALAN MOORE, *From Hell*

PRÓLOGO

Guadalajara, marzo de 1855

Ll Rastro parecía el escenario de una masacre. Había charcos de sangre en el piso, salpicaduras en las paredes, vísceras apiladas en montones. El joven Francisco se acercó al lugar donde las reses colgaban bocabajo de ganchos. Estaba acostumbrado a ese olor a muerte: visitaba seguido a su padre en el trabajo. Era un olor que una vez que entraba por la nariz era muy difícil que saliera; duraba varios días y lo impregnaba todo: la ropa, la casa, incluso los pensamientos. A veces, Francisco sentía que miraba en rojo, y que el agua que bebía tenía el mismo color de la sangre.

Caminó por el suelo pegajoso, sin importarle que sus huaraches se ensuciaran con la porquería. Llegó hasta donde su padre lo esperaba, con un enorme cuchillo en la mano. Sabía lo que tenía que hacer. Y aunque ya lo había hecho en numerosas ocasiones, seguía experimentando la misma mezcla de asco y emoción de la primera vez.

Tomó el cuchillo y rajó el pecho del animal, justo a la altura del corazón. Su padre estaba listo con un vaso, y recibió el líquido. De inmediato se lo pasó a Francisco, quien bebió el contenido de un trago. La sangre estaba espesa, caliente. Cuando terminó, contuvo las arcadas, y luego se pasó la lengua por las comisuras de los labios.

Su padre le dio un coscorrón.

—Lárguese.

Su aliento olía a pulque fermentado. Francisco esperaba con ansia el día en que su padre se lo diera a probar. Estaba seguro de que, además de la sangre, esa bebida lo transformaría en un hombre viril. Por algo tenía la consistencia de los mecos. Había visto a hombres que, tras beber pulque, apuñalaban a otros con saña.

Regresó a su casa espantando las gallinas que se encontraba en el camino. Fue directo a la letrina y, paladeando los restos de sangre en sus encías, se masturbó dilatadamente.

Satisfecho, se acostó en el petate a dormir. Y soñó: tenía muchas mujeres que vivían para complacerlo. Algunas aceptaban de muy buena gana. A las que se ponían remilgosas, las obligaba. A veces con pura fuerza, otras con el cuchillo. Ellas se espantaban, y eso lo excitaba más.

Despertó. Como siempre, se puso triste. Aún no tenía el arrojo ni para someter a sus primas, como había hecho su padre, que se casó con una pariente. Miró el chaleco que colgaba de un clavo, luego sus huaraches pringosos. Tal vez debería empezar a vestirme mejor, pensó.

Y trabajar. Podría hacer zapatos.

Pagaré por mujeres.

Francisco se puso el chaleco de su padre, se miró en el trozo de espejo que colgaba sobre el aguamanil, y dijo en voz alta:

—Después les cobraré lo que me deban.

PRIMERA PARTE

EL CHALEQUERO

Ciudad de México, mayo de 1908

La víctima era una anciana de ochenta años. Tenía un profundo tajo en el cuello y la cabeza casi desprendida del cuerpo. Apareció hacia las cinco de la tarde del 26 de mayo, en las orillas del río Consulado. La policía mostró el cuerpo a los habitantes de la colonia Valle Gómez, pero nadie pudo identificarlo. Sin embargo, Eugenio Casasola, *reporter* de *El Imparcial*, tenía una teoría de quién era el responsable: un fantasma de su pasado. No se atrevió a decirle nada a su esposa ni a sus compañeros de trabajo, pues adivinaba lo que le dirían: *necesitas que te vea un médico, continúas obsesionado, es una pena que veinte años no te hayan servido para superarlo*. Él mismo sabía que era imposible, que el asesino que había poblado de pesadillas sus sueños se estaba pudriendo en una celda en el castillo de San Juan de Ulúa. Sin embargo, algo que venía de sus entrañas le aseguraba que su viejo enemigo estaba de regreso, que debía alertar a las autoridades. Aquella posibilidad lo llenaba de temor y, al mismo tiempo, lo impregnaba de una extraña emoción: la posibilidad de volvérselo a topar cara a cara, de gritarle que ni un solo día había dejado de extrañar a Murcia Gallardo.

Francisco Guerrero, alias el Chalequero, había matado a varias prostitutas durante la década de los ochenta del siglo pasado y ahora parecía estar de regreso. El cadáver de la anciana tenía su sello inconfundible: la «cuchillada del borrego», que remitía a los animales que se sacrificaban en ciertos festejos. No estaba seguro si la policía recordaba al célebre asesino, pero él se encargaría de refrescarles la memoria con su nota.

Además, sería el gran tema de portada que el director llevaba tiempo pidiéndole. Los lectores respondían positivamente a las historias sangrientas, y el tiraje aumentaba. Incluso imaginó el titular: ¿VUELVEN LOS TIEMPOS DEL CHALEQUERO? Pero antes necesitaba asegurarse. Se puso la levita y tomó su sombrero. Se dio cuenta de que la mano le temblaba. Salió de la vecindad en la que vivía con su mujer y su pequeño hijo, y caminó por Medinas. El cielo estaba encapotado, la lluvia pronto volvería intransitables las calles. Buscó en los bolsillos monedas con las que pagarle a algún cargador en caso de necesitarlo. Y aunque le disgustaba la perspectiva de tener que subirse a la espalda de un desgraciado que imitaba a las mulas para ganarse la vida, sonrió: las tormentas eléctricas favorecían la comunicación con el Otro Mundo.

Cuando cruzó Plateros, un rayo iluminó el cielo y la lluvia comenzó a caer. Eugenioapuró el paso: sin duda Murcia tenía un mensaje importante para él, y además Madame Guillot estaría esperándolo con su acostumbrado festín.

Llegó empapado a la vieja casona ubicada en la calle de Don Juan Manuel. Antes de tocar a la puerta, vio venir de frente a una figura envuelta en una capa negra. Todo su cuerpo se estremeció. Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo de su levita, y con alivio comprobó que había olvidado su reloj. El caminante pasó a su lado como una sombra y, aunque este no se detuvo ni se dignó a mirarle, el corazón de Eugenio continuó acelerado. Más que supersticioso, era un hombre convencido de que en la Ciudad de México cualquier cosa podía ocurrir, incluso que las leyendas se materializaran. Un infeliz convertido en asesino a causa de los celos era algo más cercano a la realidad que al mito. De ahí a que su energía se manifestara solo había un paso, un cruce del umbral entre dos mundos. Madame Guillot se lo había demostrado muchas veces. Cuando se aseguró de que el sujeto de la capa dio vuelta en la esquina, Eugenio se sintió más tranquilo y anunció su presencia en la casa.

Su anfitriona era espléndida. Antes de iniciar cada sesión, ambos se atiborraban con licor, galletas, pastelillos y volovanes, porque como afirmaba Madame Guillot, «la comunicación con los muertos funciona mejor con el estómago lleno: ellos comen a través de nosotros. ¿No se trata de eso la celebración del 2 de noviembre?».

Tras quedar satisfechos, pasaron a la biblioteca. La anfitriona despachó a la servidumbre, apagó la luz eléctrica, y se quedaron al amparo de los candelabros. Sentados ante una mesa circular, ambos se concentraron para la invocación. Madame Guillot utilizaba la psicografía; tenía en sus manos papel y pluma para transcribir los mensajes. Afuera, la tormenta arreciaba; los relámpagos iluminaban los amplios ventanales y proyectaban sombras en las paredes y en los libreros. Daba la impresión de que no estaban solos, incluso antes de empezar la comunicación. Eugenio siempre sentía que había alguien mirando por encima de su hombro en aquella casona, ya fueran los numerosos retratos de los ancestros de Madame Guillot colgados en las paredes o los ecos de las presencias convocadas en innumerables sesiones.

De pronto, las velas se apagaron y las sombras crecieron.

—Está aquí —dijo Madame Guillot.

Eugenio tuvo un escalofrío, y se pasó una mano nerviosa por la barba de candado. Murcia no acudía en todas las ocasiones a sus llamados. Incluso en ese momento, dudaba que en verdad fuera ella. Si algo había aprendido en los años que llevaba solicitando los servicios de Madame Guillot era que la comunicación con los muertos se parecía mucho al teléfono, ese invento al que todavía no se acostumbraba: unas veces los mensajes llegaban claros, otras con interferencia. También sabía que la duración era impredecible, que debía apresurarse y ser concreto.

—¿Ha vuelto tu asesino? —preguntó Eugenio, con voz temblorosa.

El cuerpo de Madame Guillot experimentó una breve sacudida, como un tren que se ponía en marcha, y comenzó a escribir en el papel. Tras unos segundos, se detuvo.

Las velas volvieron a encenderse y Eugenio pudo ver en el rostro de su anfitriona un dejo de frustración.

—Lo siento, fue todo —dijo Madame Guillot, mientras le extendía el papel—. ¿Significa algo?

Eugenio leyó la frase. De momento no supo qué pensar. Quería estar a solas, así que le pidió a su anfitriona una copa de coñac. Madame Guillot comprendió y ella misma fue a servírsela.

Cuando la puerta de la biblioteca se cerró, Eugenio volvió a leer el papel. Contenía solo cuatro palabras:

Huye con tu familia

Las calles estaban inundadas y no se veían cargadores por ningún lado. Ya no llovía, pero ahora el diluvio parecía brotar del subsuelo. Eugenio podía haberse quedado con su anfitriona, pero el mensaje de Murcia lo había dejado inquieto y deseaba reunirse con su familia cuanto antes. Le agradaba la compañía de Madame Guillot, esa mujer temeraria que sabía domar a los espectros. Además, era la única persona que comprendía su pena, y que le había brindado un camino para desahogarla. Ella era viuda y no tenía hijos; un ser solitario que procuraba la compañía de los fantasmas. Al enviudar, no quiso regresar a su natal Francia. «He estado en muchas partes —le confesó una vez a Eugenio, mientras sus ojos azules brillaban con intensidad— y créemelo: la Ciudad de México es el mejor lugar para contactar a las almas en pena». Madame Guillot ayudaba tanto a los vivos como a los muertos. Su principal objetivo era lograr que se reconciliaran: «Todo será mejor el día que ambos mundos se reconozcan y se acepten», le afirmó en otra ocasión. Luego, soltando un suspiro, agregó: «Aunque no lo creas, a los muertos no les gusta la idea de que los vivos existimos, y que sentimos curiosidad de llamarlos desde nuestra orilla. Para ellos, nosotros somos los extraños».

Madame Guillot actuaba todo el tiempo como una madre angustiada. Cuando Eugenio le anunció que se marchaba, tras terminarse la copa de coñac, ella se preocupó y le pidió que esperara a que las aguas bajaran un poco; incluso le ofreció a su cochero para llevarlo. Pero Eugenio no quiso esperar más. Ahora el único camino era hundir los pies en el agua y luchar contra la corriente. Recordó el día que conoció a Murcia, veinte años atrás, en una pulquería de la colonia Peralvillo. Se emborracharon juntos y al final del día ella le propuso que se fueran al jacalito donde atendía a sus clientes. También había llovido a cántaros, y las zanjas sin pavimentar eran un lodazal. A la puerta de la pulquería, Eugenio miraba sus zapatos, en los que se había gastado su primer sueldo de *El Nacional*. Entonces Murcia le sonrió, se levantó las enaguas y...

Ciudad de México, junio de 1888

úbetete.

Murcia era una mujer robusta. Eugenio no dudaba que pudiera cargarlo en su espalda y llevarlo a través de aquel muladar. Pero no iba a permitirlo.

Por más que le gustaran sus zapatos nuevos, con los que caminaba orgulloso por los pasillos de *El Nacional*, se consideraba un caballero.

—Ándale, chamaco —insistió Murcia—. Si también te voy a cobrar la cargada.

Dentro de Las Tres Piedras, la pulquería a la que su amigo Julio Ruelas lo había llevado con el objetivo de desquintarlo, comenzaba a armarse una trifulca. Julio tenía rato que se había marchado con otra prostituta a la que apodaban la Bayoneta, dejando a Eugenio a merced de esa mujer impetuosa y alegre, cuyas enormes tetas se bamboleaban con cada una de sus risotadas. Eugenio sentía por ella una mezcla de miedo y deseo; le gustaban su piel morena, sus anchas caderas, pero a la vez le intimidaba: era alta y desinhibida. ¿Qué haría una vez que tuviera aquel vasto cuerpo desnudo a su disposición? Se le ocurrían varias ideas; sin embargo, le aterrorizaba que, llegado el momento, se paralizara y no supiera por dónde empezar. Murcia estaba feliz de tener un cliente distinguido, limpio, en lugar de los léperos apestosos y desdentados que solían pagar —a veces— por sus servicios.

Varias mesas se volcaron, algunas sillas volaron y una jarra de pulque estalló cerca de la puerta. Esa fue la señal que condenó a los flamantes zapatos de Eugenio.

—Vámonos —dijo, tomándola de un brazo—. Esto debe ser parejo: si te ensucias tú, también me ensucio yo.

—Ay, chamaco, acabas de mencionar el secreto de una buena cogida —dijo Murcia, con una sonrisa de dientes amarillos, como de mazorca—: a la hora de la hora es mejor empuercarse.

Juntos se adentraron en el lodazal; avanzaron por las zanjas oscuras, mientras el griterío en Las Tres Piedras iba quedando atrás. Eugenio había visto brillar varios cuchillos en la penumbra de la pulquería. Se alegraba de que se alejaran de ahí.

Minutos después llegaron al jacal de Murcia. Ella encendió una lámpara de petróleo que inundó el aire con su pestilencia. A partir de ese momento, Eugenio no podría evitar relacionar dicho olor con el sexo; durante los próximos años, cuando alguien utilizara una lámpara similar, él experimentaría una incómoda erección. Cuando llegara la luz eléctrica a la ciudad, él sería uno de los más aliviados.

Eugenio no maldijo el aire pegajoso e irrespirable. Al contrario, agradeció que aquella luz macilenta le permitiera contemplar el exuberante cuerpo de Murcia: sus pezones grandes y prietos, la tupida mata del vello púbico. Ella lo desnudó; le estrujó la verga y los huevos con sus manos callosas. En cuanto lo sintió listo, lo acostó bocarriba y se montó a horcajadas.

—Así aguantarás más —le dijo al oído. Después le chupó el lóbulo.

Eugenio sintió que algo se derramaba, pero no era él. Algo caliente, viscoso. Murcia se llevó una mano al coño y luego metió los dedos en la boca de Eugenio.

—Pruébame —dijo, entre crecientes gemidos.

Aquella sería otra de las cosas que Eugenio jamás olvidaría. No tanto el sabor que experimentó en aquel momento, profundo e intenso, que se extendió desde el paladar hasta su cerebro como una marejada; sino la sensación del día siguiente: cuando despertó en su cama, y escuchó los gritos de su madre que decía que el desayuno estaba listo. Él flotaba en las sensaciones recién vividas, en el olor del coño de Murcia, impregnado en su bigote. Paraba la trompa, y aspiraba, sintiendo ese aroma en sus entrañas. Eugenio supo que amaba a esa mujer, a esa prostituta a la que acaba de conocer, y que no importaban las diferencias: nada podría separarla de su lado.

Nada.

Murcia comenzó a mover las caderas con mayor frenesí; Eugenio sintió cómo las nalgas de ella golpeaban contra sus huevos, y no pudo más: eyaculó entre una explosión de carcajadas. No las de él, sino las de Murcia. De momento se desconcertó, sintiéndose humillado. Después aprendería que así se venía Murcia, que aquella mujer reventaba en risas en todo momento, incluso durante sus orgasmos.

Se acurrucaron en el lecho, sudorosos y agotados, experimentando aún la embriaguez del pulque; el olor del petróleo intensificaba el de sus propios cuerpos. En la penumbra del jacal, abrazado a Murcia, Eugenio se preguntó si aquella felicidad podía durar para siempre.

La respuesta llegó pronto. En la única ventana del jacal, centelleando a la luz de la luna, vio unos ojos como de animal.

Alguien los estaba observando.

Al día siguiente, mientras comían los frijoles con chile y tortillas que Murcia sirvió para el desayuno, Eugenio intentó manifestar su preocupación. No sabía cómo hacerlo sin parecer entrometido, así que guardó silencio durante algunos minutos. Fue hasta que Murcia rompió el hielo que él se atrevió a hablar del tema.

—Desembucha —dijo Murcia, con la boca llena de frijoles—. ¿O qué, no estuvo bueno el arrimón de anoche?

Eugenio sacó su pañuelo y se limpió la boca.

—La primera vez que coges —se adelantó Murcia— te quedas espantado. Después te acostumbras —le dio un codazo y agregó, con expresión picara—: Y hasta le agarras el gusto.

—Ayer estuvo magnífico. Pero cuando terminamos, sucedió algo extraño: alguien nos espiaba por la ventana. Me preocupa que sea algún cliente celoso. O tu novio, tal vez...

—No seas tarugo. Yo no tengo novio. Por aquí está lleno de mirones.

—Te voy a regalar unas cortinas. Y una navaja.

—Sé cuidarme sola.

Murcia se levantó. Se abrió la blusa y sus tetas asomaron, rotundas. Los pezones apuntaban hacia la boca de Eugenio, quien abrió la boca instintivamente.

—Ya casi me tengo que ir —dijo Murcia—. Pero tenemos tiempo de aventarnos otra.

Alzó a Eugenio del cuello de la camisa.

—Me gustas, chamaco. Esta no te la voy a cobrar.

¿VUELVEN LOS TIEMPOS DEL CHALEQUERO?

MISTERIOSO HOMICIDIO EN LA CALZADA DE LA VILLA DE GUADALUPE. SE
ENCUENTRA DEGOLLADA UNA ANCIANA DE OCHENTA AÑOS

Muchos años han transcurrido desde que la calzada que conduce a la Villa de Guadalupe Hidalgo se hizo célebre, a la vez que temida, por las horrendas hazañas de aquel criminal a quien se conoció con el apodo del Chalequero.

Fue en la época en que cada cierto tiempo se hallaban tirados en distintos lugares de dicha calzada, pero muy especialmente cerca del río Consulado, cadáveres de infelices mujeres, degolladas casi todas, después de que el feroz asesino hubiera saciado en ellas brutales instintos.

Ahora, parece que ya otro asesino de su calaña piensa sentar sus reales por el mismo rumbo, a juzgar por el homicidio que con circunstancias verdaderamente horrosas, se consumó la tarde del martes, a muy corta distancia de la calzada referida.

Periódico *El Imparcial*, 28 de mayo de 1908

Extracto de nota

De las memorias de Eugenio Casasola (I)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

El tiempo se terminó. Ahora, encerrado entre cuatro paredes, lo único que me queda es redactar, a la mayor velocidad posible, un testimonio. No sé si alguien leerá este último grito desesperado, y mucho menos sabré lo que se piense de mí. Dadas las circunstancias, solo puedo esperar que los hipotéticos lectores les den la razón a los médicos que me diagnosticaron. La Bestia vendrá por mí en cualquier momento. Hay ciertas noches en las que escucho cómo sus pezuñas avanzan por los pabellones, un sonido muy diferente al que hacen los pasos de los celadores. No me está buscando. Sabe muy bien dónde me encuentro, pero prefiere alargar el momento; disfruta con mi tortura, el olor de mi miedo la alimenta. Debo aferrarme a los recuerdos, a los hechos. Plasmar de la manera más coherente posible las situaciones que me trajeron hasta aquí. Me consuela saber que Ana y el pequeño Edmundo están a salvo. En medio de los errores que he cometido, tuve la lucidez de mandarlos con sus parientes de Guadalajara. La Bestia parece saberlo y verlo todo; sin embargo, en este momento tiene preocupaciones más importantes. Confío que le bastará con mi sacrificio. Vendrá a arrancarme la lengua, pero no estoy contando con mi voz para derrotarla. Mi arma será la palabra escrita, plasmada en estas memorias. Y si no es suficiente, encontraré la manera de hacerle daño, de asestarle la herida mortal a esa Bestia agonizante. Un enemigo, a diferencia de un matrimonio, no termina con la muerte. El rencor sobrevive a la materia. También el odio. Algunos llaman a eso sentimientos. Yo prefiero decirles fantasmas.

Estoy divagando. Me prometí ser concreto en estas páginas. Mi vida le pertenece a la Bestia y solo ella sabe cuándo bajará el telón. Sus pezuñas castigan las baldosas, intentan distraerme con su taconeo. Sin embargo, tengo otro recurso. La vela que pedí, alegando fobia a la luz eléctrica. Rellenaré mis oídos con cera. Eso la aprendí de la Sebera...

Primero sordo, luego mudo, y al final tal vez ciego... No importa cómo disminuyan mis sentidos, mientras tenga la escritura. Las palabras adecuadas que terminarán por derrocar a la Bestia de su trono.

Ciudad de México, mayo de 1908

— Damas y caballeros, me complace informarles que finalmente hemos encontrado al Eslabón Perdido.

Un murmullo se expandió entre los asistentes a la velada en casa de Madame Guillot. Carlos Roumagnac, inspector de la policía y científico social, paseó su mirada por el salón, consciente de que tenía al público en el bolsillo. Fue hacia las láminas cubiertas con papel cebolla, que reposaban sobre un atril, y descubrió la primera. Apareció el dibujo de un hombre mayor, de poblado bigote y piocha blanca, con lentes redondos sobre el rostro. Tenía un semblante serio, el aire de un sabio.

—Debemos al italiano César Lombroso —continuó Roumagnac— grandes avances en el campo de la Antropología Criminal. Él es el responsable de la teoría del «criminal nato», que ha ayudado a la detención de numerosos malhechores en el mundo entero. Para hacer su importante estudio, Lombroso se basó en la autopsia de 400 criminales, en la observación de seis mil delincuentes vivos, y en la investigación de más de veinticinco mil reclusos en cárceles europeas. Hoy en día, la policía de la Ciudad de México debe buena parte de su eficiencia a este médico visionario.

Roumagnac cambió de lámina. Ahora mostraba el dibujo de un indígena, con el cráneo desproporcionado y unas orejas enormes. Alrededor del rostro había una serie de números con sus correspondientes descripciones. El expositor utilizó un puntero para ir señalado cada uno, conforme continuaba con su charla.

—Lombroso sostiene que las tendencias criminales son propias de seres humanos involucionados, que han regresado a un estado similar al del hombre primitivo, y que por lo tanto son incapaces de controlar sus pulsiones agresivas. Todos ellos tienen rasgos claramente distintivos: frente huidiza y baja, asimetrías craneales, gran desarrollo de los pómulos, orejas en asa, y notoria pilosidad.

Madame Guillot, sentada junto a Eugenio en la tercera fila, le dio un ligero codazo a su amigo. Luego se inclinó y le susurró al oído:

—Esto me huele muy mal, querido. Seré una ignorante en el campo de la criminología, pero me parece evidente que el Dictador y su equipo de *Científicos* han adoptado esta absurda teoría para justificar el trato que le dan a los desposeídos.

Eugenio acercó sus labios a la oreja de Madame Guillot e intentó hablar lo más bajo posible:

—¿De verdad lo crees? Lombroso es un criminalista muy reputado, y también el señor Roumagnac. Si piensas lo contrario, ¿entonces para qué lo invitaste a dar esta charla?

—Para abrirte los ojos a ti, y también a esta sarta de burgueses idiotizados. Tu periódico no hace más que justificar y difundir ideas abominables.

Roumagnac cambió a una lámina que mostraba el cuerpo de un hombre tatuado.

—Otras características de los criminales natos —dijo, esgrimiendo el puntero como una florete— es la utilización del tatuaje. También una mayor zurdería que en la generalidad de la población, así como notables tendencias al vino, al juego, al sexo y a las orgías. Y, por supuesto, un pensamiento fuertemente supersticioso...

Ahora, Madame Guillot pellizcó el brazo de Eugenio, y este casi lanzó un grito.

—¿Te das cuenta? Para nuestra brillante policía, «indígena» y «pobre» son sinónimos de delincuente. Lombroso es un retrógrada. Para criminalistas visionarios, prefiero a mi paisano Vidocq.

Roumagnac alzó de pronto la voz, como si hubiera escuchado los cuchicheos y quisiera opacarlos.

—En resumen, damas y caballeros, podemos decir que el delincuente nato es un individuo ancestral y degenerado, que exhibe los estigmas físicos y mentales del hombre primitivo. Representa una etapa intermedia entre el animal y el hombre; por lo tanto, Darwin puede descansar tranquilo en su tumba: el Eslabón Perdido ha sido encontrado. Y es el enemigo por excelencia de nosotros, los evolucionados Homo Sapiens.

Una lluvia de aplausos se escuchó en el salón al concluir la conferencia de Roumagnac. Madame Guillot se revolvió en su silla, molesta con el evidente fracaso de su plan. Antes de levantarse para ordenarle a la servidumbre que ofrecieran los bocadillos y el coctel, arremetió una última vez contra el oído de Eugenio:

—Los Eslabones Perdidos somos todos nosotros. Y ni siquiera eso: nos quedamos en simios. Deberían encerrarnos en el zoológico.

Una vez servidos los licores, la concurrencia rodeó en semicírculo al expositor. Este recibió elogios, felicitaciones, y hasta el franco coqueteo de la hija de un joyero. Roumagnac sonreía con condescendencia, acostumbrado como estaba a no ser cuestionado por nadie. Era un hombre seguro de sí mismo y creía firmemente en lo que acababa de exponer. Los pobres eran el verdadero lastre que impedía que el país abrazara de lleno la modernidad y prosperidad impulsadas por el Señor Presidente. Se sentía satisfecho de contribuir desde su trinchera, deteniendo y analizando a los criminales natos, y también manteniendo alejado al populacho de los barrios céntricos donde vivían y paseaban los ciudadanos de primera categoría.

Madame Guillot se abrió paso entre la gente. Tras dar un trago a su copa de vino, lanzó una pregunta a bocajarro:

—¿Y no se le ha ocurrido, don Carlos, que los problemas de criminalidad que vive la ciudad están en realidad relacionados con una terrible desigualdad social, y no con unos hipotéticos Neandertales que acechan en los barrios bajos?

A Roumagnac se le fue chueco el vino que acababa de beber. Tosió, provocando que una parte del líquido le escurriera por la boca. Desconcertado, extrajo un pañuelo del bolsillo interior de su levita y se limpió los labios.

—Disculpe, el vino está fuerte —masculló.

En ese momento, Eugenio irrumpió entre la concurrencia con un grito:

—¡Démosle la bienvenida a los músicos!

Un cuarteto de cuerdas comenzó a tocar una versión de «Sobre las olas». Eugenio tomó del brazo a Madame Guillot y la condujo a la biblioteca.

—Por favor, no arruines mis planes —suplicó—. Necesito hacerle una pregunta muy importante a Don Carlos. Si lo incomodas, se irá y perderé una oportunidad inmejorable.

Madame Guillot zafó su brazo de la mano de Eugenio. Se acomodó el sombrero sobre su abundante cabellera pelirroja, y preguntó:

—¿Tiene que ver con alguno de tus reportazgos morbosos?

—Es más importante que eso.

—¿El mensaje de Murcia?

El rostro de Eugenio ensombreció.

—No digas más, querido —Madame Guillot pasó delicadamente una mano por su mejilla—. Don Carlos es todo tuyo. Iré a la cocina a comprobar que todo esté en orden.

Eugenio encontró la oportunidad de hablar en privado con Roumagnac. Tenía un par de Habanos, que había comprado para la ocasión. Le explicó que a Madame Guillot le disgustaba el humo de los puros y salieron al jardín a fumarlos. Tras la tormenta del día anterior el cielo lucía limpio y despejado. La intensa luz de la luna proyectaba sombras demasiado humanas en la vegetación.

Conversaron algunas trivialidades. Después, Eugenio decidió ir al grano.

—El crimen recién ocurrido en el río Consulado, ¿no le recuerda al famoso Chalequero?

—Vi la nota que publicó *El Imparcial* —respondió Roumagnac—. Fue un buen recordatorio.

Eugenio le dio una calada al puro y contuvo una mueca: prefería los cigarros normales.

—Llámeme loco, pero aunque sé que es imposible, podría apostar que el Chalequero está de regreso...

—No está loco, al contrario: es bastante intuitivo. Quizá debería dejar *El Imparcial* y unirse a nuestras filas.

—¿Qué quiere decir?

—Es muy probable que usted tenga razón, y el asesino de esa anciana haya sido ni más ni menos que Francisco Guerrero.

—Pero si está en San Juan de Ulúa.

—No, señor. Si me ufano de la eficiencia de nuestro cuerpo policiaco, por algo será...

Roumagnac hizo una pausa estratégica, en la que aprovechó para saborear con toda calma su Habano. Parecía que tener en vilo a su audiencia era parte de su sello personal.

—La nota del *Imparcial* nos puso sobre aviso —dijo al fin, mientras exhalaba una densa bocanada de humo—. Hicimos una rápida investigación y se descubrió que el Chalequero fue puesto en libertad en 1904. Oficialmente le puedo decir que es el principal sospechoso, y que la cacería del monstruo ha comenzado.

Ciudad de México, junio de 1888

Como todas las madrugadas, la cantina La América se encontraba llena de trasnocadores. Gente que había asistido a la ópera en el Teatro Nacional y quería la del estribo. Parejas provenientes de algún baile, aún con la suficiente cuerda para continuar. Incluso los enlutados participantes de un velorio que querían sacudirse el resabio de la muerte a base de ajeno o tequila, según la capacidad del bolsillo de cada quien. La barra estaba atestada y el humo del cigarro volvía la atmósfera irrespirable, pero a nadie parecía importarles. Las meseras no se daban abasto para saciar la sed de la concurrencia, y el ruido de los vasos de cristal al romperse era tan constante como el murmullo de las conversaciones.

Sentados en un gabinete, Julio y Eugenio bebían sendos fosforitos de café con alcohol, porque a esas alturas se habían gastado casi todo su dinero, y no les alcanzaba para nada más. El joven pintor miraba a todos lados con desconfianza, mientras realizaba bocetos en servilletas sucias. Eugenio observaba a su amigo, con mi bigote ralo y su nariz afilada, siempre sumido en oscuras meditaciones, refugiado en su mundo interior porque no encajaba en el de afuera. Parecía increíble que desde la cabeza de ese hombre tan frágil brotaran sátiros, medusas, mujeres-alacrán, dragones y demás fauna mitológica clásica o inventada por él mismo. Quizá, pensó Eugenio, son esos seres de pesadilla que lo habitan quienes agotan su energía, y lo dejan sin fuerza para enfrentar la vida real. Se preguntó si Julio viviría muchos años, y deseó que sí, porque nunca había visto mi pintor tan original y dotado.

—Me quiero pelear —dijo de pronto Julio, sin apartar la vista de la barra.

Eugenio dejó su fosforito sobre la mesa y preguntó, extrañado:

—¿Por qué? ¿Alguien te ofendió?

—No. Resulta que aquí todos se han peleado menos yo. Necesito probarme a mí mismo. Todos debemos hacerlo de vez en cuando, de lo contrario nos atrofia la comodidad.

—¿No te basta pelearte todos los días con los monstruos que pintas? Debes estar exhausto. Las mujeres que dibujas parecen malvadas y peligrosas. Si llego a toparme alguna en un callejón, me orinaré en los calzones.

—Las mujeres son domadoras. Algún día haré un cuadro sobre eso. Uno pequeño, porque su potencia estará en el significado, y no en el tamaño. Una mujer desnuda con látigo dominando a un cerdo. ¿Te gusta la idea?

Eugenio le dio un trago a su café. Sabía a rayos, pero el alcohol que contenía lo reconfortaba.

—Hablando en serio, necesito tu consejo... Me enamoré de Murcia, no soporto que se acueste con otros hombres.

Por primera vez en un largo rato, Julio le dedicó una mirada a su amigo. Sus ojos eran oscuros, como un pedazo de noche sin estrellas. Justo arriba de él colgaba una lámpara de petróleo. Su luz rojiza parecía proyectar pequeñas llamas que bailaban sobre sus cabellos. Eugenio se sintió intimidado y pensó que —al igual que las criaturas que dibujaba— Julio también era un ser de las profundidades.

—Súbela a un barco y llévatela a Europa —dijo Julio, en tono grave—. Ahí sí entenderán tus pasiones. Si te quedas aquí, los destruirán a los dos. Eso hace esta ciudad. No son buenos tiempos para los rebeldes. Pronto haré lo mismo. Alemania o Francia. ¿En verdad quieres quedarte aquí? Ninguna de mis criaturas terribles se compara con la figura del Dictador.

Julio volvió a sus dibujos. Una mujer torturada por espinas comenzó a brotar en la servilleta.

—La otra noche —dijo Eugenio— pasó algo desagradable en su jacal. Cuando terminamos de hacer el amor, vi a un hombre que nos miraba por la ventana.

—Seguro era su padrote. La tragedia de Murcia es que no te pertenece a ti, ni siquiera se pertenece a sí misma. Tiene dueño. Por eso te la debes robar.

Un tumulto se armó al fondo del bar. Un grupo de hombres forcejeaba. Las meseras se apartaron, temerosas. Una silla se rompió en la cabeza de alguien y una botella se estrelló en la pared.

—Es mi oportunidad —dijo Julio. Se acabó su fosforito de un trago, se levantó y se dirigió hacia la trifulca con paso firme.

Era la primera vez que sonreía en toda la noche.

Domingo de peregrinación. Murcia y Eugenio caminaban a un lado de la carretera que llevaba al Santuario de la Villa de Guadalupe, en la colonia Peralvillo. Numerosos fieles de la Virgen marchaba en hilera, protegiéndose del sol con rebozos y sombreros de petate. Constantemente se escuchaba los cascabeles de las mulas que arrastraban a los tranvías colmados de pasajeros. En las cercanías del río Consulado, la zona en la que trabaja Murcia, enfilaron hacia una pulquería. Una zanja apestosa la separaba de la carretera; a manera de puente, unos tablones de madera podrida habían sido depositados en el lodazal.

Se sentaron a una mesa. El encargado, que portaba un sombrero de ala ancha bordada de plata, se acercó a atenderlos.

—Dos *sangre de tigre* —pidió Murcia.

Como Eugenio puso cara de angustia, se apuró a decir:

—Es de tuna, no seas menso.

En la mesa había un plato con granos de maíz, arvejonas, pepitas de calabaza y habas tostadas, que Eugenio se apuró a comer.

—Siempre venimos a tus pulquerías —dijo—. A ver qué día me dejas invitarte a mis rumbos.

—Estás loco. ¿Para qué, si el pulque es muy sabroso? Además, lo tomo todos los días porque es medicinal. Cura dolores de muelas, tumores, y hasta la sífilis y la gonorrea. El encargado se acercó con las bebidas y las depositó en la mesa. Cuando se retiró, Eugenio vio entre la gente que llenaba el lugar a un hombre sentado en una mesa del fondo. Su presencia era llamativa: vestía de negro, tenía bigote poblado y mirada penetrante. Tanto que, cuando sus ojos se cruzaron, Eugenio bajó la cabeza.

—¿Qué tienes? —preguntó Murcia—. Parece que viste al Diablo.

—Ese tipo que está allá, solo —dijo Eugenio—. No para de mirarnos. ¿Lo conoces?

Murcia le dio un trago a su pulque, comió un puñado de semillas y respondió mientras masticaba:

—Es El Chaleco. Un zapatero del barrio.

—Podría asegurar que lo he visto antes.

—¿Tú? Será en sueños. Me voy a poner celosa —Murcia soltó una risotada. Un grano de maíz salió volando de su boca, como si en medio de su fuerte carcajada se le hubiera desprendido un diente.

—¿Es tu amigo?

—Aquí todos lo conocen. Tiene varias mujeres.

—No quiero que te le acerques. Me da mala espina.

Su mirada volvió a cruzarse con la del extraño sujeto. Eugenio vio dos pozos negros, sin fondo. Su mente hizo una conexión, y la sangre se le heló.

—Vámonos —dijo, mientras se levantaba y dejaba dinero sobre la mesa—. Es el hombre que nos espía la otra noche.

Eugenio no quiso desnudarse. Acostado junto a Murcia en su jacal, vigilaba la ventana con mirada nerviosa. Ella apagó la lámpara de petróleo para tranquilizarlo. Le desabotonó la camisa y comenzó a acariciarle el pecho. Aunque su mano quería bajar hacia la bragueta, continuó haciéndole cariños.

—No tenemos que hacerlo si no quieres. Puedes quedarte a dormir.

La luna iluminaba el jacal con una luz más potente que la de la lámpara de petróleo. La incomodidad de Eugenio aumentó.

—Quiero sacarte de aquí —dijo.

—¿Ahorita? Si ya es de madrugada.

—No. Me refiero al barrio. Es peligroso.

Murcia sonrió. Le dio un beso en la frente. Estaba contenta.

—¿Me llevarás en brazos a Catedral, y pedirás mi mano ante todos los santos?

Eugenio se incorporó y la miró fijamente.

—Sí —dijo—. Ante Dios y ante el Diablo, si es preciso.

—Ay chamaco. Es la calentura.

Murcia bajó la mano; sintió su verga dura, dispuesta. La estranguló con dulzura y dijo:

—Ya se te pasará. Así son todos los hombres.

UN NUEVO CRIMEN DEL FAMOSO «CHALEQUERO»

LOS VIEJOS INSTINTOS REVIVEN. NO BASTÓ LA EXPIACIÓN. SALIÓ LIBRE Y
VOLVIÓ A DELINQUIR

¿Volvemos a los tiempos del «Chalequero»? fue el título con que encabezamos nuestro artículo informativo, con el que *El Imparcial* dio cuenta del espeluznante crimen descubierto por un oficial de gendarmes en una de las márgenes del río Consulado.

Desde el día 26 del actual, fecha en que el horripilante crimen se perpetró, la policía no descansó ni un momento en las indagaciones, y el reportazgo de *El Imparcial* en que hicimos mención al olvidado Chalequero fue un rayo de luz que iluminó el sendero que había de conducir al descubrimiento del culpable.

La policía indagó y fue así como se supo que Francisco Guerrero, alias el «Chalequero», salió de la cárcel hace dos años, después de haber extinguido la pena de veinte años de prisión que se le impuso por el delito de homicidio perpetrado en la persona de Murcia Gallardo, encargada de una casa de asignación en la calle de Tepechichilco, a quien asesinó en igual forma que a la anciana a que hemos aludido.

Periódico *El Imparcial*, 31 de mayo de 1908
Extracto de nota

Ciudad de México, junio de 1908

Eugenio se encontraba en la oficina de Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial*. El jefe lo había mandado llamar: estaba feliz con las notas del Chalequero, que aumentaron considerablemente las ventas del periódico. Lo recibió con un abrazo, le pidió que se sentara y le ofreció un poco de coñac. Eugenio permaneció con la copa en la mano, sin atreverse a darle un trago, ni a ponerlo sobre el escritorio del patrón.

—Siempre hago la broma de que mi periódico es para cocineras —dijo Reyes Spíndola, mientras se reclinaba en la silla y pasaba las manos por detrás de la cabeza—, pero tú me estás echando a perder el chiste. Con estas exclusivas, ahora sí parecemos un diario de verdad, como los de Estados Unidos.

—Solo hago mi trabajo —Eugenio no era modesto, pero le aterraba la posibilidad de que el jefe sospechara que él tenía un vínculo personal con esa historia.

—Qué va. Si hasta pareces detective, carajo. La policía debería pagarte una recompensa o al menos darte una medalla. Gracias a ti, ahora ese lépero está tras las rejas.

—La conexión era evidente. Lo que ocurre es que la policía cada vez tiene más trabajo.

—Y nosotros más lectores —interrumpió el jefe—. Bendita sea la sangre. A nadie le gusta, la queremos lo más lejos posible de nuestro vecindario, pero cómo nos entretiene leer lo que le pasa al peladaje. ¿Quién lo hubiera dicho? El futuro del periodismo se encuentra en el crimen. Los privilegiados leen las desgracias del populacho desde la comodidad de su hogar. ¿No es el negocio perfecto?

Eugenio pensó en las palabras que Madame Guillot le dijo la otra noche en su casa y solo entonces se animó a beber el coñac.

—Incluso he pensado —dijo el jefe— que deberías empezar a firmar tus notas. Te lo mereces.

—No es necesario. Todos somos *El Imparcial* —Eugenio se arrepintió al instante de aquella frase. De hecho, comenzaba a crecer en él un rechazo al diario en el que trabajaba.

—Como quieras. Pero pídemelo algo, estoy dispuesto a complacerte.

Eugenio vio una oportunidad y no la desperdició.

—Quiero entrevistar al Chalequero. Usted tiene los contactos.

Reyes Spíndola se enderezó y depositó los codos sobre el escritorio.

—Tienes ambición, Casasola. Me agradas. Déjame ver qué puedo hacer.

Eugenio dejó la copa vacía sobre el escritorio y salió de la oficina. La euforia provocada por el alcohol reafirmó los planes que se ordenaban al instante en su cabeza. Cuando estuviera frente al asesino, no iría armado precisamente de preguntas.

Ciudad de México, julio de 1888

Le se día Eugenio recibió su sueldo, así que invitó a comer a Julio. Su plan era echarse unos tragos con su amigo y después visitar a Murcia. Por la noche, después de que hicieran el amor, le hablaría del plan de irse juntos a Europa. Le detallaría las maravillas que ahí encontrarían y los lugares en los que podrían vivir, para que tomaran la decisión final juntos.

Primero fueron a la calle del Espíritu Santo y entraron al restaurante del Bazar, situado en el edificio que albergaba al hotel del mismo nombre. Eugenio quería celebrar su decisión de emigrar al Viejo Continente con Julio, y qué mejor que hacerlo en ese palacio barroco, propiedad de franceses, antiguamente conocido como el hogar del conde de Miravalle. Comieron caracoles secos con perejil y limón, y mole de guajolote, acompañado de vino tinto. Una vez saciada la barriga, la sed aumentó, así que se trasladaron a la esquina del Portal de Mercaderes, donde se encontraba el Salón Peter Gay. Allí bebieron mezcal potosino, luego tequila, la bebida de los pobres. En algún momento, Eugenio perdió de vista a Julio, pues el lugar estaba lleno. En parte la culpa la tuvo un breve pero perturbador encuentro que Eugenio experimentó al regresar del baño. Se topó con el general Sostenes Rocha, veterano de la batalla de La Ciudadela, y uno de los pocos que había enfrentado al Señor Presidente y había sobrevivido para contarlo. Además, era periodista, y dirigía el periódico *El Combate*. Cuando Eugenio lo vio de frente, con su trago en la mano, se sintió intimidado. Estaba a punto de darse media vuelta, cuando el general lo tomó del hombro y dijo:

—Te conozco, jovencito. Tú trabajas para *El Nacional*.

Eugenio solo atinó a hacer una mueca a manera de sonrisa.

—No te apenes. No todos pueden jugar a ser combativos, como yo. ¿Podrías acaso dispararle al Dictador con un arma si lo tuvieras de frente?

Eugenio negó con la cabeza.

—¿Lo ves? Esa es la diferencia entre tú y yo. Sin embargo, tienes el arma de las palabras, que es la más poderosa. No son buenos tiempos para ejercer nuestra profesión, y no lo serán hasta que el Tirano sea derrocado. Tú ahora eres joven, y el alcohol domina tu mente. Pero un día, tal vez, tengas la oportunidad de sumar una piedra en el camino que llevará al Déspota a la desgracia. Y no lo olvides: aunque sea solo una piedra, es igual de importante que las demás.

El general se dio la vuelta y se alejó entre la gente. Eugenio quedó paralizado unos segundos, temeroso de que alguien cercano al Señor Presidente pudiera haber nido la conversación y lo tachara de subversivo.

Al volver a su mesa, ya no encontró a Julio. Un par de tequilas después, y cuando ya pensaba que era hora de dejar de esperar a su amigo y trasladarse a Peralvillo para ver a Murcia, se le acercó Pirrimplín: un enano del circo que cambiaba tragos a cambio de información, pues su corta estatura le permitía espiar sin ser visto.

—Sé dónde está tu amigo —le dijo, mientras se encaramaba en la silla y se quedaba de pie en ella, para estar a la altura de su interlocutor.

Eugenio sentía antipatía por ese personaje, mustio y convenenciero. Intentó librarse de él fingiendo indiferencia.

—Qué más da. Y a me voy a ver a mi novia.

—Tu novia está muy ocupada —dijo el enano, con cinismo.

Eugenio abrió grandes los ojos y estuvo a punto de cruzarle la cara al impertinente zotaco, pero se contuvo: era probable que no supiera nada y solo estuviera provocándolo.

—Te dejo el vaso, para que lo huelas —dijo Eugenio, y se levantó.

El enano lo alcanzó afuera. Ya era de noche y las cucarachas volaban en torno a los globos de cristal del alumbrado. Los carbones de los focos eléctricos solían hacer un ruido constante, pero en ese momento solo se escuchaba el aleteo de los insectos, como un presagio ominoso.

—Yo que tú lo iba a rescatar. Otra vez está con los *celestiales*.

Eugenio sabía lo que eso significaba. No le quedó más remedio que darle unas monedas al enano, retrasar su visita a Murcia, y dejarse conducir por las calles solitarias hacia el lugar en el que se encontraba su amigo. Se cruzaron con un gendarme, que tenía un silbato en la mano y un garrote en la otra. Se les quedó mirando; el enano, retador, le hizo una caravana burlona. Eugenio se molestó, pensando que la insolencia les podría traer problemas, pero de inmediato comprobó que había sido una buena estrategia: el gendarme rio y después les dio la espalada. No en vano el zotaco se ganaba la vida en el circo.

Llegaron a una lavandería de inmigrantes chinos, ubicada en el callejón de la Condesa. Estaba cerrada y ninguna luz se veía dentro, pero el enano aporreó la puerta. Abrió un celestial —como les decía Pirrimplín— que portaba una larga trenza y vestía una bata bordada. Cuando vio al enano, los dejó pasar. En un cuartucho al fondo del establecimiento había un fumadero de opio. Varias sombras languidecían sobre camastros. En medio de la luz de unas lamparillas de flama verde, Eugenio distinguió a Julio, perdido en ensoñaciones de humo. Intentó levantarlo, sin conseguirlo. Buscó al enano, pero este había desaparecido. El chino se le acercó. Con señas le preguntó si quería fumar. Eugenio lo espantó con un gesto de la mano, como

si se tratara de un pajarraco insolente, y después sacudió con fuerza a su amigo. Julio abrió los ojos.

—Siempre supe que me encontraría a mis amigos en el infierno —dijo, con una sonrisa.

—Este no es el infierno, pero se le parece —dijo Eugenio, y de un jalón incorporó a Julio en el camastro—. No te puedo dejar en este tugurio.

—Shhh —dijo Julio, llevándose un dedo a los labios—. Que no te oigan los chinos. Te juro que los he visto comer ratas y niños. Y tienen una cola de mono en el trasero.

—Pues con más razón.

—No es justo. Estaba conversando con el Hada Verde. —El Hada Verde es la del ajenjo.

Julio frunció el ceño, contrariado.

—¿Y tú qué sabes? El Hada Verde no le pertenece a nadie. Es la versión femenina de Caronte.

—Estás delirando.

Eugenio hizo otro esfuerzo y levantó a su amigo. Le pasó un brazo por la espalda y lo arrastró a la salida. Durante el trayecto, el chino los persiguió, haciendo señas y diciéndoles frases incomprensibles. Cuando salieron a la calle, Eugenio agradeció el golpe de aire fresco. Julio reaccionó, y sus pupilas dilatadas comenzaron a registrar el mundo real.

—Mal amigo —dijo—. Estaba en los brazos de un hada, y ahora me arrojas a Ciudad Cloaca.

El chino seguía con su perorata. Eugenio comprendió que Julio no había pagado y le dio a su perseguidor un puñado de monedas. Complacido, pero sin callarse un solo segundo, el hombre dio media vuelta y cerró la puerta.

No estaba seguro si fue producto del humo inhalado dentro del fumadero, pero Eugenio podría jurar que vio la punta de un apéndice peludo asomar por encima el pantalón del *celestial*.

Hacía un calor infernal aquella noche dentro de Las Tres Piedras. Todas las mesas estaban ocupadas; también había numerosos parroquianos de pie que fumaban y bebían como si mañana fueran a ser fusilados. Los que no cabían se emborrachaban afuera, espectros que apenas se distinguían en la penumbra.

Harta de esperar a Eugenio en su jacal, Murcia se había trasladado a la pulquería en busca de algún cliente. Sentado en una mesa del rincón vio a ese hombre al que algunos vecinos le decían El Chaleco. Estaba solo y no pudo resistir la tentación de acercársele. Tenía una reputación de hombre rudo y mujeriego; Murcia sabía que algunas de sus conocidas preferían darle la vuelta cuando se lo encontraban en la

calzada de la Villa de Guadalupe, pero ella no le tenía miedo. Pensó que podía sacarle algunos pulques gratis mientras le hacía compañía.

—¿Por qué tan solo? —preguntó, al tiempo que se sentaba.

Era la primera vez que lo veía tan de cerca, y cuando sus enormes ojos negros se depositaron en ella, no pudo evitar sentir un estremecimiento.

—Te estaba esperando —dijo el hombre, y le acercó el vaso de pulque para que bebiera.

Murcia se sonrojó. De inmediato se llevó la bebida a la boca intentando disimular.

—Hablador —contestó, tras sentir el alivio del pulque en su cuerpo—. Tú ni me conoces.

El Chaleco le quitó la bebida de las manos con brusquedad. Se la acabó de un trago, y le hizo una seña al encargado: dos pulques.

—Tengo rato siguiéndote. Sé dónde vives.

—En el barrio todos nos conocemos. Tú nomás me quieres engatusar.

—¿Y tu noviecito?

El encargado llegó con las bebidas. Murcia apuró la suya. Aquel hombre la intrigaba: su manera de vestir —siempre de negro— y la forma en que la miraba, como si quisiera arrancarle el vestido delante de todo el mundo. Tenía ganas de alejarse, y al mismo tiempo deseaba seguir en su compañía.

—¿Cuál de todos? —respondió, entrando en el juego—. Yo tengo muchos.

El Chaleco bebió y luego se pasó una mano para limpiarse los restos de pulque del bigote.

—Muchos noviecitos —dijo—. Pero ningún hombre de verdad.

Envalentonada por la bebida, Murcia pudo sostenerle la mirada por primera vez.

—Pa luego es tarde —dijo, y esbozó una sonrisa tímida.

—No comas ansias. Ya te tocará.

El Chaleco volvió a llamar al encargado. La mesa comenzó a llenarse de vasos. En contraste, Las Tres Piedras se fue quedando sin clientes, hasta que al final solo quedaron ellos dos.

Murcia no sabía por dónde andaban, hasta que escuchó que sus pies chapoteaban en los márgenes del río Consulado. La única luz era el resplandor de la luna. Oyó ladrar a unos perros, pero no pudo ubicarlos. Después intentó localizar alguna vecindad; a pesar de la oscuridad, se dio cuenta que por ahí no vivía nadie. Entonces se dirigió a su acompañante y le preguntó:

—¿Dónde está tu casa?

El Chaleco no se distinguía en la penumbra. Tan solo se escuchó la voz, que brotaba de la noche:

—Aquí me gusta.

De pronto, Murcia sintió el agua hedionda en su cuerpo; comprendió que El Chaleco la había tumbado y que se le encaramaba con urgencia. Las manos fuertes le rasgaron la parte superior del vestido, liberando sus pechos. Ella tenía ganas, y abrió las piernas para que el hombre la penetrara, pero el deseo se esfumó cuando su respiración caliente la golpeó en el rostro, y escuchó sus bufidos, como si fuera un animal a punto de alimentarse. El Chaleco abrió grande la boca; una baba espesa cayó sobre la frente y la nariz de Murcia. Ella se preparó para recibir su verga: mientras más pronto terminara todo aquello, mejor. Extrañamente, la sensación no vino de abajo, sino de su garganta: algo se hundía en su carne, cortándole la respiración. Quiso hablar, pero lo único que produjo fue un siseo que escapó de su cuello junto con los borbotones de sangre. Murcia comprendió que moriría y, aunque quiso, no pudo cerrar los ojos. Intentó evocar el rostro de Eugenio pero dos pozos negros se interpusieron. El Chaleco la miraba fijamente, y sus pupilas crecieron hasta sumergirla en la más completa oscuridad.

De las memorias de Eugenio Casasola (II)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Lamento no haberte llorado, Murcia. Algo me bloqueó. La culpa o la incredulidad, supongo. Quizá las dos cosas. Lo cierto es que ese nudo que desde entonces siento en el pecho nunca se expresó en forma de lágrimas. Hubiera sido mejor una catarsis, un descenso a la locura del duelo, en lugar del fantasma permanentemente enlutado en el que me convertí. Ninguna de las personas que me rodeaban pudo explicar esa transformación. En cambio, me distancié del único amigo que me comprendía. De algún modo, culpé a Julio por haber retrasado mi cita contigo aquella noche. Tiempo después, él partió a Europa —lo que me amargó aún más, pues me recordó mi sueño frustrado— y perdimos contacto de manera definitiva. Hace tres años, cuando me enteré de su muerte, tampoco lloré. Me conmovió profundamente, como si tan solo lo hubiera dejado de ver un día antes, como si aún fuéramos ese par de jóvenes que recorrían la ciudad de noche en busca de aventuras. Tal vez el dolor por tu muerte, Murcia, por la forma salvaje en la que abandonaste este mundo, fue tan fulminante que consumió todas mis lágrimas desde antes que pudiera producirlas. Fuiste la última víctima del Chalequero aquel año de 1888. Un hecho que nunca dejó de atormentarme. Si tan solo lo hubieran detenido antes. Si tan solo hubiera llegado esa noche... Ana me quitó algo de esa pena, y me convirtió en un hombre menos tenebroso. Supongo que intuía una herida en mi pasado, pero discreta y prudente como es, nunca preguntó. Siempre respetó mis raptos de melancolía y buscó la manera de distraerme cuando la depresión me abatía. Cuando Julio falleció —dicen que en un hotel de mala muerte en París, en los brazos de una prostituta; no sé si sea verdad, pero es una historia a la altura del personaje que construyó—, murió un gran artista, pero también la única persona que sabía mi secreto. Por eso la importancia de esta última confesión. Pronto me reuniré contigo, Murcia; sin embargo, necesito a Madame Guillot para un último favor. Confío en que hace lo posible por venir a visitarme, que mueve sus influencias para obtener un permiso especial, pero de momento estoy incomunicado. La Bestia no lo permite. Ya encontraremos la manera. Lo importante ahora es continuar mi relato. Escucho el taconeo de las pezuñas, necesito más cera en mis oídos. Antes de que devore mi lengua, la utilizaré para decir mi última palabra: Murcia...

Ciudad de México, junio de 1908

El hombre que lo aguardaba en la celda no correspondía en lo absoluto con el monstruo que durante veinte años creció en su cabeza. Enjuto, calvo, y aquejado de un constante temblor como si fuera presa de un frío interno, Francisco Guerrero era un anciano decrepito incapaz de asustar a un niño. Solo conservaba la mirada profunda, los ojos de pupilas como carbones, que daban la impresión de conducir a un túnel sin fondo. Eso Eugenio lo recordaba muy bien de su encuentro anterior cara a cara, durante el juicio de 1890. Ahora, al comenzar a conversar con él, se desconcertó aún más: la voz del Chalequero era de marcado tono infantil, quebradiza, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Por un instante dudó en utilizar la pequeña daga que introdujo en una de sus botas. Los guardias que lo condujeron a la celda lo revisaron superficialmente, pues el permiso para ver al preso lo había expedido el inspector Roumagnac. Sin embargo, no debía dejarse engañar por aquella apariencia de fragilidad: el Chalequero había vuelto a matar, y lo volvería a hacer si recuperara la libertad. Ya en una ocasión se había librado de la muerte. ¿Cómo lo consiguió? Para Eugenio, al igual que para muchos de sus colegas, era un misterio. Tras el juicio de 1890 Francisco Guerrero fue condenado a la pena capital, pero el Señor Presidente lo indultó, y cambió la sentencia por una reclusión de veinte años en San Juan de Ulúa. ¿Qué llevó al Dictador a tomar semejante decisión? Tal vez nunca lo sabría. El mal tomaba caminos misteriosos. Por lo mismo, Eugenio no podía permitir que el Chalequero eludiera nuevamente su destino, aún a costa de su propia libertad.

—¿Me recuerdas? —fue lo primero que le preguntó.

El Chalequero le lanzó una rápida mirada. Después se concentró en sus uñas mugrientas.

—No te conozco —respondió.

Eugenio sintió que la sangre le hervía. Aquel vejestorio no lo recordaba; en cambio, Eugenio había pensado en él cada día de los últimos veinte años.

—¿Te dice algo el nombre de Murcia Gallardo?

En esta ocasión, el anciano ni siquiera lo volteó a ver.

—Hay tantas mujeres...

Eugenio se dejó llevar por el odio acumulado, y deslizó su mano al interior de la bota.

—¿Sabes algo? No eres el único Ángel de la Muerte. Habem...

—Yo no maté a nadie —el Chalequero lo interrumpió.

La frase desconcertó a Eugenio. Intrigado, retiró su mano de la bota.

—¿Cómo?

—Escribe eso en tu periódico. Agarraron al hombre equivocado —la voz le tembló—. Soy inocente. Pregúntales a mi mujer y a mis hijas.

Tras el breve momento de confusión, Eugenio comprendió: el Chalequero tenía miedo de morir. Matarlo ahora solo acortaría su tormento. Decidió que, contra ese infeliz, no había que empuñar el cuchillo sino la pluma. Como *reporter* terminaría de hundirlo.

Eugenio suspiró, aliviado. No era necesario que se convirtiera en asesino.

AÚN INSISTE EN NEGAR

El Chalequero, como todos los criminales de su laya, no obstante las tremendas pruebas que existen en su contra y que bastan para formar la convicción de cualquiera por más incrédulo que se le suponga, insiste en su negativa, sistema de defensa muy usado por los empedernidos criminales, porque candorosamente creen que con negar, ya no existe manera de condenarlos. Es, pues, una lucha tremenda la que habrá de librar la autoridad con el avezado delincuente, quien, como ya se dijo, no quiere hacer confesión de su crimen.

Periódico *El Imparcial*, 1 de junio de 1908
Extracto de nota

Ciudad de México, julio de 1888

El día amaneció nublado. Las torres del Castillo de Chapultepec asomaban entre nubes espesas, dando la impresión de ser una fortaleza construida en el aire. Un testigo, que presencié el suceso escondido detrás de unos árboles, afirmaría más tarde lo siguiente: era como si los mismos Dioses, sabedores de lo que se avecinaba, hubieran mandado tapar el sol para que ninguno de los participantes fuera cegado en el instante crucial. La solemnidad que rodeaba al evento era interrumpida ocasionalmente por los mugidos de las vacas en los establos cercanos. En un claro del bosque, los padrinos preparaban a sus respectivos ahijados para el duelo que estaba a punto de escenificarse. En un extremo estaba Ireneo Paz, fundador de *La Patria*, quien ya tenía experiencia a la hora de batirse, pues ocho años antes había dado muerte de manera ventajosa al poeta Santiago Sierra en un duelo efectuado en Tlanepantla. En el otro, visiblemente nervioso, aguardaba Eugenio.

El motivo de la disputa era Murcia Gallardo. Días antes, la publicación dirigida por Paz sacó un artículo que señalaba que la última víctima del Chalequero había sido vista flirteando con su asesino en la pulquería Las Tres Piedras, y que posteriormente abandonó el antro por su propia voluntad en compañía del criminal. Por lo tanto, ella misma era la principal responsable de lo que le había sucedido. El texto terminaba haciendo un llamado a todas las mujeres de vida licenciosa a cambiar de costumbres, y evitar así los peligros a los que las exponía su «profesión». Eugenio reaccionó mandando al periódico una carta en la que afirmaba que la muerte de Murcia se debía, sobre todo, a la impunidad con la que el asesino actuó durante años en la zona del río Consulado. Con la intención de perjudicarlo, Ireneo publicó la misiva en la página editorial de *La Patria*, y la estrategia funcionó. Como consecuencia de sus declaraciones, que ponían en entredicho la eficacia de la policía, Eugenio fue despedido de *El Nacional*. Después, el intercambio epistolar entre los rivales se intensificó; de los argumentos se pasó a los insultos, y pronto el duelo tuvo una fecha.

Aunque estaban distanciados desde la muerte de Murcia, Eugenio le pidió a Julio que fuera su padrino. Este acudió puntual a la cita, consciente de que su amigo necesitaba, más que nadie, consejos ante tal compromiso. No permitiría, bajo ninguna circunstancia, que Eugenio muriera, y fue preparado para ello. Cuando vio la torpeza con la que sostenía el florete, sacó una pistola, y se la escondió a su amigo en la bolsa del pantalón.

—Estás loco —le reclamó Eugenio—. Esto es un duelo de honor, no un fusilamiento.

—Será una carnicería si no me haces caso. Ese cabrón te hará picadillo, y después cocinará tamales con tu carne.

—No haré trampa.

Indignado, Eugenio sacó la pistola, y la arrojó a la tierra. Julio enfureció. Se le echó encima, y lo sujetó del cuello de la camisa.

—Entonces déjame ponerme en tu lugar. Aquí no vas a escribir cartitas, estás poniendo en riesgo tu vida.

Eugenio lo alejó de un empujón.

—Imbécil. Tú lo único que sabes blandir es el pincel.

—¡Yo me acuesto todas las noches con la muerte! —explotó Julio—. ¡Es mi amante!

Un carraspeo interrumpió la disputa. Ireneo Paz se había aproximado junto con su padrino.

—¿Todo en orden? Parece que el duelo se adelantó, pero con un participante equivocado.

Eugenio le lanzó una mirada iracunda a su rival.

—No se meta. Espere su turno.

Ireneo colocó la punta del florete en la barbilla de Eugenio.

—No tengo todo el día. Tampoco la paciencia para ver a dos escuincles pelearse. Esto es algo serio: no estamos en un baile.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Julio. Había recogido la pistola y ahora le apuntaba a Ireneo. El rival de Eugenio palideció. Dio un paso atrás, balbuceando:

—T-tranquilo, yo...

Julio bajó la pistola hacia los pies de Ireneo y comenzó a disparar.

—Órale cabrón. ¡A bailar!

Preso del pánico, Ireneo movió los pies en un intento por esquivar las balas, mientras pedazos de tierra se elevaban arrancados por los disparos.

—¡Idiotas! —gritó Ireneo, mientras se alejaba sin dejar de levantar los pies, como si pisara carbones ardientes.

El testigo oculto tras un árbol, libreta en mano, afirmarí después que escuchó tres risas distintas cuando los disparos cesaron. La de Eugenio, la de Julio y tal vez la de Santiago Sierra, quien tuvo su venganza aquella mañana que los dioses escondieron el sol.

Ciudad de México, junio de 1908

Roumagnac nunca había visto algo parecido. La víctima tenía la lengua cortada. Era un hombre de unos treinta años de edad, cuyo cadáver apareció antes del amanecer en la calzada de San Antonio Abad. Contrario a lo que ocurría otras veces, el cuerpo no fue tocado ni movido hasta que llegó la policía. Tampoco nada le fue extraído: conservaba la cartera, el reloj y la argolla matrimonial en el dedo anular de la mano izquierda. Inclinado sobre la víctima en la escena del crimen, Roumagnac se sintió desconcertado ante la evidencia. Por supuesto que no eran rumbos propios para un hombre de buena posición social como aquel, pero al mismo tiempo estaba claro que el motivo del crimen no era el robo. Sobre todo, al inspector le llamó la atención una cosa: el modo salvaje en que fue asesinado parecía haber vuelto intocable al muerto, como si se tratara de un santo o un condenado. ¿Por qué tenía que ocurrir algo así, justo cuando el Chalequero había sido aprendido y esperaba juicio? La ciudad no permitía descanso. Roumagnac sabía que los periódicos se volcarían sobre el caso; últimamente habían desarrollado un gusto particular por la sangre, con la que atraían a lectores igualmente sedientos, y todo eso no haría más que aumentar la presión sobre la policía. Tenían que actuar rápido, encontrar al responsable. Aprovechar la excesiva atención de los diarios para reflejar la eficacia de la autoridad.

El inspector se incorporó. El mediodía despuntaba. Se quitó el sombrero y se pasó un pañuelo por el rostro. Aunque la lluvia era inminente, hacía calor. Pronto la calzada se volvería un lodazal. Hizo una seña a los camilleros para que levantaran el cuerpo. Mientras los observaba trabajar, comprendió que estaba a punto de pasar por alto un hecho atroz: la lengua no estaba por ninguna parte. ¿Acaso se la había llevado el asesino como un trofeo?

Podía ser peor, reflexionó. Y Roumagnac se horrorizó con su pensamiento. Esta profesión lo hermanaba con la lógica de los monstruos. Hizo a un lado el pudor, y supo que estaba en lo correcto.

El asesino se había comido la lengua.

En un principio, la identificación de la víctima tampoco trajo alguna luz al caso. Se trataba de Joaquín Trejo, el dueño de una camisería en la calle 16 de Septiembre. Aparentemente, no tenía enemigos, ni deudas, ni amantes. La esposa declaró que

Joaquín no llegó a dormir la noche del crimen, y que no se percató de ello hasta la mañana siguiente, pues su marido solía quedarse en la tienda revisando las cuentas, y por lo general ella se dormía antes de que regresara. La viuda, que no debía tener más de 25 años, estaba desconsolada, y Roumagnac prefirió no seguirla importunándola con preguntas.

Sin embargo, pronto llegó una pista importante. Un cliente de la víctima informó que, días antes del crimen, vio a Trejo conversando con tres indígenas en el Zócalo. La escena le extrañó, y después, cuando pudo acercarse a Joaquín para conversar, este le contó que los indígenas deseaban comparar una camisa entre los tres, pero que no les alcanzaba el dinero. Llevaban tiempo insistiéndole en que les diera un descuento. Cuando lo veían rondar por el Zócalo lo abordaban para continuar con su súplica. Trejo no parecía preocupado ni molesto; al contrario, la situación lo divertía, pues tenía una especie de juego con ellos. Primero les dijo que dejaran de beber pulque una semana, y que tal vez así reunirían el dinero suficiente. Los hombres volvieron a los siete días con lo que juntaron. Entonces les informó que no, que debían reunir lo correspondiente al pulque de dos semanas, y así sucesivamente. Ese día en el Zócalo, les comentó que ahora tenían que juntar lo de un mes. El cliente declaró haberle cuestionado al comerciante por qué hacía eso. Trejo le dijo que los pobres diablos jamás completarían para la camisa, pero que quizá les curaría el vicio de la bebida.

Roumagnac le pidió al cliente que lo acompañara al Zócalo, donde seguramente los tres hombres seguirían rondado, para que lo ayudara a identificarlos.

—Lo que nunca supe —dijo el cliente contrariado, al terminar su declaración—, es para qué querían la maldita camisa.

Cuando los indígenas fueron apresados y encerrados en la cárcel de Belén, a Mariano Cardoso lo asignaron como el abogado defensor. Muy pronto supo que no tenía ninguna oportunidad de ayudarlos, pues el inspector Roumagnac realizó una demostración ante la prensa en el gabinete antropométrico del presidio, donde le presentó fotografías de las características corporales de los sospechosos, haciendo especial énfasis en sus dimensiones craneanas. Eso, aunado a sus detalladas biografías en las que abundaban episodios familiares de alcoholismo e incesto, señalaba claramente a los indígenas como criminales natos. A esas alturas, y gracias a las notas difundidas en los diarios, ya nadie dudaba de la culpabilidad de aquellos hombres. Sin embargo, Cardoso sabía que su propia reputación estaba en juego, así que decidió visitarlos en su celda y platicar con ellos, en busca de alguna salida desesperada.

La posibilidad se desvaneció al instante. Los tres hombres yacían en posición fetal en un rincón de la celda. Sus rostros mostraban las huellas de una brutal golpiza, sus ropas estaban ensangrentadas. Ninguno quiso hablar. Y aunque hubieran estado dispuestos a hacerlo, difícilmente hubieran podido, pues sus mandíbulas lucían

descoyuntadas. Cardoso cuestionó al gendarme que lo acompañaba sobre el estado de sus defendidos, y este respondió con cinismo:

—Se resistieron al arresto. No hubo más remedio que ablandarlos.

Cardoso abandonó la cárcel acongojado. Sabía que los tres hombres serían sentenciados a muerte, y que nada podía hacer: habían nacido condenados. Lo que en realidad le inquietaba era quedar como un abogado incapaz de dar pelea en circunstancias adversas. Esa noche se fue a la cama pensando en las repercusiones que el caso podría traer a su carrera, sin sospechar que muy pronto daría un viraje inesperado.

Roumagnac dejó la pluma y tomó un respiro. Trabajaba en su casa en un libro sobre asesinos de mujeres, en el que buscaba conjuntar sus ideas sobre el tema. Sería una especie de legado, donde plasmaría su convicción de que los criminales debían ser analizados mediante un conjunto de parámetros: antecedentes hereditarios, características mentales y corporales, educación e informes biográficos. En pocas palabras, la observación laboriosa, que evitara algo que él detestaba en la investigación policial, y que definía como «generalidades y frases vacías». La reciente captura del Chalequero había sido una auténtica bendición que le permitiría completar su libro mediante las extensas entrevistas que planeaba realizarle. En realidad, su trabajo como inspector de la policía le dejaba poco tiempo para el proyecto, pero ahora que los asesinos de Joaquín Trejo estaban detenidos, podía estar más tranquilo y dedicarle unas horas al libro.

Un pensamiento relacionado con el asesinato del comerciante lo distrajo. ¿Cómo era posible que alguien pudiera matar por una camisa? Se podía entender una venganza, los celos o el odio, incluso un robo millonario, pero algo tan absurdo como una prenda volvía el crimen aún más vulgar. Sin embargo —y esa era una de las teorías que quería plasmar en su libro— los criminales natos actuaban movidos por fuerzas atávicas que no podían controlar.

El timbre del teléfono lo sacó de sus reflexiones. Roumagnac se levantó del escritorio y fue hasta la mesa en la que se encontraba el aparato. Descolgó y escuchó al otro lado de la línea la voz del prefecto Francisco Moreno.

—Pedí que no me interrumpieran —dijo Roumagnac, molesto—. Así que espero que lo que tengas que decirme sea más importante que mi libro.

La línea se vio interferida por unos ruidos extraños. Algo parecido al crepitar del fuego en una chimenea. Después la voz de Moreno surgió con claridad:

—Tiene que venir urgentemente. Acaban de encontrar otro cuerpo con la lengua cortada.

GACETILLA

«Juan el Degollador». Con este horrible nombre es llamado un asesino misterioso que se ha entregado en Londres a la sangrienta tarea de degollar mujeres. Según parece, esa fiera inhumana, que no humana, ejercita su puñal en las mujeres públicas arrastrado por la misma pasión que guiaba aquí al Chalequero.

El Diario del Hogar, 11 de noviembre de 1888

Extracto de nota

Ciudad de México, diciembre de 1890

La inminencia de la Navidad y del juicio al Chalequero empeoraron el estado de ánimo de Eugenio. Tenía semanas sin ver a nadie y apenas salía de casa. Aunque ya no frecuentaba a Julio, se dedicaba a beber ajeno y de alguna manera su amigo se hacía presente en las ensoñaciones que le provocaba la bebida. Lo veía convertido en sátiro, con patas de cabra y cuernos en la frente, utilizando el pincel sobre el cuerpo de una prostituta. También sostenía largas conversaciones con él, y cuando despertaba podía recordarlas por completo, como si el encuentro hubiera ocurrido en la realidad.

En cierta ocasión, la charla con Julio se desarrolló de una manera que lo dejó perturbado una vez que abrió los ojos.

Parte de ese sueño ocurría en el fumadero de los chinos.

—No me despiertes —le decía Julio, oculto entre nubes de opio—. Si despiertas a alguien que duerme dentro de un sueño, se convierte en sonámbulo.

—¿Cómo sabes que dormimos? —preguntó Eugenio, intentando distinguir el rostro de su amigo en la penumbra.

—Los bebedores de absenta se comunican en sueños. Es el don que les concede el Hada Verde.

—¿Crees que ella me permita hablar con Murcia?

—Te confundes. La conexión con el más allá es otra cosa. ¿Sabías que los sonámbulos se pueden comunicar con los muertos?

—Quiero platicar con Murcia. Aunque para ello tenga que morir.

—No es necesario. Hay quienes pueden ayudarte desde el lado de los vivos. Pero ten cuidado: el acceso a los muertos no siempre es favorable.

—¿A qué te refieres?

—No puedes confiar en cualquiera. Hoy en día están los que venden la comunicación con los espíritus, y también aquellos que, literalmente, te venden al muerto.

—No te entiendo.

—¿Has escuchado un lamento profundo en las calles cuando anochece?

—¿La Llorona? Es una leyenda.

—No: es una mujer que vende alfajores. Fabricados con tuétano de muerto.

—Si esos dulces contuvieran parte del cuerpo de Murcia, los comería sin dudar. ¿Estoy loco?

—Los católicos se comen a Cristo todos los días y nadie los llama locos.

—Daría lo que fuera por comulgar con ella.

—Ya encontrarás a la persona adecuada que te comunique con tu amada. Ahora déjame dormir.

La silueta de Julio se recostó en el camastro. Su voz se escuchó una vez más, como el sonido de un barco que se abre paso entre la niebla:

—No importa que la Llorona y la Alfajorera sean leyendas. Algún día esta ciudad se comprenderá mejor por sus mitos que por la historia oficial.

De pronto Eugenio estaba en su cuarto y la luz del día entraba por la ventana. Tenía la frente cubierta de sudor y la botella de ajeno en su regazo. En las paredes del cuarto permanecía el eco de las palabras de Julio, como si las hubiera pronunciado segundos antes de abandonar la habitación.

Eugenio se las tuvo que ingeniar para conseguir un lugar en la primera fila dentro del Ministerio de Justicia durante el juicio del Chalequero. Como ya no trabajaba para *El Nacional*, pagó una considerable suma de dinero que pidió prestada a Julio: su amigo pertenecía a una familia acomodada y le facilitó la cantidad de buena gana. *Reporters* de todos los periódicos estaban presentes en la abarrotada sala. Había gente de diversas clases sociales, incluso niños pequeños que lloraban y otros un poco más grandes, que no entendían por qué sus padres los tenían allí. Eugenio detectó entre los asistentes a varias prostitutas. El juicio había despertado mucho revuelo en la ciudad y por ello un nutrido grupo de soldados custodiaban las puertas del edificio.

Primero entró el juez, luego los miembros del jurado, el fiscal, los abogados defensores y finalmente los testigos. En la sala se hizo un silencio expectante, pues en cualquier momento llegaría el personaje que todos esperaban. Tras unos segundos en los que solo se escucharon algunas toses y carraspeos nerviosos, hizo su aparición Francisco Guerrero, acompañado por ocho policías. Vestía como lo describían los periódicos en sus crónicas: saco negro, pantalones y chaleco. De hecho, se decía que el mote del Chalequero venía de su gusto por ese tipo de prenda, aunque había quienes afirmaban que le llamaban así porque sometía a las mujeres «a chaleco». Rodeado de aquella multitud, que lo miraba con escrutinio, el asesino parecía empequeñecido e intimidado. Eso enfureció aún más a Eugenio, y sus sentimientos de culpa afloraron; la certeza de que si hubiera estado junto a Murcia aquella madrugada el crimen no se hubiera cometido, se volvió insoportable. Cuando Guerrero pasó junto a él, se puso de pie y lo enfrentó. De inmediato, uno de los policías se interpuso y lo regresó a su asiento. Sin embargo, las miradas de Eugenio y el Chalequero se cruzaron durante unos segundos, suficientes para que Eugenio le transmitiera su mensaje de odio y repulsión: *eres una larva social y ahora volverás al inframundo, de donde nunca debiste haber salido*. Su gesto provocó una oleada de murmullos que rompieron el silencio, y volvieron a la vida a los asistentes, como si

un encantamiento se hubiera roto de pronto en la sala. Apenado, Eugenio se hundió en su diente e inclinó la cabeza, con la esperanza de que el sombrero le tapara el rostro. Su postura no se modificó en las horas siguientes. Cada testimonio que escuchaba le petrificaba aún más. En algún momento pensó en abandonar la sala, pero eso lo expondría de nuevo a las miradas y las habladurías de la gente.

Eduviges N. Mayorga, una de las testigos, declaró que la noche del crimen de Murcia vio a la mujer acompañada de Francisco Guerrero. Estaban borrachos, hablaban a gritos. Eduviges citó una frase que Murcia le dijo Chalequero:

—Yo sé que tú eres el terror de Peralvillo, pero no te tengo miedo.

Eugenio comprendió que había sido un error asistir al juicio. Cerró los ojos e imaginó a Murcia desnuda. En mi mente le borró del cuerpo las quince puñaladas que los fiscales aseguraban tenía cuando fue encontrada. También eliminó el tajo del cuello. Estaba manchada con el lodo del río, así que mojó un pañuelo y comenzó a limpiarla con delicadeza. Parecía dormir mientras él la lavaba. Algo le decía que, en cuanto terminara aquella labor, Murcia abriría los ojos, agradecida y renovada. Eugenio se aferró a aquella visión; apretó los párpados con fuerza, hasta que dejó de escuchar las voces en la sala.

Una sacudida lo volvió a la realidad. Era un excompañero de *El Nacional* que lo sujetaba del hombro. El juicio había terminado.

Jurisprudencia Penal
Homicidio calificado

Sentencia de 1.^a instancia
México, diciembre 18 de 1890

El Jurado legalmente constituido declaró en sus veredictos que Francisco Guerrero (á) Antonio el Chalequero es culpable de haber inferido una lesión en el cuello a Murcia Gallardo; que la lesión produjo por sí sola y directamente la muerte de Murcia Gallardo; que dos peritos, después de hacer la autopsia del cadáver, declararon que la lesión a que se ha hecho referencia fue mortal; que el inculpado obró intencionadamente después de reflexionar y haber podido reflexionar sobre el delito que iba a cometer y que cometió; que obró con ventaja toda vez que era superior a Murcia Gallardo por el arma que él llevaba y por hallarse aquella inerme; que cometió el delito en paraje solitario, habiendo sido antes de malas costumbres; que cometió el delito con circunstancias que arguyen crueldad y no rencor; y que ha causado grande alarma y escándalo a la sociedad.

Por estas consideraciones y fundamentos legales expresados, el suscrito Juez debía de fallar y falló:

Se condena a Francisco Guerrero (á) Antonio el Chalequero por el delito de homicidio calificado a sufrir pena capital que se ejecutará en el patio llamado del jardín de la cárcel de Belén, con las ritualidades legales.

De las memorias de Eugenio Casasola (III)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Escribo rodeado de fantasmas. Es una cruel paradoja: durante años busqué contactarlos con poco éxito y ahora sus voces me atosigan. Una celda siempre será pequeña para albergar a un hombre y a los recuerdos que lo atormentan. Terminan por asfixiarlo, por disputarle cada bocanada y cada centímetro del espacio que cohabitan. Ahora lo sé: los muertos se alimentan del aliento de los vivos. Lo roban, no porque lo necesiten, sino porque son codiciosos. Como lo han perdido todo, sienten que lo merecen todo. Arrebatan como niños pero con la desesperación de los viejos —de los viejos perpetuos en los que se han convertido—, por eso son peligrosos. Su estrategia es dejarte exhausto, acosarte hasta que dejes de oponer resistencia. Y entonces te robarán todo lo que tienes, todo lo que les *debes*...

Los gritos y los aullidos de los internos no ayudan. Me confunden. En medio del atroz concierto que tiene lugar cada noche entre los muros de este manicomio, es difícil distinguir con claridad las voces de mis fantasmas. Lo que tienen que decirme. Y debo oírlos porque son ellos los que están contando esta historia. Por desgracia, al que escucho con menor frecuencia es al de Murcia. Siempre me fue esquiva, por más que Madame Guillot se esforzara, ella pocas veces vino a mi encuentro. Lo hizo cuando tenía alguna advertencia que hacerme. Me gusta pensar que eso, lejos de mostrar un desdén hacia mi persona, era una prueba de auténtico temor. Desde que llegué a este lugar, solo una vez logré oír su voz. Y justo cuando me rendía al vértigo de sus palabras, la Bestia se acercó para ahuyentarla. Sus pezuñas rayaron las baldosas con un chirrido estremecedor. Se acercó más que otras veces a mi celda, lo suficiente para que advirtiera su enorme silueta en el corredor, y luego retrocedió. Todos mis fantasmas le temen. La Bestia lo sabe y ronda para mantenerlos alejados. No quiere que me digan sus mensajes, no le conviene que esta historia quede escrita. Cuando se aproxima, hasta la cera que he puesto en mis oídos se derrite. Sé que estoy a su merced, que mis probabilidades de derrotarla son mínimas. Pero seguiré luchando y convocando a las presencias. Mi epitafio debería decir: *vivió persiguiendo fantasmas hasta que se convirtió en uno*...

Siento la fiebre en mi cabeza, y gruesas gotas de sudor amenazan con borrar estas letras. Llevo días sin dormir. Quien sabe que va a morir ya no necesita el sueño. Ni el

presente. Quien sabe que va a morir solo vive en el pasado, y por eso se convierte en fantasma antes de tiempo.

Ciudad de México, junio de 1908

Para una mañana gris. El cielo de aspecto mugroso volvía aún más deprimentes los alrededores de la colonia Valle-Gómez. Por órdenes del juez Ocampo, una comitiva se había reunido en los márgenes del río Consulado para recrear el asesinato de la mujer de ochenta años, aún no identificada, que se le imputaba al Chalequero. En el lugar se encontraban el juez, los fiscales, el abogado defensor y el propio Francisco Guerrero, quien era escoltado por un grupo de rurales. No estaban solos: una multitud de aproximadamente dos mil personas se había dado cita para atestiguar la reconstrucción de los hechos, incluidos varios periodistas, entre ellos un atribulado Eugenio. No había regresado al río Consulado en años, y el simple hecho de estar ahí le revolvió el estómago. Sentía el cuerpo muy pesado, como si la tierra lo jalara en un intento de hundirlo y mezclarlo con los restos de las mujeres asesinadas en aquel muladar. Estaban junto a las vías del tren, desde donde se abría una hondonada que iba a parar al banco del río, si es que todavía se le podía llamar así: no era más que promontorios de tierra lodosa rodeados de charcos apestosos. A lo lejos se veían los postes de luz, como testigos silenciosos del acontecimiento; aunque su instalación era reciente, parecían tener toda la vida ahí y muchos secretos que contar sobre la zona.

La multitud se dividía entre quienes abucheaban al asesino y entre quienes intentaban acercársele para darle puros, monedas y otros regalos. A pesar de haber desaparecido durante veinte años, el Chalequero seguía siendo una celebridad. Eugenio observaba la escena con una mezcla de coraje y asco. En ese momento, las hermanas Olay, testigos clave del crimen, se aproximaron hacia uno de los charcos para indicar el sitio exacto donde habían visto a Francisco Guerrero lavarse las manos ensangrentadas luego del crimen. El Chalequero negó la acusación y, para sorpresa de todos, agregó con cinismo:

—Yo nunca me lavo las manos después de asesinar.

Exacerbada por las palabras del criminal, la multitud comenzó a gritar y a insultarlo:

—¡Muerte al Chalequero!

—¡Cuélguenlo del árbol más alto!

—¡Viejo crápula!

Francisco Guerrero se puso pálido y nervioso. Abandonando rápidamente su actitud de perdonavidas, acercó al comandante de los rurales y le pidió que se

marcharan del lugar de inmediato. Nuevos gritos no se hicieron esperar:

—¡Cobarde!

—¡Solo puede con ancianas como él!

—¡Te voy a visitar en la cárcel!

Los rurales comprendieron la situación y dieron por terminada la recreación de los hechos. Mientras la comitiva se preparaba para marcharse, Roumagnac se aproximó a Eugenio y lo llevó a un lugar apartado de la multitud.

—Necesito su ayuda —le dijo, con semblante preocupado.

—¿Para qué? —Eugenio seguía buscando con la mirada al asesino—. El espectáculo salió perfecto, hasta podrían haber vendido boletos.

—No tiene nada que ver con el Chalequero. Es algo mucho más grave.

—¿Cómo se atreve a minimizar esto?

Roumagnac puso una mano en el hombro de Eugenio.

—Tranquilo. Lo que quiero decir es que el Chalequero ya está hundido. Ahora la ciudad enfrenta un nuevo peligro. Me temo que es algo más difícil de enfrentar... Y comprender.

—¿Para qué me quiere a mí?

Roumagnac se quitó el sombrero, le limpió el polvo con los dedos y se lo volvió a poner.

—Porque en esta ocasión tengo las manos amarradas.

Volvieron a la ciudad en tranvía. Roumagnac escogió un lugar deliberadamente alejado del Boulevard y su constante multitud para invitarlo a comer. Entraron a una fonda en el callejón de Alcaicería, en la que vendía quesadillas. Eugenio no pensaba comer: la visita al río Consulado le había quitado las ganas. Pero una vez que se sentaron y quedaron envueltos por el olor de las garnachas en el comal, se le abrió el apetito. Pidieron quesadillas de sesos de toro, hongos con huevo, hígado picado y papa molida, acompañadas de tiras de chile verde.

Mientras comían, Roumagnac le contó el caso de Joaquín Trejo, el comerciante que apareció con la lengua cortada.

—Leí la noticia en la prensa —comentó Eugenio cuando el inspector acabó su relato—. Según recuerdo, encerraron a los culpables.

Roumagnac devolvió al plato el pedazo de quesadilla que estaba a punto de meterse a la boca, y dijo:

—Eso creíamos. Pero días después se encontró otro cadáver con las mismas características. En ese momento no supe qué pensar. Todo empeoró cuando me percaté de que mis superiores ocultaron la información a los periódicos.

—Es cierto. No volvió a salir nada sobre el tema.

El inspector apartó el plato sin terminar.

—Eso no es todo. Justo ayer, una tercera víctima lúe encontrada. También le faltaba la lengua.

Eugenio se limpió los restos de comida que tenía en la barba con una servilleta y después agregó:

—Justo hoy fue el espectáculo del Chalequero. Qué conveniente.

—Exacto. Imagine mi situación: ahora sé que tenemos a los hombres equivocados, y que el asesino continúa suelto, pero no puedo hacer nada. A menos que esté dispuesto a perder mi trabajo.

—Y aquí es donde entro yo. Pero también puedo perder mi trabajo. No se le olvide que el gobierno es el principal patrocinador de *El Imparcial*.

—Al contrario: le estoy dando a usted la exclusiva del año. Su jefe estará feliz. Además, no me estoy lavando las manos. Lo que le estoy proponiendo es que trabajemos juntos en este caso, yo desde dentro de la policía, y usted como *reporter*. La única diferencia es que usted se puede mover con mayor libertad.

Eugenio meditó unos segundos. Pensó en el Chalequero, a punto de ser linchado por la multitud, y en que tenía los días contados. Quizá le convenía concentrarse en otra cosa.

—Déjeme consultarlo con la almohada. Le doy una respuesta mañana.

Pagaron la cuenta y salieron a la calle. Lo de la almohada era una metáfora tras la que se ocultaban fantasmas. Eugenio le dio la mano a Roumagnac y después enfiló sus pasos hacia la casa de Madame Guillot.

A pesar de las numerosas sesiones que había pasado en la biblioteca de Madame Guillot, Eugenio se sentía en un lugar extraño siempre que regresaba. Culpaba de ello a los espíritus que constantemente traspasaban sus muros: daba la impresión de estar en un umbral en vez de una estancia. Las gruesas y largas cortinas color vino que mantenían perpetuamente al sol alejado le parecían tétricas y más de alguna vez llegó a preguntarse si lo que se encontraba del otro lado era el jardín o un cementerio. La mayor parte de los volúmenes que ocupaban los libreros permanecían cubiertos por una capa de polvo, pero había una estantería cuyos títulos se conservaban limpios. Eran los que Madame Guillot consultaba con frecuencia; entre ellos se encontraban *El donador de almas*, *A través del velo* y los *Cuentos de Navidad* de Dickens, así como varias obras del inglés William Crookes. Otra cosa que contribuía a su sensación de incomodidad, era que Eugenio sabía muy poco acerca de su anfitriona. Tenía años de frecuentarla, pero conocía más intimidades sobre los espíritus que la visitaban que sobre ella misma. Viuda, sin hijos, y sin pretendientes. Eugenio no podía responsabilizar a los hombres que la rodeaban, pues Madame Guillot era difícil de cortejar: una vez salía de casa, y debía resultar incómodo intentar seducirla en un hogar lleno de presencias. Ella era una mujer de una belleza lánguida, de piel casi transparente, como si hubiera decidido mimetizarse con sus amados espíritus. Cierta

vez, durante una invocación particularmente estremecedora, Eugenio se cuestionó si estaba tratando con una persona de carne y hueso. Conocía muchas historias de muertos que se comportaban como vivos, y decidió que si Madame Guillot era uno de ellos, prefería no saberlo.

Eugenio pensaba en todo ello ahora que se encontraba nuevamente en la biblioteca. Mientras esperaba a que su anfitriona bajara, la criada entró con una botella de vino y le sirvió una copa; él la apuró, agradecido.

Cuando Madame Guillot lo alcanzó, Eugenio ya se había terminado la bebida. Le entraron ganas de hablar, como si él fuera el poseído. Le contó a la médium las novedades del caso del Chalequero y la inusual petición de Roumagnac. Habló durante media hora sin parar y al terminar sus ojos reflejaban el desasosiego de su alma.

—Te voy a decir algo, Eugenio —Madame Guillot le sonrió con complicidad—. En esta ocasión necesitas más el consejo de una persona que de un espíritu.

—¿En verdad? Te agradecería mucho si...

Madame Guillot tomó la botella de vino. Se inclinó hacia Eugenio para servirle más. El movimiento provocó que los senos se asomaran a través del generoso escote y Eugenio se sorprendió mirándolos. Estaba acostumbrado a que la médium rompiera el protocolo de la moda, pero ahora comenzaba a verla de otra manera. Pensó que le gustaría perderse en ese cuerpo, aunque fuera de humo.

—Roumagnac te está ofreciendo una oportunidad única —dijo Madame Guillot—. Debes ayudarlo.

—¿Aún a costa de los riesgos?

—*Precisamente* por los riesgos. Si están ocultando información, seguro detrás hay algo escandaloso.

—¿No será una trampa de Roumagnac?

—No creo. Él arriesga más que tú. Me alivia saber que no es tan retrógrada como aparenta.

Eugenio miró de nuevo los senos de Madame Guillot. Ahora le resultaba difícil alejar los ojos de allí.

—Tienes razón. Esos asesinatos pueden conducir a una gran noticia. Aunque el mensaje anterior de Murcia fue desconcertante: me pidió que huyera.

La médium sacó un abanico y comenzó a moverlo cerca de su rostro. Sus cabellos rojizos y ondulados se agitaron como serpientes.

—En eso nos parecemos tú y yo, querido. Estamos obsesionados con los muertos —puso una mano sobre la de Eugenio, y agregó—: ¿No crees que deberíamos entusiasmarnos un poco más por los vivos?

—Quizá —dijo Eugenio, y se puso de pie. Las sienes le palpitaban y su rostro se había puesto colorado. Madame Guillot estaba en lo cierto, y él no se atrevía a hacer algo al respecto—. Debo irme. Gracias por el consejo.

Eugenio abandonó la biblioteca sin darle el acostumbrado doble beso en las mejillas a su anfitriona.

EL CHALEQUERO ES UN CRIMINAL FORMIDABLE

—◆—
DICE QUE «LA FATALIDAD» LO ATRAÍA AL LUGAR DE SUS HAZAÑAS * ¿ES
INCONSCIENTE EN EL CRIMEN? * EL CHALEQUERO DE ANTAÑO Y EL ASESINO
DE OGAÑO
—◆—

Fue allí mismo, en el florido patiecillo de la cárcel, donde ayer entrevistamos al bandido. Dos formidables rurales lo escoltaban y antojósenos lujo de precaución el ver flanqueado al desmedrado hombrecillo por aquellos dos soldados que con las carabinas en bandolera, seguían los pasos claudicantes del facineroso, que con la mirada vaga y como perdida, veía el azul del cielo en uno que adivinábamos deseo supremo de libertad. Esta vez, esa libertad está muy lejana, tanto que quizá el asesino hacía bien en buscarla en el espacio, donde es fama vagan sin asiento las almas de los malos.

Periódico *El Imparcial*, 18 de junio de 1908
Fragmento de nota

Ciudad de México, agosto de 1891

La última vez que Eugenio vio a Julio fue porque tuvo que ir a rescatarlo. Era de noche y se encontraba bebiendo cerveza en el Salón Flamand, cuando el enano vino hasta su mesa. Él sabía que la presencia del zotaco nunca traía nada bueno, así que empujó su trago y se lo terminó con los ojos cerrados, con la esperanza de que al abrirlos su visión se hubiera esfumado. Pero no funcionó. El enano estaba encaramado a la silla; apoyaba sus pequeños y rollizos brazos sobre la mesa. Lo miraba con expresión preocupada, y tardó unos segundos en hablar.

—¿Te sientes bien? —preguntó al fin el zotaco, con genuina consternación.

—Ya no.

El enano ignoró el comentario.

—Más vale que te espables, porque Julito ahora sí se encuentra en un aprieto serio.

—No me digas —Eugenio hizo una seña al mesero para que le trajera más cerveza—. ¿Otra vez los *celestiales*?

—No hay tiempo para que te bebas ese trago. Paga y vámonos.

Eugenio se alarmó. Parecía que esta vez el enano no quería chantajearlo.

—Julio y yo ya no nos frecuentamos, deberías saberlo. ¿De qué se trata?

—En efecto, son los celestiales. Lo llevaron con la Sebera, porque les debe mucho dinero.

La Sebera. Eugenio había escuchado algunas historias, pero le parecían habladurías de la gente. Sin embargo, su preocupación aumentó. Sacó unas moneas de su bolsillo, las depositó sobre la mesa, y salió del Salón seguido por el enano. Afuera, la iglesia de la Profesa se recortaba contra el cielo nocturno. Vio sus muros de tezontle y le parecieron un mal augurio, como si esas piedras del color de la sangre señalaran un próximo derramamiento. Un fuerte viento se alzó entre los edificios; Eugenio cerró los botones de su levita y se dejó guiar por el enano entre los callejones de la ciudad.

Mientras caminaba espantando a las cucarachas que convocaba el alumbrado público y que volaban muy cerca de su cabeza, Eugenio hizo un repaso de lo que sabía sobre la Sebera. Era una vieja andrajosa, de cabello hirsuto, que apestaba a grasa y se paseaba por las vecindades cargando un saco de aspecto tan repugnante como el de

ella. Su labor consistía en recolectar los restos de sebo de las casas —que los habitantes le vendían en una bicoca—, los cuales almacenaba con el propósito de confeccionar nuevas velas. Eso, más allá del personaje, no tenía nada de extraordinario. Lo que la gente murmuraba era que la Sebera mantenía un perpetuo e inmenso caldero hirviente donde desaparecían desde los niños que se portaban mal hasta las personas que tenían que ser eliminadas por algún motivo. La historia no terminaba ahí. Su propia abuela le había contado a Eugenio que había visto velas que se vendían en ciertos lugares con sospechosas formas de falanges, orejas y otras partes del cuerpo humano.

Eugenio pensaba en todo esto cuando el enano lo detuvo, y con un gesto de la mano le pidió que guardara silencio. Se encontraban en un callejón mal iluminado, que Eugenio desconocía. Algunos menesterosos se acurrucaban en el suelo, junto a montones de desperdicios y gatos famélicos. En ese momento, se escucharon a lo lejos las campanadas de Catedral de las diez de la noche, seguidas de los silbatos de los gendarmes que marcaban el toque de queda. Eugenio se preguntó si no sería una trampa del enano, harto de no obtener gran cosa de él, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. A una señal del zotaco, comenzaron a avanzar por el callejón con paso cauteloso, guiados por un resplandor que surgía del fondo. Conforme se acercaban, el hedor a grasa derretida se impuso sobre la pestilencia a orines y comida podrida del callejón. Al final se encontraba una velería, y a través de su puerta entreabierta vislumbraron un enorme caldero de peltre colocado sobre un brasero de ladrillo. Eugenio miró hacia arriba y el estómago se le sumió: Julio colgaba de cabeza sobre el caldero hirviente, amarrado de los pies a una viga del techo. No se veía a nadie más dentro de aquella pocilga. Desde el umbral de la puerta llamó a Julio, pero este parecía no escuchar. Eugenio contuvo el aliento y entró a la velería. La pestilencia era insoportable; tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Como Julio le daba la espalda volvió a llamarlo, sin obtener respuesta. ¿Estará vivo?, pensó. Buscó al enano para que le ayudara a bajar a su amigo, pero este se había esfumado. Desde el callejón se escuchó un canto tétrico, en tonado por una voz chillona que se aproximaba. Eugenio quedó paralizado mientras las frases se hacían más claras:

*Duerme, duerme, no escuches mi voz.
O te arrojaré en el caldero de una coz.*

Como salida de una pesadilla, en el umbral de la puerta apareció la Sebera. Era exactamente como la describían las historias, pero un detalle había sido omitido: estaba ciega. En lugar de ojos, las cuencas vacías semejaban dos cavernas oscuras. La anciana se detuvo un segundo y olfateó el aire igual que un perro. Después entró y fue a sentarse en un banco a un costado del caldero, donde agarró una bola de mecha y se puso a desenredarla, mientras seguía cantando:

*Sueña, sueña, no veas la luz.
O te convertiré en vela de pus.*

Eugenio no atinaba a moverse. En una esquina de la pocilga vio una escalera de madera. Estaba a punto de levantar un pie cuando en la puerta apareció otra figura: el chino de la lavandería. Esta vez no parecía inofensivo. Sostenía un puñal en la mano derecha; en su rostro se dibujó una sonrisa de dientes afilados, lo suficientemente afilados como para comer ratas y... niños.

Pinche zotaco, pensó Eugenio. Y maldijo su suerte.

Ahora su vida también estaba en juego. Eugenio reaccionó y se puso detrás del caldero. El chino se movió y comenzó a acercarse lentamente por un costado. Eugenio caminó en dirección opuesta, sin dejar de mirar a su agresor, y durante algunos minutos hicieron esta extraña danza, como dos brujos en torno al fuego. Julio estaba despierto; cuando vio a su amigo, comenzó a agitar el cuerpo. Una mordaza le tapaba la boca y tenía las manos atadas detrás de la espalda.

—No te preocupes, Julio. La policía ya viene en camino —Eugenio mintió.

El chino rompió su silencio con un perfecto español.

—No puede escucharte. ¿Sabes por qué? La Sebera le puso cera en los oídos. Es un juego perverso: cuando la cera se derrita por el calor del caldero, y tu amigo pueda escucharla cantar, lo dejará caer dentro.

Sonrió, mostrando sus dientes puntiagudos, y agregó:

—No le gusta que la oigan porque canta espantoso.

Desde las alturas, Julio intentaba seguir la danza circular de los rivales. Abajo, sin moverse de su sitio, la Sebera continuaba cantando y desenredado el pabilo, ajena a lo que acontecía a su alrededor.

—Estás acabado —le dijo Eugenio al chino, en un intento de darse valor—. Sé dónde está tu negocio y lo que vendes en la trastienda.

Los ojos del chino se hicieron grandes, los músculos de su cuello se tensaron y la mano apretó el mango del puñal. Eugenio supo que se preparaba para atacar y que no tenía manera de enfrentarlo.

De pronto, sucedió algo insólito: impulsado por una fuerza invisible, el chino se elevó en el aire y cayó dentro del caldero. Se escuchó un grito atroz, al tiempo que un olor a carne quemada inundó la pocilga. El chino dio una serie de manotazos en el sebo hirviente, como un niño que se ahoga en una alberca, y consiguió asirse al borde del caldero. Sacó medio cuerpo fuera pero ya no pudo moverse: al contacto con el aire la cera se solidificó, petrificándolo en un gesto de dolor. En segundos se había convertido en una vela humana.

Sin entender todavía lo que acaba de suceder, Eugenio dobló el cuerpo y vomitó en el suelo. Mientras se limpiaba la bilis de la boca, una figura emergió a un costado del caldero: era el enano, que doblaba los brazos con los puños en alto para mostrar

sus poderosos músculos. Su enorme sonrisa lo decía todo: soy un héroe, me debes una.

—Pinche zotaco —dijo Eugenio, y corrió hacia donde estaba la escalera.

Liberaron a Julio y abandonaron la velería sin mirar atrás. En el callejón volvieron a escuchar la voz de la Sebera, ese chillido que era canción de cuna y amenaza a la vez:

*Vete, vete, no vuelvas jamás.
O de mi caldero nunca saldrás.*

INDULTO

El Presidente de la República, después de examinar detenidamente el proceso del Chalequero, resolvió sobre la petición de indulto lo siguiente:

El Chalequero fue indultado de la pena de muerte.

El reo indultado extinguirá la prisión extraordinaria de veinte años en el castillo de San Juan de Ulúa.

Diario del hogar, 4 de junio de 1892

Extracto de nota

SEGUNDA PARTE

LA BESTIA

Ciudad de México, junio de 1908

Subieron a la sierra montados a caballo. Llevaban prisa, así que forzaron el galope de los animales por las angostas veredas que ascendían al Desierto de los Leones. Era una tarde nublada; conforme subían, el frío de la montaña comenzó a metérseles bajo los gabanes. Se escuchaba el sonido de los pájaros y de otros animales que no pudieron identificar, ocultos tras el tupido bosque. En algunos tramos, los jinetes tuvieron que jalar las riendas y disminuir la velocidad, para evitar el precipicio en cuyo fondo se veía correr un arroyo. Una vez que llegaron a la explanada, divisaron el convento de los Carmelitas, que lucía ruinoso, abandonado, entre la crecida maleza. Roumagnac y Eugenio descendieron de los caballos y avanzaron hacia el convento, donde un rural montaba guardia parado sobre una piedra. Tenía un rifle que sostenía con ambas manos detrás de su cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó Roumagnac.

El rural bajó de la piedra y escupió la rama que tenía entre los dientes. Después usó la punta del rifle para subirse el sombrero.

—No veo a mi compañero, ni al resto.

Roumagnac se quitó el sombrero y se pasó un pañuelo para limpiarse el sudor de la frente.

—Vienen justo detrás de nosotros. Es importante que nos muestres el cuerpo, antes de que algún animal se lo coma.

—No se preocupe, lo tengo bien cuidadito —dijo el rural. Alzó la barbilla para señalar a Eugenio, y preguntó—: ¿Este quién es?

—Mi asistente —respondió Roumagnac. Lanzó una rápida mirada hacia atrás, y agregó con creciente nerviosismo—: Mira, te agradezco que...

Eugenio lo interrumpió apretándole un brazo. Después señaló hacia un costado del convento.

—Ahórrese el discurso. Ya vi dónde está.

Unos cuervos acababan de aterrizar encima del cadáver y extendían sus enormes alas en preparación para el festín.

—¡Ah *chingá!* —exclamó el rural. En un movimiento rápido alzó el fusil hacia las aves y las espantó con un disparo.

Los tres hombres se acercaron. La víctima era una mujer de unos treinta años de edad. Llevaba un vestido de noche, más propio de una fiesta que de aquel entorno boscoso.

—Esos pajarracos no es lo único que he tenido que espantar, patrón —dijo el rural quien, apenado por su descuido, había cambiado su tono receloso.

Roumagnac se inclinó sobre el cadáver, y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—También ha venido gente de los alrededores. El chisme se corrió rápido. Pero los mandé a sus casas con ayuda de mi amigo —dijo, alzando el rifle con orgullo.

El inspector abrió la boca de la víctima y le hizo una seña a Eugenio para que se aproximara.

—¿Lo ves? También le falta la lengua.

Eugenio pensó en el mole de guajolote que había almorzado. Sintió que lo iba a devolver entero.

—A esa infeliz se la arrancaron —dijo el rural—, pero aquí los lugareños hablan *demás*.

—¿Qué dicen?

Roumagnac se incorporó; Eugenio se sintió aliviado de imitarlo. El rural se ajustó las bandoleras, como si se preparara para un combate, y respondió:

—Que esto no es obra de humano. Que algo maligno anda...

No tuvo tiempo de completar la frase. Al principio de la explanada apareció una comitiva, encabezada por el coronel Félix Díaz, inspector en jefe de la policía, quien montaba un caballo blanco.

—Ve a recibirlos —le dijo Roumagnac al rural, dándole un empujón. Después jaló a Eugenio del brazo y se lo llevó al interior del convento, donde lo escondió en uno de los claustros.

Una hora después, Roumagnac volvió a reunirse con Eugenio. Lo había dejado en un lugar conocido como la Sala del Secreto. En ella, dos personas podían hablar en voz muy baja y escucharse perfectamente, aunque estuvieran alejadas una de la otra. Ese truco el inspector lo conocía desde que era joven: durante un paseo familiar por el Desierto de los Leones se había escondido ahí con una prima a la que le declaró su amor. En esta ocasión, la magia del convento servía para un propósito muy diferente.

—Tenemos que pensar en otro método de trabajo —dijo—. Nos estamos arriesgando mucho.

—Usted fue el que me trajo —dijo Eugenio—. Ni siquiera me dejó terminar la comida. Y me alegro que haya sido así: una cucharada más de mole y no me aguanté las arcadas.

—Quería que observara a la víctima de cerca. Era una oportunidad inmejorable.

—¿Cómo lo logró?

—Pura suerte: dos rurales encontraron el cuerpo. Usted ya conoció al que se quedó vigilando. El otro hizo el viaje hasta la ciudad para avisar en la comisaría. Cuando llegó, yo era la persona de mayor rango. Félix Díaz había salido, pero iba a

volver en cualquier momento. No lo pensé dos veces: le pedí al rural que esperara al coronel y fui a buscarlo.

—Un movimiento arriesgado: los rurales no me conocen, pero Díaz sabe que soy periodista. Además, es sobrino del Presidente...

—Tenía que hacerlo. Me temo que esto seguirá ocurriendo, y difícilmente podrá usted acercarse a otra escena del crimen sin que levantemos sospechas. Ya sabe que mis superiores no quieren que se ventile nada al respecto.

—Ni me lo recuerde. Estamos haciendo una locura.

—Debo volver. Dije que iba a orinar y esto se está convirtiendo en la meada más larga de la historia. Después de que nos marchemos aguarde una hora y váyase. Escondí su caballo detrás del convento.

—Espere...

La penumbra dentro del Salón del Secreto era espesa. Por un momento Eugenio pensó que había estado hablando con un fantasma. O con su imaginación.

—¿Sí?

—¿Por qué quería que viera el cadáver?

Eugenio percibió que una sombra se alejó hacia el umbral de la puerta. Sin embargo, la respuesta le llegó como un susurro en el oído:

—Aún no sabemos quién es el enemigo. Pero ahora se puede dar una idea de su tamaño.

Eugenio regresó a su casa por la noche. Ana y el pequeño Edmundo dormían. Había una olla con tamales en el fogón, pero no tenía hambre. Se sirvió una copa de vino y se sentó en el sillón que estaba junto a la ventana de la sala. Un profundo silencio dominaba la calle, ninguna luz se veía en los hogares vecinos. En ese momento de penumbra y quietud, mientras sujetaba el frío cristal de la copa con ambas manos, Eugenio tuvo la impresión de ser la única persona viva en una ciudad de muertos. Una fina lluvia comenzó a caer, aumentando su desasosiego. En otras ocasiones, los aguaceros nocturnos resultaban un consuelo, un ruido de fondo que lo acompañaba durante sus insomnios para decirle que el mundo no se había detenido; ahora tenía la certeza de que la lluvia caía sobre las tumbas abiertas que esperaban nuevas víctimas. Las gotas pegaban en los cristales, como dedos de fantasmas que buscaban llamar su atención antes de desvanecerse. No podía quitarse de la cabeza la visión de la mujer con la lengua arrancada. Pensó en su vestido elegante, en lo inapropiado que resultaba para el bosque, y tuvo una certeza: había muerto en la ciudad, después el asesino se deshizo del cuerpo en el Desierto de los Leones. Dio un trago al vino y se preguntó si tendría los arrestos para continuar con la misión que le encomendó Roumagnac. Con el Chalequero era diferente, porque lo vinculaba con Murcia. En cambio, estas muertes no le decían nada, salvo que las entrañas de la ciudad continuaban podridas. La lluvia arreció; los dedos invisibles golpearon el cristal con

frenesí, como si los fantasmas quisieran entrar en su casa. Aquella imagen lo estremeció. Pensó en su hijo, dormido tranquilamente en los brazos de su madre. Entonces comprendió. Si no hacía algo para detener los asesinatos le heredaría a su hijo una ciudad de tumbas abiertas. Tenía que encontrar al asesino. No necesitaba más culpas: Murcia le pesaba demasiado.

Eugenio terminó el vino, se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Después pegó el rostro al vidrio y dejó que los dedos de los espectros lo acariciaran.

Eugenio acudió temprano a las oficinas de *El Imparcial*. Fingía trabajar en un reportaje sobre la vida del Chalequero. Reyes Spíndola estaba complacido con sus notas sobre el asesino de mujeres y lo dejaba moverse a sus anchas. En realidad, Eugenio pensaba en otra cosa. Cuando cabalgaba junto a Roumagnac rumbo al Desierto de los Leones, el inspector le reveló información importante. Ahora tomaba notas, en busca de alguna coincidencia. Hasta el momento, el asesino que arrancaba lenguas había dejado cuatro víctimas:

- Joaquín Trejo, comerciante. Su cadáver apareció en la Calzada de San Antonio Abad.
- Ismael Zúñiga, abogado. Su cuerpo fue encontrado en las inmediaciones del basurero de San Lázaro.
- Adolfo Carrillo, impresor. Hallado en la garita de Peralvillo.
- La mujer del Desierto de los Leones, aún sin identificar.

Todas las víctimas, reflexionó Eugenio, aparecieron en las afueras de la ciudad; sin embargo, no pertenecían a esos rumbos. Según lo que le había dicho Roumagnac, aparte de la mutilación de la lengua, ninguno de los cuerpos mostraba otro rasgo de violencia. La base de los órganos desprendidos no exhibía el corte exacto de un arma afilada, sino un trazo irregular, como si hubieran sido arrancados con los dientes. En opinión del inspector, el asesino les quitaba la lengua a sus víctimas y las dejaba atragantarse con su propia sangre. Probablemente, también, se comía el órgano o se lo llevaba como trofeo.

La investigación era complicada, pues Eugenio no podía pedir información a las autoridades; además, no debía levantar sospechas. Comprendió que solo tenía un camino posible: ir a los lugares donde los cuerpos fueron encontrados e indagar con los vecinos. Cogió su levita del perchero y salió de la oficina con rumbo a Peralvillo. No le agradaba la idea de volver a ese sitio, pero le ofrecía la coartada perfecta del Chalequero. Hacía un viento helado. Eugenio metió las manos en los bolsillos del pantalón y cruzó la calle de las Damas bajo un cielo igual de encapotado que sus pensamientos.

Afuera de las vecindades ruinosas había mucha gente: mujeres que cocinaban garnachas en comales, niños que jugaban a jalarse los harapos unos a otros, perros famélicos que husmeaban en la basura y hombres que languidecían recostados en las paredes con vasos de pulque en las manos. Eugenio fue de un lado a otro, disimulando sus intenciones: compró comida, preguntó por la mejor lavandera y la mejor costurera, indagó sobre el carnicero que daba el precio más bajo y el zapatero que remendaba más rápido. Entre plática y plática, entre bocado y bocado, deslizó preguntas sobre el hombre al que le habían cortado la lengua. Algunas veces encontró respuestas evasivas y miradas nerviosas; en otras, una misma e inquietante respuesta: *fue la Bestia*. Después de tres horas, Eugenio tenía retortijones en la panza y un sospechoso de proporciones bíblicas.

Se disponía a marcharse de Peralvillo cuando un portero que barría la calle le hizo una seña para que se acercara. El hombre lo llevó al zaguán; cuidándose de que nadie más lo oyera, le dijo:

—Usted parece *pasma*, pero no lo es.

—No, yo...

El portero alzó una mano callosa y prieta, indicándole que aguardara.

—No importa. Después de que se llevaron al muertito, nadie ha venido a hacer preguntas. Hasta hoy. Si sabe algo, es mejor que desembuche, porque aquí todos leñemos miedo.

En un primer momento, Eugenio no supo qué decir. Después pensó que el hombre parecía sincero, y que debía comportarse de igual manera.

—Trabajo en un periódico, pero mi jefe no sabe que vine. Estoy haciendo una investigación por mi cuenta. La policía oculta la información relacionada con el crimen y me propongo averiguar por qué.

El portero apoyó ambas manos en el palo de la escoba y le clavó una mirada escrutadora. Eugenio supuso que su interlocutor evaluaba si podía confiar en él. Eslavo a punto de bajar los ojos, pero aguantó. Luego de unos segundos, el hombre dijo:

—Un primo mío trabaja como pepenador en el basurero de San Lázaro. Se llama Primitivo Sánchez. Dígale que va de mi parte y hable con él.

—¿Sobre qué?

Antes de contestar, el portero se persignó tres veces.

—La Bestia. Él la vio. Primitivo puede describirle a la criatura que anda buscando.

Castillo de San Juan de Ulúa, agosto de 1893

Desde el primer momento, Francisco Guerrero supo que su principal enemigo era la enfermedad. Lo impregnaba todo: los muros, el aire, la piel y el aliento de los presidiarios. Por encima del olor a orines, a mierda y vómito de las mazmorras, se elevaba la peste de los contagiados. Traían la muerte en sus entrañas, como si estuvieran podridos en vida. El calor sofocante del trópico y la poca ventilación del presidio eran el escenario ideal para la proliferación de la malaria. Las autoridades no hacían nada para combatirla, dejando en manos de la naturaleza el control de la sobrepoblación en la isla. Más que de humanos, el Chalequero se sentía rodeado por fantasmas: figuras raquíticas y ojerosas que deambulaban con la ropa hecha jirones, perpetuamente engarrotadas por el frío. Nadie estaba seco ahí dentro: el agua se colaba por los muros, dando la sensación de estar dentro de un barco que se hundía.

Las mazmorras tenían nombres, algunos muy apropiados como El Purgatorio. Si en verdad existía el infierno, estaba entre esa colección de espectros que ni siquiera se podían encaramar en los barriles que servían como letrinas. Algunos presos llevaban mucho tiempo sin ver la luz exterior; cuando los sacaban sus pupilas se achicharraban, dejándolos ciegos.

El Chalequero había decidido no sucumbir. Tenía como principal aliado al sol. Se enlistó para realizar voluntariamente los trabajos con los que castigaban a los demás reos. El principal era cargar el carbón que traían los barcos. No era una tarea exenta de peligros: los presidiarios que flaqueaban eran azotados; muchas veces caían al mar, donde morían ahogados o devorados por los tiburones.

Francisco hablaba poco. Se entregaba por completo a la faena para evitar que los guardias lo molestaran. A pesar de su actitud reservada, había hecho un amigo. Se trataba de El Tuerto, un hombre que había matado a dos de sus hijos porque no podía alimentarlos. Tenía tres: a los más grandes los asfixió con un saco para maíz. De manera inesperada, el pequeño se defendió con un clavo que enterró en el ojo izquierdo de su padre. Eso le salvó la vida. Ahora el Tuerto intentaba seguirle el ritmo al Chalequero en las tareas para expiar su culpa. Tenía la espalda despellejada por las cubetas de carbón. Estaba en los huesos; constantemente dejaba caer su cargamento, a veces por cansancio, otras a propósito. Era adicto al látigo de los celadores. Francisco se imaginaba que la espalda del Tuerto debía ser muy parecida a la de Jesucristo cuando cargó la cruz.

Un día, su amigo no resistió más y cayó fulminado bajo el agobiante sol del puerto de Veracruz. Como a todos los que morían en el presidio, lo enterraron en la Puntilla, un remedo de panteón ubicado en un brazo de tierra cercano a las galeras. El Chalequero sabía que los sepultaban a flor de tierra. No quería que los restos del Tuerto acabaran en el pico de los zopilotes. Arriesgándose a un castigo, se desvió con su cargamento hacia el cementerio improvisado. Los cangrejos le indicaron dónde estaba el cuerpo. El rostro sobresalía entre la arena, como la víctima de un saqueo. Las alimañas se habían encargado de vaciarle el ojo bueno. Las espantó a patadas; después arrojó el carbón para cubrir a su amigo y esconderlo de los predadores.

El Chalequero miró al mar. Aspiró hondo, en un intento por desprenderse del olor a muerte, pero la brisa le trajo un tufo a algas putrefactas. La isla conspiraba para recordarles a los presos su condición de despojo humano. La ciudad los había vomitado a una cloaca inmensa de la que se suponía jamás debían salir.

Recogió la cubeta y se encaminó de regreso al barco. Le esperaban seis horas de trabajo, pero no le importó. El sol bruñía su piel, construyéndole una coraza que la malaria sería incapaz de traspasar.

De las memorias de Eugenio Casasola (IV)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

La peor manera de combatir una obsesión es cambiarla por otra. No se consigue ver más cerca la luz, tan solo es una manera de prolongar el túnel. Me pesaban tanto Murcia y el Chalequero que me entregué por completo a la misión que me encomendó Roumagnac, aún incluso cuando él me advirtió que era mejor parar. Lo que más lamento es haber arrastrado a Ana en todo esto. Ella llegó a mi vida cuando me enteré de la muerte de Julio, y me sacó, momentáneamente, del oscuro pozo en el que me encontraba. Planeaba un viaje insensato a Europa para visitar la tumba de mi amigo en París. Ella escuchó mis planes en nuestras caminatas por el Paseo de las Cadenas, permitiendo que me desahogara, atenta a los detalles que le relataba. Ahorré todo el dinero que pude durante meses y estuve a punto de comprar un pasaje en barco. Entonces comprendí que no deseaba apartarme de ella, de sus ojos que me observaban con una comprensión infinita, y que me hacían sentir que no estaba loco. Para ella, cruzar el océano con el objetivo de visitar la tumba de un amigo muerto no era una insensatez, sino un acto romántico. Por supuesto, nunca le hablé de Murcia, de la culpa que me atormentaba, y mucho menos le confesé que mi corazón le pertenecía a un fantasma. Le propuse matrimonio y utilicé los ahorros para pagar la boda. Una ceremonia modesta, cuyas invitaciones estaban ilustradas con un dibujo que Julio me regaló años atrás. Un gesto que nuestras familias interpretaron como una extravagancia, y que los compañeros escritores de Julio en la *Revista Moderna*, a quienes llegué a conocer gracias a él, entendieron como el mejor de los homenajes. Ana trajo un poco de paz a mi vida, pero las obsesiones son como criaturas de las profundidades: tarde o temprano regresan a la superficie. Ella aceptó mi creciente afición al espiritismo y me hizo sentir que era algo normal, pero yo veía las dudas en sus ojos. Pobre Ana. La verdad es que nunca llegué a conocerla. Permití que poco a poco se convirtiera en uno más de los fantasmas que me rodeaban.

Cuando la Bestia apareció en la ciudad y me di a la tarea de cazarla, ella comprendió que el final de nuestro matrimonio se aproximaba. Las mujeres siempre intuyen todo mucho antes que los hombres. Le pedí que se marchara a Guadalajara con el pequeño Edmundo y no protestó. No sé si me creyó que estaban en peligro o si consideró que yo era la verdadera amenaza. No la culpo: mi comportamiento y mi aspecto se habían deteriorado de manera considerable. Ahora estoy encerrado en este

manicomio, con los oídos llenos de cera, mientras intento redactar un enfebrecido testimonio.

¿Podrá alguien creer en las memorias de un loco?

Ciudad de México, junio de 1908

El cielo estaba despejado. Un sol aplastante caía sobre el basurero de San Lázaro. Eugenio llegó en un carruaje de alquiler y le pidió al cochero que lo esperara. Iba a ser un gasto considerable, pero no podía quedarse desamparado en aquel rumbo. Conocía el regreso a su casa desde Peralvillo; en cambio, de ahí podía perderse con facilidad. Y si había un asesino suelto —o lo que fuera—, las ruedas siempre serían más rápidas que sus pies. Varios pepenadores removían entre las montañas de basura que se extendían algunos kilómetros a la redonda. El olor era nauseabundo; Eugenio sacó un pañuelo para taparse la nariz y la boca. Cuando sus zapatos y las perneras del pantalón se hundieron en los desperdicios, se maldijo por no haberse cambiado de ropa. Estuvo preguntando hasta que dio con Primitivo Sánchez, un hombre bajito y moreno que escarbaba en la inmundicia mientras ahuyentaba a las aves con su sombrero de paja.

Eugenio se presentó. Le dijo que venía de parte de su primo. El pepenador lo miró de arriba a abajo, y una sonrisa burlona se dibujó en su rostro. Traía un costal en el que recolectaba sus tesoros. Metió la mano en él; sacó un frasco y se lo entregó a Eugenio.

La etiqueta decía:

Específico del Dr. Hershey
Cura el alcoholismo en pocos días
Fácil de administrar sin que se sepa

—¿Cuánto me da por eso? —preguntó Primitivo.

Extrañado, Eugenio respondió:

—No lo necesito.

El pepenador alzó los hombros. Luego recuperó el frasco.

—De todos modos no sirve —dijo—. Está lleno. ¿Usted cree que alguien lo tiraría si funcionara?

—Supongo que no.

—Ustedes los ricos no saben en qué gastarse el dinero, y por eso compran estas cosas. Hasta un ignorante como yo sabe que el alcoholismo no se cura nunca.

—Yo no soy rico —Eugenio se defendió.

Primitivo lo volvió a barrer con la mirada.

—Comparado conmigo, usted es millonario. Hasta carro trajo. ¿Qué quiere?

Eugenio se sintió ridículo y guardó el pañuelo. No quería permanecer mucho tiempo en aquel sitio, así que fue al grano.

—Su primo me dijo que usted vio a... la Bestia.

El rostro de Primitivo se descompuso. Metió el frasco en el costal, dio media vuelta y comenzó a alejarse entre los desechos. Eugenio fue tras él.

—¡Oiga! —gritó—. Ahora que lo recuerdo tengo un tío alcohólico. Tal vez sí necesite ese frasco.

El pepenador se detuvo. A su izquierda había un sillón desvencijado, medio hundido entre la basura. Se sentó en él y después golpeteó con la mano en el asiento vacío, invitando a Eugenio a que se uniera. El periodista se acercó, quitó una cáscara de plátano del respaldo y se dejó caer, exhausto. Frente a ellos solo había montones de chatarra. Desde ahí no podía ver el vehículo y eso lo inquietó. Las aves volaban en círculos arriba de ellos, tal vez esperando a que alguno de los dos muriera.

—Si usted cree que yo hago esto porque no tengo otra opción —dijo Primitivo, con tono serio—, se equivoca: podría ser portero de una vecindad, como mi primo. Y sé remedar zapatos. Pero vengo aquí porque me gusta aislarme del mundo. Aquí no viene nadie nunca. No me gusta convivir con las personas, pero me divierte analizarlas. Toda esta basura dice mucho más de nuestros semejantes que cualquier libro. Aquí se aprende mejor que en las escuelas. Y es gratis.

El pepenador paseó la mirada entre la basura con cierto orgullo, como quien observa los anaqueles de su biblioteca.

—¿Y qué es lo que ha aprendido? —preguntó Eugenio, con genuina curiosidad.

—Hay cosas que uno no puede tirar. Esas cosas nos poseen. Pero las cosas que uno echa a la basura representan nuestros anhelos de libertad.

El filósofo de la basura, pensó Eugenio. Sería un texto estupendo para el periódico.

Primitivo volvió a sacar del costal el Específico del Dr. Hershey.

—Ahora se lo pago —dijo Eugenio, y metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—Olvídelo —dijo el pepenador—. El que tiró este frasco, por ejemplo, se dio cuenta del engaño. Y le aseguro que jamás volverá a gastar en esta tontería. Pero es el único que he encontrado. Cientos de frascos de este mejunje se venden en las droguerías. Somos como borregos. ¿Y así queremos quitarnos de encima al Dictador?

Eugenio se le quedó mirando. Quiso decir algo, pero no supo qué.

—No me mire así —dijo Primitivo—. No soy chango de circo. Si hablo así es porque fui maestro. Algo tengo en la mollera.

—¿Y por qué lo dejó?

Primitivo revolvió dentro del costal y extrajo una botella de licor medio llena. La destapó, le dio un trago y se la ofreció a Eugenio.

—Digamos que ciertas aficiones me alejaron de las aulas. Y también de mi mujer.

Eugenio dudó si beber, pero le pareció que sería una grosería no hacerlo. Dio un trago y después se limpió la boca con la manga de su levita.

—Esa botella, por cierto, la encontré aquí —dijo Primitivo—. Si la gente continuara arrojando el alcohol a la basura, no necesitaría el Específico del Dr. Hershey para curarse. ¿Entiende a lo que me refiero cuando hablo de libertad?

Media hora después, el licor se había terminado y ambos estaban un poco borrachos. Primitivo se definía como un misántropo, pero en realidad le agradaban la compañía y la conversación. Eugenio comprendió que era un exiliado, que el basurero de San Lázaro era la patria que lo había acogido. En ese momento, entre la basura emergió un hombre con chistera; a Eugenio le pareció una visión provocada por la bebida y los intensos rayos de sol. Cuando pudo enfocar la mirada, reconoció al cochero.

—Debemos irnos —dijo el hombre—. De lo contrario, le será imposible pagarme.

—La carrosa se convierte en calabaza —dijo el pepenador, y se echó a reír.

—¿Ya ve que no soy rico? —dijo Eugenio, riendo también.

Primitivo removi6 en el costal, extrajo un reloj de oro y se lo extendió al cochero.

—¿Con esto es suficiente?

El cochero dudó unos segundos, pero al final tomó el reloj y asintió sin decir palabra.

—Entonces vaya a su carruaje, y espere a que mi amigo y yo terminemos de hablar.

Eugenio pensó que el saco de Primitivo era como el sombrero de un mago. Cualquier cosa podía salir de ahí. El pepenador se puso de pie y le hizo una seña para que lo siguiera.

—¿Tiene hambre? Mis colegas ya deben estar preparando algo.

Eugenio se incorporó, sintiéndose mareado. Necesitaba comer. Se limpió el sudor de la frente con el pañuelo y fue detrás de su nuevo amigo. El excéntrico y generoso Rey de la Basura.

Estaban reunidos alrededor de un comal en las orillas del basurero. Además de Eugenio y Primitivo, había otros tres pepenadores. Comían quesadillas y frijoles. A diferencia de su amigo, los otros hombres eran de pocas palabras. Eugenio comió con apetito, la grasa le sentó bien al est6mago. Cerca de ahí el cochero esperaba sentado en el pescante. Lo invitaron a comer, pero se negó, de vez en cuando sacaba el reloj de oro y lo observaba, como para cerciorarse de que no era un timo. Las aves continuaban volando encima de ellos, con la infinita paciencia de los predadores.

Durante varios minutos solo se escuchó el batir de las mandíbulas. Fue Primitivo quien rompió el silencio.

—Aquí mi amigo quiere saber de la Bestia —dijo.

Al instante, los tres hombres soltaron sus quesadillas y se persignaron.

—Todos la vimos —dijo Primitivo—. Nomás que yo soy ateo.

—¿Cómo es? —preguntó Eugenio.

—Enorme, y de su cuerpo se desprende un brillo intenso —dijo uno de los hombres.

—Tiene mucho pelo en la cara —dijo el segundo.

—Camina erguida, pero no toca el suelo —agregó el tercero.

Eugenio dio una cucharada a los frijoles y se quedó pensativo. Iba a preguntar algo más pero Primitivo se le adelantó.

—Estaba sobre la víctima cuando la vimos. Parecía como si le estuviera comiendo la cara. Pero cuando se alejó y nos pudimos acercar, el rostro estaba completo.

—La lengua —dijo Eugenio, como pensando en voz alta.

Hubo un largo silencio. El periodista terminó su quesadilla y se incorporó.

—Debo irme. Gracias por la comida y la hospitalidad.

Primitivo lo acompañó hasta el carruaje. El cochero dormitaba y los caballos se espantaban las moscas con la cola.

Antes de despedirse, el pepenador le advirtió:

—Sé que todo esto suena raro. Y le mentiría si le dijera qué es exactamente lo que vi. Pero sea lo que sea, es muy peligroso. Tenga cuidado.

Los hombres se estrecharon la mano, y luego Eugenio subió al carruaje. El cochero azotó a los caballos con el látigo, poniéndolos en marcha. Mientras se alejaban, el periodista se asomó por la ventanilla. Primitivo agitó la mano en señal de despedida; dio media vuelta y se perdió en su reino de basura.

Castillo de San Juan de Ulúa, diciembre de 1897

Con el invierno aumentaba la urgencia de carne. El Chalequero invertía en putas parte de lo que ganaba con los trabajos que realizaba en el presidio. Además de la paga de la mujer, debía apartar unas monedas para el celador. Las fulanas le salían baratas, pues siempre pedía a las más viejas, a las más cotonas, a las que nadie más quería. Sin embargo, en esa ocasión, cuando entró a la celda destinada a la cogedera, se topó con una sorpresa. En medio de la penumbra y la humedad del lugar estaba una mujer muy joven. El Chalequero se aproximó, molesto, con la intención de agarrarla de los cabellos y sacarla a patadas, pero al verla de frente refuló. Se trataba de una mulata maciza, que no se intimidó con su presencia. Tenía ojos verdes y cabello ensortijado. La mujer sonrió. Sus dientes centellearon en la oscuridad como joyas.

—De dónde chingados saliste —dijo el Chalequero, incómodo—. Esperaba a otra.

—Lo sé —respondió la Mulata, y se adelantó para observar al hombre de cerca—. Quería conocerte. Tienes fama de semental.

—¿Y cuál es tu gracia? —preguntó el Chalequero con desprecio—. Estás demasiado joven para mí.

—Las apariencias engañan —la Mulata pegó la nariz al cuello del hombre y comenzó a olfatearlo con avidez. Después agregó, satisfecha—: Los dos somos animales. El ayuntamiento es propicio.

El Chalequero iba a apartarla de un empujón, pero la Mulata se adelantó. Con una fuerza inesperada lo arrojó al piso, montándolo a horcajadas. El golpe desvaneció al hombre. Recuperó el sentido y la vio moverse encima de él. No supo ni cómo pasó, pero ya estaba dentro de ella. La Mulata apretaba su coño con violencia, estrangulándole la verga. Caliente, el Chalequero alzó las manos y la agarró por debajo de la blusa; sintió dos sacos escuálidos, arrugados como pasas. También le pareció que el cabello de la mujer mostraba de pronto unos mechones blancos. Aunque quiso, no pudo apartarla: ella lo domaba como a un potro. Él se vino en silencio; en cambio, la Mulata echó la cabeza hacia atrás, y lanzó un alarido que se escuchó en todos los rincones del presidio.

Minutos después, ya descoyuntados, el Chalequero puso a la Mulata bajo el único rayo de luz que entraba en la celda. Su cabello era del color del carbón y sus tetas firmes como rocas.

—¿Qué pasó, mi Chaleco? —dijo la Mulata, con esa sonrisa que parecía collar de perlas—. ¿Viste visiones?

—¿Cómo entraste? —preguntó el hombre, confundido—. Aquí nadie te conoce.

La Mulata se metió la mano en el escote, y extrajo un pedazo de gis.

—Lo importante no es cómo entré, sino cómo voy a salir.

Fue hacia el fondo de la celda y trazó un rectángulo en el muro. Le agregó un círculo en el costado derecho, a la altura de sus costillas. Después se hizo a un lado para mostrar su dibujo: una puerta.

—Ya sé quién eres —dijo el Chalequero, con ojos pelones—. He oído hablar de ti. Eres una bruja.

La Mulata movió la cabeza, en un gesto de desaprobación.

—Ay, Francisco. Nunca serás un caballero con las mujeres.

Luego abrió la puerta que había dibujado y desapareció en la oscuridad.

Ciudad de México, julio de 1908

El embarcadero estaba desierto cuando Madame Guillot y Eugenio llegaron. Subieron a una trajinera y le pidieron al botero que los condujera por donde él quisiera. Minutos antes, en Nativitas, habían bebido pulque y comido barbacoa preparada por los indios de Xochimilco; ahora solo querían tumbarse en la canoa y hacer la digestión mientras contemplaban el paisaje. Conforme avanzaban, vieron las chinampas cubiertas de claveles y amapolas, algunas cabañas de paja, y los sauces llorones que se alzaban como gigantes peludos en la orilla del lago.

—Te agradezco que me hayas traído —dijo Madame Guillot; se quitó el sombrero y dejó que su cabello cayera sobre los hombros—. Estoy todo el tiempo encerrada dialogando con fantasmas. A veces me hace falta recordar que existe el mundo de los vivos...

—Pero aquí parece un cementerio —dijo Eugenio—. ¿Dónde se metieron todos?

Aunque era sábado, se habían cruzado con muy pocas trajineras en los canales. Eugenio le preguntó al botero si había alguna razón en particular. El hombre hundió su pértiga en el agua, impulsó la canoa y después dijo, en voz muy baja, como si no quisiera que lo oyeran:

—Ayer alguien vio por aquí a la Bestia.

El botero se persignó y guardó silencio.

—No me diga —Eugenio, que estaba recostado en el asiento, se incorporó—. ¿Y usted no tiene miedo?

—Necesito alimentar a mi familia. Mejor no hablemos *deso*. No sea que lo invoquemos.

El botero le dio la espalda y siguió conduciendo la trajinera. Eugenio se cambió al asiento de enfrente, donde estaba Madame Guillot. Durante la comida, la había actualizado de sus últimas pesquisas.

—¿Escuchaste? —preguntó—. Al parecer esa criatura es ubicua.

—Ustedes los mexicanos son supersticiosos —Madame Guillot se inclinó sobre el borde la trajinera y metió una mano en el agua—. Por más esfuerzos que hagan el Déspota y su corte de científicos, jamás podrán quitarle a este pueblo su relación con lo sobrenatural. ¿Por qué crees que no me regresé a Francia cuando enviudé? Aquí me siento una persona normal.

Eugenio sacó del interior de su levita una bota a la que había rellenado con vino. Se la ofreció a Madame Guillot.

—Todo mundo habla de la Bestia —dijo Eugenio—. ¿Qué te hace pensar eso?

Madame Guillot bebió; una gota de vino escurrió por su barbilla. Se dio cuenta de ello, pero no hizo nada por limpiársela.

—Que el gobierno oculta cosas —dijo—, pero el pueblo encuentra sus propias explicaciones.

—¿No crees entonces que se trate de una criatura sobrenatural?

—Se lo preguntas a una mujer que habla con los muertos. Mis vecinos piensan que soy bruja. Es obvio que creo en el mundo sobrenatural, pero en este caso lo veo de manera distinta...

Eugenio tomó la bota y bebió, consciente de que ahora el vino estaba mezclado con la saliva de Madame Guillot. ¿Tendría un efecto tóxico?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que existe el Mal. Tanto en este como en el Otro Mundo. Lo he visto. Y esa energía se manifiesta de muchas maneras. Se trate de una bestia o de un humano, lo cierto es que está matando gente.

Eugenio miró los árboles grandes y viejos, y los canales laberínticos. Hizo un gesto con la mano para abarcar lo que veía, y dijo:

—¿No crees que este puede ser un buen lugar para que una criatura se oculte?

Madame Guillot se aproximó a Eugenio y le quitó la bota.

—¿Tienes miedo? ¿Acaso no te gusta el peligro?

El vino había dejado manchas marrones en las comisuras de la boca de Madame Guillot, como si se tratara de un vampiro que acabara de alimentarse.

—Yo... —Eugenio miró al cielo y se interrumpió.

De manera repentina, las nubes ocultaron el sol. Eran nubes oscuras, que anunciaba una tormenta. Frente a ellos vieron el embarcadero solitario: no lo notaron, pero el botero había dado vuelta, y ahora estaban de regreso.

—¡Oiga! —gritó Eugenio—. ¡No llevamos ni veinte minutos!

El botero dio un último impulso con la pértiga. Alcanzó el embarcadero, abandonó la trajinera de un salto y se alejó corriendo sin mirar atrás.

El regreso a la ciudad transcurrió bajo un aguacero. Tomaron el tren en Huipulco y cruzaron Tlalpan. A través de la ventana vieron los potreros anegados, las vacas que aguantaban estoicas en medio del creciente lodazal. Cuando descendieron en la plaza de México ya solo caía una llovizna. Eugenio acompañó a Madame Guillot hasta la puerta de su casa, mientras la cubría con su paraguas, y después chapoteó por las calles. Todos los cargadores estaban ocupados llevando gente y él no tenía tiempo de esperar a que el nivel del agua descendiera, pues le había dicho a Ana que cenaría en casa. El agua le llegaba a las rodillas y el frío le calaba en los huesos. Pensó en lo absurdo de haber estado toda la mañana en un lago, de donde salió seco, y luego regresar a la ciudad a mojarse.

Al doblar en una esquina se topó con un chamaco que vendía hojas volantes. Le gustaba coleccionarlas, así que compró varias. En todos los grabados que las ilustraban reconoció el trazo de José Guadalupe Posada.

El encabezado de una de las noticias decía:

INCREÍBLE SUCESO

UNA MUJER QUE SE CONVIERTE EN PIEDRA
RELATO TRAÍDO DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

Otro reseñaba:

SUCESO NUNCA VISTO

—◆—
ROSA LA BRUJA
—◆—

!!!UNA MUJER QUE SE DIVIDE EN DOS MITADES,
CONVIRTIÉNDOSE EN SERPIENTE Y EN ESFERA DE FUEGO!!!

El resto de las hojas relataban crímenes. Al lado de los asesinos que sostenían las armas homicidas, se veía siempre a un diablo azuzándolos. Eugenio pensó en la conversación que tuvo con Madame Guillot en la trajinera. El problema de un país como México, reflexionó, no era solamente el Mal, sino el hecho de que resultaba complicado separar la realidad de la ficción. Todo podía suceder porque todo era igualmente creíble. No importaba qué era verdad y qué mentira, sino lo que la gente aceptaba como real. Por lo tanto, Vanegas Arrollo, quien era el editor de Posada, y Reyes Spíndola, el cerebro detrás de *El Imparcial*, destacaban como visionarios, pues ambos comprendían el potencial de las noticias trágicas y fantásticas, y las convertían en un redituable negocio. ¿Cuánto tiempo podrían ocultar las autoridades el tema de la Bestia? Sin duda Reyes Spíndola cerraría filas con el gobierno, pero Vanegas Arrollo no tardaría en publicarlo, pues la criatura ya era un secreto a voces. Pensó en que le gustaría verla dibujada por Posada, a quien consideraba un artista. ¿Sobrevivirían el grabador y su editor a la censura? En ese momento, un carruaje pasó por los charcos a considerable velocidad y salpicó de agua los volantes, arruinándolos. Eugenio maldijo en voz alta y deseó que aquello no fuera un mal presagio para Posada y sus dibujos de pesadilla.

Castillo de San Juan de Ulúa, abril de 1904

No sería más un rayado. Francisco Guerrero entregaría al día siguiente el uniforme de presidiario y volvería a vestir el chaleco que le caracterizaba. Llegada la noche se acostó temprano, como si ese acto pudiera acelerar el paso de las horas. Sin embargo, 110 pudo dormir y la madrugada se volvió interminable. Lo asaltaron imágenes de su infancia, de los trece hermanos junto a los que dormía hacinado, igual que ocurría en las mazmorras del castillo. Hacía muchos años que no sabía nada de su familia. Probablemente todos estarían muertos ya, y si alguno vivía, pensaría lo mismo de él. Recordó los golpes que su madre les propinaba a todos por igual. A Francisco no le gustaba estar en su casa; por eso desde pequeño acompañó a su padre al trabajo y aprendió el oficio de carnicero. ¿Cómo eran sus hermanos? ¿Se sabía todos los nombres? ¿Quién era el más grande y quién el más pequeño? En realidad, el único rostro que recordaba con claridad era el de su madre. Incluso la había llegado a buscar dentro del presidio, algunos días particularmente calurosos en los que el bochorno y el agotamiento le nublaban la razón, y en los que en verdad creía encontrarse en el mismísimo infierno. A lo mejor ya me morí, pensaba. A lo mejor este es el inframundo, y la principal tortura es que nadie se lo dice a uno, y uno vive con la esperanza de salir. Entonces buscaba entre las caras de las reas la de su madre, porque ella no podría estar en otro lado más que en el infierno. También llegó a temer que su madre pudiera disfrazarse de alguna de las putas que pagaba. Nomás para hacerle la maldad. Entonces el Chalequero les jalaba el cabello y les apretaba el pellejo como queriéndoles quitar una máscara. Solo cuando se convencía de que la puta en turno no era su madre, se la cogía. Si le quedaba alguna duda, la regresaba sin manosearla y sin pagarle nada.

Mañana abandonaría el presidio. Jamás volvería a buscar a su madre entre esos muros lamosos y corroídos por el salitre. Le hubiera gustado topársela, nomás para decirle: todos me dicen *hijo de la chingada*.

Un rumor de mar llegó a través de las paredes. Miró hacia el piso y vio medio metro de agua. Tal vez el castillo se había hundido en el lecho marino. Tal vez su madre, sabiendo que iba a salir, mandó una maldición para complicarle las cosas. Pero él no se iba a quedar ahí. Nadaría hasta la Ciudad de México si era necesario.

Porque las mujeres le seguían debiendo. Y era tiempo de volver a cobrar.

Ciudad de México, agosto de 1908

Esa mañana parecía muy tranquila en la comisaría hasta que llegó el coronel Félix Díaz. Entró haciendo sonar sus botas sobre la duela y su paso impetuoso hizo volar algunos papeles de los escritorios. Los policías interrumpieron lo que estaban haciendo y centraron su atención en el inspector en jefe. Díaz se colocó en el centro de la habitación, se pasó la mano por el bigote en un par de ocasiones, como si quisiera aclarar sus pensamientos. Con voz enérgica, dijo:

—Me acaban de informar que hay cierto cadáver que nos interesa en la Capilla de los Muertos. Quiero que vaya un solo hombre a verificar esto, sin que parezca una visita de la policía. Como saben, la gente está muy nerviosa, y ya cuchichea sobre una criatura a la que llaman la Bestia. No nos conviene que se haga más ruido en torno a esto. ¿Alguna idea para revisar ese cuerpo con la mayor discreción posible?

Un silencio se hizo en la comisaría; los policías se revolvieron en sus sillas, sin saber qué responder. Roumagnac vio una oportunidad. Se puso de pie y expuso su plan:

—Soy habitual de esa capilla. Vivo cerca y suelo visitarla por asuntos relacionados con mis estudios sobre criminalística. Los párrocos me conocen y están acostumbrados a mi presencia. Si le parece, puedo ir a verificar si el cadáver nos incumbe o no.

Díaz frunció el ceño y después asintió. No parecía muy convencido, pero tampoco tenía otra alternativa.

—Vaya ahora mismo. Y llévese su cuaderno de notas. Que parezca que trabaja en su próximo libro.

Roumagnac cogió sus cosas del escritorio. Las manos le temblaban. Todas las miradas estaban puestas sobre él, y pensó que podían leer en su rostro la palabra *traidor*.

Como de costumbre, la plazuela de la Concepción estaba rondada por menesterosos. Esperaban en torno a la fuente a que los párrocos los alimentaran, con actitud taciturna. Se habían convertido en parte del paisaje, igual que los árboles y la antigua ermita. A Roumagnac le gustaba esa pequeña construcción de forma hexagonal donde se ubicaba la Capilla de los Muertos, llamada así porque ahí solían exhibirse los cadáveres sin identificar. A diferencia de la iglesia de monótona piedra gris que

estaba enfrente, las paredes color mamey de la ermita y su cúpula de ladrillo rojo le daban un toque de distinción a la plazuela. Entró en ella con paso tranquilo, intentando disimular su urgencia; después de saludar al padre que rezaba tras el pequeño altar, sacó su cuaderno de apuntes y se aproximó a los dos cadáveres que yacían sobre unos bancos de madera. El primero era una mujer cuyas ropas sucias y raídas la delataban como vagabunda. La desechó rápido, pues se había ahorcado y traía la lengua de fuera. El segundo era un hombre bien vestido, en cuyo rostro se había fijado una expresión de terror. Roumagnac fingió interesarse en ambos cuerpos, mientras realizaba garabatos en su cuaderno con expresión concentrada. Por el rabillo del ojo vio que el padre no paraba de rezar; aprovechó para aproximarse al hombre y abrirle rápidamente la boca. El inspector sintió un vuelco en el estómago: al cadáver le faltaba la lengua, pero lo que le impactó fue otra cosa. Al ver de cerca al muerto se dio cuenta de que lo conocía. Su mente hizo una rápida conexión de sucesos, y el pánico se apoderó de él. Aunque su mente lo deseara, sabía que no podía tratarse de una causalidad. Cerró su cuaderno, se despidió del padre con una inclinación de cabeza y salió de la capilla.

Mientras cruzaba la plazuela, por primera vez en su vida sintió envidia de los menesterosos. Había que aceptar que eran sabios. A la luz de lo que ahora intuía, era preferible hacer como ellos: aislarse del mundo y de su infinito poder de corrupción.

Eugenio leía el periódico en la sala de su casa. Buscaba alguna nota referente al Chalequero, pues la sentencia del jurado no tardaría en darse a conocer. Se encontraba solo; su mujer y su hijo habían salido a pasear. Sin ellos presentes, se sentía más cómodo para indagar sobre el asesino. Ana era curiosa y siempre le preguntaba acerca de lo que leía en los diarios. Hablar con ella de ese tema era un tabú para Eugenio. Aunque su mujer no sabía nada de su pasado con Murcia y del terrible suceso que lo unía al Chalequero, prefería no conversar nada al respecto.

Mientras pasaba las páginas, un creciente nervio sismo se apoderó de él. Esperaba la pena capital para su viejo enemigo. Llegaría con veinte años de retraso, pero eso no era lo peor: Eugenio temía que el escurridizo asesino evadiera por segunda vez el patíbulo. Ya lo había evitado una vez, y en la mente paranoica de Eugenio había cabida para otra fuga imposible.

Sus pensamientos fueron distraídos por una nota que llamó su atención. Se trababa de la reseña de un hallazgo singular en Ixtapalapa: la osamenta de un gigante. Los especialistas que la habían encontrado relataban que las falanges de este extraño espécimen medían quince centímetros. Y que la tibia tenía un metro de largo. En la nota también aparecía don Agustín Juan, el dueño del terreno donde apareció el gigante. Todo fue un accidente: sus trabajadores hicieron una excavación para fabricar adobes y se toparon con el monstruoso esqueleto, que tenía una altura de cuatro metros.

El *reporter* señalaba que los trabajadores se persignaban cada que veían la osamenta. Eugenio sintió que el estómago se le sumía. ¿En verdad podría tratarse de una criatura similar a la Bestia? ¿Podría ese esqueleto probar que las supersticiones del pueblo tenían un fundamento? Y si era así, ¿cuántos más había enterrados y, sobre todo, vivos y acechando en los alrededores de la ciudad? Eugenio cerró el periódico y se pasó las manos por el rostro. Estoy delirando, se dijo. Una cosa era ser *reporter* y otra escritor. Él redactaba noticias, no literatura. Dejarse llevar por el folclor era peligroso, porque conectaba con la magia. Si continuaba por ese camino lo echarían de *El Imparcial*, y terminaría escribiendo las hojas volantes que ilustraba Posada.

Eugenio se levantó del sillón. Aunque eran las once de la mañana, se sirvió un buen trago de coñac.

Roumagnac cerró la puerta del baño de la comisaría con seguro, fue al lavabo, y se echó agua en el rostro. Quería aislarse de sus compañeros por un momento. Acababa de informarle a Félix Díaz que el cadáver que vio en la Capilla de los Muertos tenía la lengua cercenada. El coronel le agradeció el dato, y mandó a dos de sus hombres a recuperarlo. Lo que no le dijo era de quién se trataba. Roumagnac sabía que el muerto se llamaba Balbino Santos, un rico heredero famoso por despilfarrar su fortuna. El recuerdo que tenía de su encuentro con él volvía ahora nítido a su memoria. Ocurrió semanas atrás, en el Jockey Club. Balbino había destapado varias botellas de champaña, y bebía en compañía de sus amigos. En algún momento de la velada, se le aproximó un muchacho demasiado joven para pertenecer al club. Movidado por la curiosidad, Roumagnac se les acercó con discreción entre la concurrencia, que a esas alturas ya estaba bastante alcoholizada, y se fijó que Balbino le extendía un cheque al muchacho por una suma elevada. Después, el mensajero salió del Jockey Club. El inspector lo siguió, y lo atajó en una calle poco transitada. Tras mostrarle su placa, lo interrogó.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

Asustado, el mensajero bajó la mirada y la clavó en el piso.

—A entregar un recado a mi patrón —respondió.

—¿Quién es?

El muchacho permaneció silencioso, y con la cabeza inclinada. Roumagnac cambió de estrategia.

—Es una revisión de rutina. Nada le pasará a tu patrón. Solo quiero saber si en verdad tienes uno, y que no andas de vago por la calle.

—Jeremías Peña —dijo al fin el mensajero.

Roumagnac asintió, y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, muchacho. Puedes irte.

Ahora, mientras miraba las gotas de agua que le escurrían por el rostro, Roumagnac sentía ganas de devolver el estómago. Jeremías Peña era el director de *El*

Siglo, un periódico de oposición al gobierno, y Balbino Santos, su benefactor, yacía muerto en una morgue para indigentes.

La luz del día jamás penetraba en la biblioteca de Madame Guillot. Una penumbra perpetua caía sobre muebles y libros, aislando ese espacio del mundo exterior y sus bagatelas. Entre sus muros transcurría un tiempo propio: el de los relojes sin manecillas de los espectros. Sentada sobre la mesa circular e iluminada apenas por un candelabro que no se atrevía a disputarle territorio a la noche interior, Madame Guillot tomó la pluma, cerró los ojos y dejó que los espíritus hablaran a través de su cuerpo. Les había hecho una pregunta concreta, una cuya respuesta era urgente conocer. Cuando el movimiento de su mano cesó y recuperó el control, la médium retrasó el momento de mirar las letras escritas en el papel. Intuía la respuesta. Por lo tanto, conocía sus consecuencias y el papel que ella desempeñaría. Un sacrificio tan injusto como necesario. ¿Había acaso sacrificios justos? No podía titubear. Ella se debía a la Causa, y nada debía interponerse. El camino de los espíritus precipitaría los acontecimientos, pues el de los hombres se había estancado. El mundo inmaterial intervendría para poner en orden el material, como había acontecido desde siempre.

Madame Guillot abrió los ojos y miró el papel. Sus lágrimas fluyeron de inmediato, distorsionando las letras y su terrible mensaje.

Llevaba diez minutos de retraso. Roumagnac apuró el paso por el Boulevard, sin dejar de mirar por encima del hombro. Esquivó un carruaje y cruzó la calle. Comprendió que su actitud era sospechosa e intentó relajarse. Se detuvo ante el aparador de La Esmeralda y fingió interés en las joyas. Después reanudó el camino con un andar más pausado. Sin embargo, los nervios lo consumían, y gruesas gotas de sudor cubrían su frente. Llegó a la esquina de San Francisco y Bolívar; entró al Salón Rojo y pagó su boleto en la taquilla con manos tembló rosas. Buscó primero en la sala de frescos, luego se dirigió a la galería de espejos. Allí encontró a Eugenio, que se entretenía mirando su cuerpo deformado en el azogue. No era momento para pasatiempos infantiles. Roumagnac lo tomó del brazo y lo condujo al interior de la sala, donde las vistas ya habían comenzado. Se sentaron hasta atrás. Protegidos por la oscuridad, con versaron en susurros.

—Tengo algo muy importante que decirle —Roumagnac buscó su pañuelo en el bolsillo interior de la levita, pero se dio cuenta que lo había olvidado. El sudor le escurría hasta la barbilla, así que utilizó la manga izquierda para limpiárselo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eugenio—. ¿Se encuentra bien?

—Descubrí algo respecto a los asesinatos. Algo que puede ser muy grave. Tengo una teoría, y la sola intuición de a dónde puede conducir me impide involucrarme más.

—¿Pero qué es? —Eugenio se dio cuenta que elevaba la voz; de inmediato corrigió su tono—. Dígamelo, por favor...

La oscuridad del cine se vio interrumpida por un resplandor. Ambos miraron la pantalla: se veían llamas saliendo de un edificio. La proyección trataba sobre el incendio del Palacio de Hierro. En ese momento, la ansiedad de Roumagnac dio paso al pavor: era como si ese luego estuviera destinado a él.

—No puedo —masculló—. Vine a informarle que abandono la investigación. Por el bien de usted y el de su familia, le recomiendo que haga lo mismo.

Roumagnac se levantó. Iba a comentar algo más, pero sintió la mirada de algunos espectadores. Se colocó el sombrero y caminó hacia la salida, dándole la espalda al incendio.

Madame Guillot y Eugenio paseaban en silencio. Deseaban privacidad, así que se alejaron de las calles principales. Ambos estaban pensativos, luego de la discusión que sostuvieron minutos antes. Eugenio compartió sus dudas de seguir investigando los asesinatos, tras la advertencia de Roumagnac. Madame Guillot le dijo que no se podía acobardar. El tono de la conversación subió; hubo gritos, reclamos. Ahora se daban un respiro. Eugenio pensaba que hacía siglos que no discutía con su mujer. Con Ana todo transcurría en una monótona calma. Y no era que deseara pelearse, pero de pronto se sintió lleno de vida, como si hubiera recordado que por sus venas corría sangre. Estaba a punto de tomar la mano de Madame Guillot, cuando dieron vuelta en la esquina y se toparon con una multitud. Eran panaderos emplazados a huelga, que se agolpaban a las puertas de una tahona. Buscaban impedir que ingresaran al lugar los nuevos trabajadores contratados por los dueños para sustituirlos.

—Vamos a ver —dijo Madame Guillot, excitada.

Jaló del brazo a Eugenio, quien en principio opuso resistencia pero luego se dejó llevar.

—Eres *reporter* —agregó Madame Guillot, molesta—. Deberías escribir sobre esto.

—No puedo. Me despedirían.

—Entonces por lo menos compórtate como un buen testigo. No cierres los ojos como los demás.

De manera intempestiva, por el otro extremo de la calle apareció un grupo de policías, acompañado de rurales a caballo. Se lanzaron sobre los huelguistas, dispersándolos a golpes. Madame Guillot y Eugenio se vieron envueltos por la turba que se precipitó calle abajo. No tuvieron más remedio que correr junto con ellos. Eugenio sintió que los caballos estaban encima. Vio un zaguán abierto, empujó a Madame Guillot, y se pusieron a salvo. Desde ahí, abrazados, contemplaron la represión. Un huelguista cayó al suelo y fue arrollado por un animal. Los cascos le

abrieron la cabeza y le tumbaron varios dientes. Dos policías arrastraron a un panadero que había perdido los pantalones, y le rompieron la nariz a golpes. Otro hombre cayó de rodillas, con un ojo vaciado. Madame Guillot no quiso seguir viendo y hundió el rostro en el pecho de Eugenio. Los gritos y la confusión se prolongaron por varios minutos. Eugenio se obligó a mirar hasta que no pudo más. Entonces cerró los ojos y aspiró el perfume de aquella mujer que lo abrazaba, en un intento por alejar el tufo a muerte.

Minutos después, Madame Guillot y Eugenio estaban sentados en una banca del Zócalo. Las campanas de Catedral sonaban, los tranvías salían de la terminal con pasajeros, los vendedores de helados empujaban sus carritos y la gente leía tranquilamente el periódico bajo las frondas de los árboles. La vida continuaba con normalidad, como si el horror que contemplaron momentos antes hubiera sido parte de una pesadilla.

—¿Ahora entiendes? —dijo Madame Guillot, con voz conmovida—. No puedes dejar a esa gente sola. Una ola de cambio está en camino y tú tienes que hacer tu parte. Debes continuar con la investigación y llegar hasta el fondo.

—¿Aún a costa de perder mi trabajo?

—Sería lo mejor que te podría pasar. Es una vergüenza que escribas para el periódico que al Déspota.

Eugenio miró a un vagabundo que dormitaba sobre una banca; los rayos del sol le daban en pleno rostro, sin que a él pareciera importarle.

—Tienes razón —dijo—. Me faltan agallas, nunca he querido poner en riesgo mi comodidad.

Madame Guillot lo tomó de las manos.

—Esta es tu oportunidad. Si la rechazas y regresas a lo de siempre, te arrepentirás.

—¿En verdad lo crees?

—Tienes que decidir entre dos caminos. En uno ya sabes lo que te espera: una mujer abnegada, un trabajo seguro, pero condicionado a los intereses del Dictador, y el recuerdo de Murcia. Pero en el otro está el misterio: no conoces a dónde te llevará. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida preguntándote qué hubiera pasado si te hubieras atrevido a tener una vida diferente? De hecho, hay alguien a quien quiero presentarte. Un *reporter* que puede ayudarte en tu investigación. Yo sabía que con Roumagnac no ibas a llegar muy lejos.

Eugenio se estremeció. Se soltó de las manos de Madame Guillot, que de pronto le parecieron frías. Sabía que ninguno de los dos caminos le agradaba. Se decidió por el segundo, el único que podía alejarlo del fantasma de Murcia.

Hacienda de La Soledad, diciembre de 1902

A un gesto del Mago, la jauría de perros se alejó velozmente del sendero, arrastrando con ella a los caballos y a la comitiva de ruidosos cazadores. Solo quedaron atrás él y su anfitrión. Pronto los ladridos se perdieron en la espesura y los dos hombres pusieron sus animales al trote. Por fin tenían la privacidad que necesitaban para conversar sobre asuntos que solo les incumbían a ellos. Durante unos minutos ninguno habló; se dedicaron a contemplar el paisaje de la hacienda de La Soledad, propiedad de Jorge Carmona, marqués de San Basilio. Se encontraban tan solo a unas leguas de la ciudad, pero el tupido follaje y el mar de árboles propiciaban la sensación de estar lejos de todo.

Al fin el Señor Presidente se atrevió a romper el silencio. Junto con su voz, algunas aves alzaron el vuelo, como si desearan alejarse de un peligro oculto.

—Su reputación le precede —dijo, con voz pausada pero firme—, y ahora pude comprobarla. Ha sido impresionante la manera en que esos animales respondieron a su orden.

El Mago lo analizó con esa mirada perversa e inteligente que le caracterizaba. Su rostro parecía más el de un niño travieso que el del hombre maligno cuya fama crecía en el mundo entero.

—Dominar a los animales y a los elementos es fácil —dijo, y en ese momento las nubes se juntaron sobre ellos, oscureciendo el sol—. Más difícil es escalar las cimas de las montañas, y más aún ganarse la voluntad de los Ángeles.

—Usted tiene propósitos diferentes a los míos —dijo el Presidente, y utilizó una mano para alisar su tupido bigote—. Yo siempre he gobernado este país con mano firme, pero ahora batallo para ganarme la voluntad de los hombres.

—Lo sé —respondió el Mago, y detuvo su caballo—. Antes de la cacería invoqué a Aiwass, mi Ángel Protector, y pude ver su destino.

El Mago alzó una mano, señalando al cielo.

—No puedo mentirle: viene una tormenta. Una muy fuerte que puede arrastrarlo lejos de sus dominios.

El Presidente irguió la espalda, como si el hecho de recomponer su postura pudiera mitigar el escalofrío que le causaron las palabras de su invitado.

—¿Y qué puedo hacer? Para eso lo traje: para que me dé consejo.

—Todo tiene su precio. Usted lo sabe muy bien.

—Pídame lo que sea. Nada es imposible para mí. Todavía.

El Mago miró los numerosos anillos que adornaban sus dedos, como si contuvieran el resumen de sus deseos.

—Quiero formar la Orden Secreta de la Lámpara de la Luz Invisible. Para ello necesito realizar una serie de ritos en las montañas sagradas de Tepoztlán. Ritos que implican ciertos sacrificios... de sangre. Le pido total libertad para realizarlos sin que la policía intervenga.

El Presidente sonrió, aunque su bigote impidió que el gesto se notara. Por eso el pueblo creía que su gobernante jamás sonreía.

—Concedido —dijo—. En este país muere mucha gente todos los días. Nadie notará unos cuantos más. Ahora dígame, Mr. Crowley, ¿qué debo hacer?

El Mago cerró su puño y las nubes se dispersaron. El sol reverberó al instante sobre las copas de los árboles.

—Necesita ganar tiempo —respondió—. Y lo logrará distraendo a la gente. Hace algunos años, usted mandó a la cárcel a un famoso asesino. La gente no se ha olvidado de él. Suéltelo y regréselo a su casa. Tendrá el espectáculo garantizado.

—He mandado a mucha gente a la cárcel, ¿de quién se trata?

—Lo he visto en sueños. Es un hombre que está encerrado en un castillo junto al mar.

El Presidente reflexionó unos segundos. Sus ojos se iluminaron cuando recordó al asesino.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Un simple criminal me ayudará a corregir el rumbo del país?

—Por supuesto que no. Hay más trucos que yo le enseñaré.

El Mago clavó las espuelas sobre la carne de su caballo con saña; el animal relinchó, alzando las patas delanteras con desesperación. Antes de lanzarse a todo galope tras el grupo de cazadores, Aleister Crowley le dijo al Presidente:

—La sangre que derrame ese asesino es solo el comienzo.

De las memorias de Eugenio Casasola (V)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

¿Fuiste tú la que me hundió, Madame Guillot? ¿La que terminó de confundir mi mente y mi corazón con su canto de sirena maldita? Ahora entiendo que quien es capaz de convocar a los muertos, es capaz también de gobernar la voluntad de los vivos. Tuviste la posibilidad de alejarme del peligro y, sin embargo, me guiaste directo al precipicio... Soy injusto, lo sé. Yo ya estaba condenado desde que Murcia murió. A partir de ese día, todos los pasos que di me condujeron a este encierro, donde aguardo mi encuentro final con la Bestia.

¿Por qué no has venido a verme, Madame Guillot? Lo prometiste. Sé que no es fácil acceder a mí, pero tienes influencias. El tiempo se acaba. Tú eres mi única esperanza de poder salvar estas páginas. Si no vienes y las sacas de aquí, nadie conocerá la verdad. Mi hijo, y mis nietos —estoy seguro que los tendré—, vivirán pensando que yo era tan solo un loco que terminó en el manicomio. Tienen que conocer mi historia, saber que luché contra la Bestia. Tú, más que nadie, quisiste que fuera así. ¿Estás enojada por mi aparente fracaso? ¿Es por eso que me castigas con tu indiferencia? Sabes bien que aún podemos derrotar a la criatura. No me puedes abandonar. Además, me debes una última comunicación con Murcia. ¿Tendrás piedad de este condenado a muerte?

Es un lamento patético, pero quizá traspase estas paredes y llegue hasta ti. Si tardas más, todo estará perdido, y mi sacrificio será en vano. Quizá cuando llegues solo encuentres estas páginas manchadas de sangre. ¿Es eso lo que quieres? ¿Acaso soy tu experimento? A pocos de los espíritus que acuden a tus llamados lo conociste en vida. ¿Esperas mi muerte para convocarme y que pueda revelarte los secretos del Otro Mundo con la visión de un fantasma familiar? Juro que lo haré, y que incluso mi descendencia tendrá noticias de mí para seguir construyendo el puente entre los dos mundos, tu sueño más anhelado. Pero tienes que verme una última vez. En cuanto te entregue este manuscrito mi alma te pertenecerá para siempre.

TERCERA PARTE

EL AGUCHILLADOR

Ciudad de México, septiembre de 1908

El interior de la celda era frío, húmedo. Las paredes estaban descascaradas y un olor a agua estancada flotaba en el ambiente. Roumagnac observó a su interlocutor: las ropas raídas, el bigote descuidado, la mirada cansada. Tenía más pinta de anciano abandonado que de asesino de mujeres. Costaba trabajo imaginarlo como el ogro que había sido, sosteniendo el puñal con mano firme para rasgar el cuello de sus víctimas y penetrar hasta la tercera vértebra cervical. Pero Francisco Guerrero había vuelto a matar hacía poco, y gracias a ese crimen ahora estaba de nuevo tras las rejas.

Roumagnac se proponía terminar el libro sobre criminales en el que tenía tiempo trabajando. Las entrevistas con el Chalequero serían parte fundamental de su estudio. Aún no sabía qué pensar de ese viejo taciturno. Era, sin duda, producto de una infancia atroz, dominada por el abuso y el incesto propios de las clases pobres. Por otra parte, su físico concordaba con el perfil del asesino nato.

El inspector tomó su cuaderno y anotó:

Los signos degenerativos que el procesado presenta son físicos: viciosa implantación de los dientes de la mandíbula inferior, desproporción y desarrollo de las manos, ligero prognatismo superior y frente deprimida; y psíquicos: disminución marcada del sentido moral, debilitamiento de la voluntad y violencia de carácter. Es, por tanto, un degenerado moral violento. Dentro de las más recientes clasificaciones de la antropología criminal moderna, puede ser incluido entre los criminales natos.

Roumagnac bajó la pluma y levantó la vista: el Chalequero miraba hacia la nada, perdido en sus pensamientos. Se veía frágil, extraviado. Cualquiera otra persona podría sentir pena por él. Sin embargo, el inspector sabía muy bien que si se le soltaba mataría de nuevo. La sangre fría nunca volvía a calentarse.

Para atraer su atención, Roumagnac preguntó:

—¿Por qué cree usted que me intereso en su caso?

El Chalequero le dirigió una mirada acuosa. Tras unos segundos, contestó:

—Los malvados son fenómenos que merecen estudiarse.

Roumagnac cerró el cuaderno y clavó sus ojos en el asesino, intrigado.

—Conozco esa frase —dijo—. ¿Le gusta leer?

Francisco Guerrero encogió los hombros.

—Novelas por entregas.

—Entonces leyó *Los misterios de París*.

Los ojos del asesino se iluminaron por un instante.

—Mi favorito.

El inspector volvió a abrir su cuaderno y anotó el dato. Después consultó su reloj: era hora de marcharse. Se levantó y, antes de salir, le preguntó al Chalequero:

—¿Quiere que le traiga una novela la próxima vez?

Francisco Guerrero se miró las uñas llenas de mugre.

—No hace falta —respondió. Luego se golpeó repetidamente la frente con el dedo índice, y añadió—: Los personajes de ese libro están aquí conmigo. Todo el tiempo.

EL CHALEQUERO PAGARÁ CON LA VIDA SU YA LARGA CADENA DE CRÍMENES

—◆—
LOS SEÑORES DEL JURADO NO ENCONTRARON ATENUANTES A SU DELITO
—◆—

El final del drama ante el jurado estaba ya previsto. Nadie abrigaba la más ligera duda acerca de la sentencia que recaería sobre el reincidente, ni de que el epílogo de la trágica historia del tristemente célebre Chalequero habrá de escribirse con sangre sobre el patio siniestramente llamado del Jardín, en la cárcel de Belén.

El procesado no había pegado ojo en toda la noche previa al fallo. Él mismo nos lo dijo cuando lo interrogamos sobre su estado de ánimo.

—Sufro mucho y no he podido dormir, la conciencia me reprocha.

De nada podrían servir las triquiñuelas de sus defensores, pues la suerte de Francisco Guerrero estaba ya resuelta desde que fue capturado como responsable de su último asesinato.

Periódico *El Imparcial*, 5 de septiembre de 1908

Extracto de nota

Ciudad de México, octubre de 1908

La reunión en casa de Madame Guillot tenía un pretexto: acababa de comprar un fonógrafo marca Edison, y quería compartirlo con sus amistades. Solo tuvo que caminar a la esquina de Tacuba y Santa Clara, donde se encontraba la Agencia de Fonógrafos. No aceptó la ayuda de los empleados: lo cargó ella misma hasta su hogar y lo colocó sobre una mesa en el centro del salón.

Esa noche, la mayoría de los invitados ya habían llegado. Se reunían en torno al aparato con curiosidad y expectación. Su bocina en forma de trompeta dorada parecía una enorme copa lista para recibir la champaña que la servidumbre repartía entre la gente. La mayor parte de la concurrencia eran clientes habituales de Madame Guillot, pero también había vecinos y algunos parientes de su difunto esposo.

Para comenzar, la anfitriona tenía preparado un disco en el que estaba grabada la voz de Juan de Dios Peza.

—Primero la poesía —dijo—. Después el baile.

Se trataba de *El sello del infierno*, un poema sobre fantasmas que ocurría en la calle de Balvanera. Tras unos minutos en los que los invitados escucharon el relato con una mezcla de respeto y nerviosismo, la recitación terminó con la siguiente frase:

*Y si el número no digo,
Ni doy detalles y señas,
Es porque aún espanta a muchos
Vivir con almas en pena.*

La gente entendió la ironía de su anfitriona al escoger aquel poema, y aplaudió entusiasmada. Inocencio Frías, un hombre de patillas canosas, y *reporter* del periódico de oposición *El Diablito Rojo*, le preguntó en voz alta:

—¿No te preocupa que los ruidos producidos por este invento maléfico te impidan escuchar las voces de los muertos?

Madame Guillot miró a la concurrencia, y respondió con una sonrisa provocadora:

—A los fantasmas les gusta la música. Funciona igual que los dulces con los niños. Muy pronto en esta casa no cabremos los vivos.

La gente rio con nerviosismo. Madame Guillot colocó otro disco en el fonógrafo. De la bocina brotó un vals.

—Y ahora todos consigan pareja —dijo, con las mejillas coloradas por el alcohol—. El que se quede solo bailará con las ánimas.

Los invitados acataron la orden con entusiasmo. En pocos segundos, el lugar era un improvisado salón de baile sin orquesta. Madame Guillot hizo una seña con la cabeza a Inocencio; luego cogió a Eugenio de un brazo, y los tres se escurrieron hacia la biblioteca.

—Ahora podemos hablar —dijo Madame Guillot. Estaba contenta, y en sus ojos se veía un brillo inusual. Se sentó en el brazo de un sillón, cruzó las piernas y agregó —: Puse a Inocencio al tanto de los asesinatos que investigas. Espero que no te moleste.

Antes de que Eugenio pudiera responder, Inocencio se adelantó:

—Es información muy valiosa. Me comprometo a ayudarlo y a publicar los resultados en mi periódico. Es justo lo que el país necesita saber en un momento como este.

Eugenio no sabía qué decir. Se sentía rebasado por los acontecimientos, como si él ya no pudiera detener lo que se avecinaba. Miró las pantorrillas de Madame Guillot, que asomaban por la abertura de su vestido, y pensó que le gustaría abrazarse a ellas. «Las piernas de las mujeres —le dijo alguna vez Julio— son un buen asidero para los hombres en problemas. Pero también pueden terminar de hundirnos».

En la puerta sonaron unos golpes. Desde el otro lado se escuchó la voz del mayordomo, preguntando si podía pasar.

—¿Qué sucede? —dijo Madame Guillot—. Pedí que no interrumpieran...

El mayordomo entró. Sostenía un papel en la mano.

—Lo siento —dijo, apenado—. Acaban de traer un telegrama urgente para el señor Eugenio.

Entregó el papel y se retiró de inmediato. Eugenio se estremeció. Antes de leer el contenido, tuvo la certeza de que estaba a punto de conocer su condena.

Lo miró. Contenía doce palabras y dos iniciales:

LA CLAVE PUEDE ESTAR EN LA ÚLTIMA
PERSONA QUE VIO CADA VÍCTIMA

C. R.

Cárcel de Belén, octubre de 1908

Francisco Guerrero ya no estaba encerrado entre cuatro paredes. En su celda había callejones, puentes, alcantarillas, edificios: el intrincado laberinto de la parte antigua de esa ciudad que llamaban París. Podía pisar los charcos y oler los orines de los borrachos. El barullo de los bajos fondos llegaba hasta sus oídos. Escuchaba las peleas que ocurrían en las tabernas y veía las hojas de las navajas que centelleaban en la penumbra. Por las calles se cruzaba con distintos personajes y los saludaba con una inclinación de su sombrero. Ahí se sentía en casa porque todos eran iguales, miembros de la estirpe de los criminales. Había un hombre con el que se identificaba particularmente: el Acuchillador. Solía reunirse con él en el figón del Conejo Blanco, en la calle de Feves. Le gustaba esa taberna ruidosa y llena de buscapleitos; su alfombra de paja y la plancha de plomo del mostrador. También sus brebajes adulterados y sus nombres: «Venus» y, sobre todo, «Perfecto amor». Siempre le pedía al Acuchillador que le contara su historia. Le gustaba porque era muy parecida a la suya.

Así ocurría ahora, mientras estaban sentados en una mesa del Conejo Banco.

De niño, el Acuchillador andaba de vago con un ropavejero que lo golpeaba. Su primer oficio fue el de ayudante de los degolladores de caballos en Montfaucon.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó el Chalequero.

—Tenía diez o doce —respondió el Acuchillador—, y cuando comencé a dar de cuchilladas a aquellos pobres animales me horrorizaba; pero al mes no solo no hacía caso de ello, sino que me comía las manos tras el oficio.

—¿Y nunca bebiste su sangre? —preguntó el Chalequero, fascinado.

—Después de degollar media docena de caballos me pagaban con un trozo del cuarto trasero de alguno que hubiese muerto de enfermedad. Cuando me veía dueño de un trozo de carne me consideraba hombre feliz; en esos días tenía que comérmelo medio crudo y chorreando sangre.

—La sangre de los toros —añadió el Chalequero, mientras en sus ojos se reflejaba un brillo intenso— sirve para la virilidad.

El Acuchillador continuó su relato: al cumplir los dieciséis años, el acto de degollar caballos se convirtió en una pasión. Al hacerlo, se desnudaba, y en cuanto comenzaba su labor, se trastornaba por completo.

—Los oídos me zumbaban, inflamábanseme los ojos, y degollaba, y degollaba, y degollaba hasta que el cuchillo se me caía de las manos. ¡Qué placer! Aunque hubiese

sido millonario, habría pagado para ejercer aquel oficio.

El Chalequero levantó su copa y la estrelló con entusiasmo contra la del Acuchillador.

—Solo entre nosotros nos entendemos, qué va a saber la gente de cuchillos y de sangre. ¡Salud, camarada!

El Acuchillador relató que lo despidieron, pues empezó a dañar la piel de los animales en medio de su frenesí. Después se dedicó a cargar piedras en una cantera, y más tarde se inscribió en la milicia. Tras un pleito en el que acuchilló a dos soldados y a un sargento, lo capturaron y lo condenaron a muerte. Sin embargo, libró la sentencia y fue encerrado durante quince años.

—Yo también me salvé del paredón una vez —intervino el Chalequero—, aunque deseo que ahora en verdad me fusilen. ¿O no es terrible vivir con el peso de la conciencia?

—Sí: a los que dan cuchilladas, el cuchillo del verdugo; a los que roban, el grillete y presidio. A cada uno lo que le toca; pero ¡obligaros a vivir después de haber hecho un asesinato!

El Acuchillador confesó que durante los primeros años del presidio soñaba con los hombres a los que había dado muerte, y que en esos sueños los volvía a asesinar a puñaladas, como en un matadero de humanos.

—Cansado de tanta mortandad —agregó—, me despertaba con la mayor angustia y bañado en sudor. Dos veces quise matarme, pero soy fuerte como un toro. Después de algún tiempo, la costumbre de vivir pudo más que todo.

El Chalequero dejó su copa sobre la mesa. Juntó las manos, presa de un repentino abatimiento.

—Yo no sueño —dijo—, porque tu conversación me mantiene despierto. Y pobre de mí si lo hago: debajo de mi cama hay mujeres que están esperando a que me duerma para ponerse a llorar.

Ciudad de México, noviembre de 1908

Se dividieron el trabajo. Durante todo un mes Madame Guillot, Eugenio e Inocencio buscaron a los familiares de las víctimas y se entrevistaron con ellos para reconstruir sus últimas horas. Cuando la información proporcionada por los parientes no bastaba para rellenar los huecos, acudieron a vecinos, y a todo aquel que pudiera brindar pistas, como barberos, sastres, cantineros y los famosos *lagartijos*: hombres desocupados que se pasaban todo el día en la calle mirando a la gente. Así pudieron averiguar qué lugares habían visitado las víctimas, y con qué personas se reunieron justo antes de morir.

Un día antes de la fecha en que los tres acordaron reunirse para compartir los datos recabados, pasó algo extraño. Eugenio caminaba por la Alameda, distraído en sus pensamientos, cuando pasó junto al espectáculo de marionetas que se montaba cerca del kiosko. Había varios niños con sus padres. También algunas viejecillas solitarias. La gente reía, así que Eugenio se detuvo y miró hacia el pequeño escenario. En él, dos marionetas interactuaban. Una de ellas llevaba una capa negra; la otra, un montón de periódicos bajo el brazo. La figura encapotada tenía ambas manos alrededor del cuello del papelerito. Con un tono amenazante, dijo:

—Recuerda que la curiosidad mató al gato. Aquellos que husmean donde no deben, reciben un castigo ejemplar. Es el precio que pagan los metiches.

Luego giró la cabeza y apuntó hacia el público con la mano. Eugenio pensó que se dirigía a él cuando agregó:

—Solo los gatos tienen nueve vidas. ¿En verdad quieres malgastar la única que tienes?

Eugenio dio media vuelta y se alejó de ahí con paso veloz. Pasó frente al Teatro Nacional, que estaba en plena construcción. Miró el esqueleto de la cúpula y los huecos de la fachada, que semejaban las fauces abiertas de una enorme criatura. Se dio cuenta que andaba nervioso y paranoico; en todo veía señales ominosas. ¿En verdad ese títere se había dirigido a él? Seguramente el muñeco no, pero quien lo manipulaba podría haber lo hecho. Él pasaba por ahí a menudo, y su rutina era fácil de registrar. Tal vez debido a sus investigaciones recientes había llamado la atención de alguien. Debía ser más cauteloso e incluso buscar rutas distintas en sus caminatas diarias. Les advertiría a los demás que se cuidaran de...

Una marioneta, pensó, casi con vergüenza. Luego pensó en la Bestia. Y en Murcia.

Su vida estaba llena de quimeras.

Esa noche, Eugenio cenó con su familia, y deliberadamente prolongó la sobremesa. Necesitaba sentir el calor de la gente viva, alejarse por un momento de los espectros y sus sombras frías. Consintió que el pequeño Edmundo se desvelara, y dejó que los acompañara cuando tomaban el digestivo. Pensó que tenía mucho tiempo sin sostener una conversación íntima con Ana, con esa mujer que él mismo había convertido en una extraña. La miró a la luz de las velas y se dio cuenta que sus grandes ojos negros escondían más misterios de los que suponía.

—¿Eres feliz? —le preguntó en un impulso.

Ana se pasó una servilleta por las comisuras de la boca.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —respondió—. Eres mi marido.

Eugenio le dio un trago a su *brandy* e intentó con otra:

—¿He sido un buen marido?

Ana recogió con la mano unas migajas de pan que quedaron en la mesa.

—¿Qué pasa, querido? Esta noche estás muy...

—¿Comunicativo?

—Melancólico. ¿Cómo va el trabajo? Últimamente no hablas de él.

Eugenio pensó que debería contarle sobre su obsesión con el Chalequero y su pasado con Murcia, pero la realidad era que no tenía el valor de hacerlo. Se trataba de un secreto que no podía compartir con ella, no después de tantos años de silencio. También pensó que le gustaría contarle acerca de la Bestia y el horror que iban perfilando sus pesquisas, pero eso significaría acercar el miedo a su casa. Sería injusto salir del agujero en el que se escondía de su esposa solo para mortificarla.

—No te quiero aburrir —dijo—. Somos puros hombres encerrados en un cuarto escribiendo notas. Nos abstraemos del mundo para poder hablar de él, ¿no es absurdo?

—Pasas mucho tiempo en la calle, investigas cosas. La vida de la gente no te es ajena.

Eugenio sintió una punzada en el estómago. Por primera vez en su matrimonio, Ana le abría una puerta para que se sincerara. Solo tenía que cruzarla; un pequeño paso que, sin embargo, lo paralizaba.

—He estado preparando un tema especial —dijo, y sintió el abismo bajo sus pies—. Pero es mejor que te hable sobre él ya que lo haya terminado. Hasta el momento, todo son meras especulaciones.

—Me dejas intrigada. Eres bueno para el misterio, quizá deberías escribir en tu periódico una novela por entregas.

Ana sonrió y depositó una mano sobre la de Eugenio. Él sintió el tacto cálido, la suavidad de la piel de su esposa envolviendo la suya. De inmediato pensó en Murcia, y un sentimiento de culpa lo invadió. Retiró la mano, escondiéndola bajo la mesa.

Fue entonces que Eugenio comprendió que ya no pertenecía al mundo de los vivos. Que su corazón latía más del Otro Lado, donde no solo estaba su amada, sino también su mejor amigo. Una corriente de aire frío entró por la ventana. Eugenio supo que eran los dedos de Murcia que acudían a confortarlo.

Al día siguiente, Eugenio pasó a las oficinas de *El Imparcial*. Conversó un momento con Reyes Spíndola, quien continuaba obsesionado con vender la mayor cantidad de periódicos posible. Después salió a su cita con Madame Guillot e Inocencio en el Gallo de Oro.

Mientras caminaba por la calle de las Ratas comenzó a llover. Apuró el paso con la intención de llegar al bar antes de que la ciudad se inundara. De pronto, sintió una presencia y miró por encima del hombro. Un carruaje negro avanzaba despacio, muy cerca de él. Eugenio se paró a contemplar el aparador de una tienda con la esperanza de que el vehículo lo rebasara, pero por el rabillo del ojo vio que también se detuvo. Decidió seguir. Junto con sus pasos volvieron a sonar los cascotes del caballo. Le fue imposible mantener la calma; un miedo creciente se apoderó de él. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, luego miró los edificios en un esfuerzo por disimular su nerviosismo. El carruaje lo emparejó y avanzó junto con él, como una sombra ominosa. Eugenio se armó de valor y miró hacia la ventana del vehículo: las cortinas estaban cerradas, impidiéndole descubrir la identidad de su perseguidor. Era un carruaje extraño, más grande de lo normal. Parecía muy viejo, tal vez de la época de Maximiliano. Luego observó al sujeto que lo guiaba en el pescante: era alto y delgado, llevaba capa negra, chistera, y tenía el rostro picado por la viruela. Eugenio lo retó con la mirada, pero el hombre no volteó. Justo cuando se acercaban al Gallo de Oro, este arreó al caballo, el vehículo aceleró la marcha y se alejó.

Bajo la lluvia, Eugenio se detuvo a recuperar el aliento. Una vez que el siniestro carruaje desapareció de su vista, se decidió a entrar en la cantina y pidió un trago doble.

Cárcel de Belén, diciembre de 1908

Aquella noche el Conejo Blanco se encontraba atestado. Los borrachos tenían sed y exigían nuevas jarras de vino golpeando con la palma de la mano sobre las mesas. Tía Colasa, la robusta tabernera, no se daba abasto para atender a la clientela, que bebía como si no hubiera mañana. No les faltaba razón: criminales en su mayoría, los parroquianos podrían encontrar la muerte en cualquier momento, a las puertas mismas de la taberna o mientras dormían en alguna pocilga sosteniendo su cuchillo. A pesar de ser demasiado joven para sus apetitos —tendría unos cuarenta años—, al Chalequero le gustaba Tía Colasa. En más de alguna ocasión había pensado en esperarla hasta que cerrara la taberna y abordarla en el callejón de atrás para brincarle encima con su arma. Sin embargo, no lo haría, pues eso significaría dejar a los clientes del Conejo Blanco —incluido él— sin alguien que los atendiera.

Como las mesas y la barra estaban repletas, el resto de la gente bebía de pie. Los integrantes de esa masa apretujada apenas podían mover los brazos para llevar los tarros hasta sus bocas. El aire olía a sobacos apestosos y alientos rancios, pero nadie se quejaba. Todos los presentes habían nacido con ese olor, y con ese olor se morirían.

El ruido era tan fuerte que el Chalequero y el Acuchillador hablaban casi a gritos para hacerse escuchar. Su conversación giraba en torno al tiempo que el Acuchillador pasó en la cárcel, tema que le encantaba al Chalequero.

—¿Es posible que en tan buena escuela no aprendieras a robar? —preguntó el Chalequero, extrañado de que su amigo fuera todo, menos ladrón.

—Me faltaba la afición —respondió el Acuchillador—. Los otros presidiarios me hacían burla por esto, mas yo me desquitaba a puñetazos, y en esas riñas conocí al Maestro de escuela, que me dio tan buenas lecciones.

Como bien sabía el Chalequero, el Acuchillador era un peleador formidable, solo superado por ese hombre al que llamaban Maestro de escuela. Él los había visto pelear, y los admiraba a los dos por saber transformar sus manos en objetos peligrosos. Sus puños eran como armas.

—¿Qué es lo que hiciste al salir del presidio? —preguntó el Chalequero, aunque se sabía la respuesta de memoria.

—Me fui a servir de mozo al descargador de leña del malecón de San Pablo, y así me gano la vida.

El Chalequero pensó que era extraño que su amigo viviera en aquella parte de la ciudad sin ser ladrón. Como si le adivinara el pensamiento, el Acuchillador dijo:

—¿Dónde queréis que viva? ¿Quién ha de tener trato con un hombre perseguido por la justicia? Además, me fastidia estar solo, me gusta la sociedad, y aquí ando entre mis iguales.

—Parece que eres feliz a pesar de todo.

—Muchos hay que están peor que yo; y si no tuviera esos sueños del sargento y de los soldados podría espichar tranquilamente como cualquier otro, en la esquina de una casa o en el hospital; pero esos malditos sueños... cuidado que me da angustia solo pensar en ellos.

El Chalequero asintió.

—Te entiendo. La otra noche me pasó algo similar a lo que ocurre en tus sueños. Cogí a una de las mujeres que lloran debajo de mi cama y le corté el cuello. Pero no se calló. El llanto continuó brotando de la herida, y al mezclarse con los borbotones de sangre parecía que estaba riendo. Por eso cada vez me quedo más tiempo en este lugar, dónde hay tanto ruido que no se puede distinguirse ninguno en particular.

Miró a su alrededor con gesto complacido. Levantó la copa y brindó con aquella multitud desquiciada que lo hacía sentirse a salvo.

En ese momento, un guardia del presidio que hacía ronda pasó frente a su celda y fue testigo de un extraño rito: el Chalequero alzaba la mano, y se la ofrecía al vacío.

Ciudad de México, diciembre de 1908

La lluvia había provocado que el Gallo de Oro se llenara de transeúntes que buscaban refugio. Madame Guillot, Eugenio e Inocencio estaban en una mesa del fondo, ocultos tras la multitud que bebía aguardiente para calentarse el cuerpo. Lo mismo había gente de levita y zapatos que de sombrero de palma y huaraches. La mayor diferencia entre ellos era que los primeros podían beber hasta hartarse, y los segundos tenían que juntar todas sus monedas para comprarse un solo trago.

Había varios charcos dentro de la cantina. Un mesero se abría paso esgrimiendo un trapeador, pero era poco lo que podía hacer: la gente entraba y salía constantemente del baño, ensuciando de inmediato lo que acababa de limpiar. A Eugenio le pareció una especie de Sísifo, que en lugar de piedra cargaba con un mechudo, condenado a ir de un lado a otro del Gallo de Oro en una faena interminable. Decidió no mencionarles a sus acompañantes el episodio del carruaje. En cuanto todos estuvieron armados con sus respectivos tragos, les pidió que compartieran sus investigaciones.

Media hora después, tenían las siguientes conclusiones sobre las cinco víctimas de la Bestia:

- La primera, el comerciante Joaquín Trejo, había sido visto en un café la noche en que murió, junto a Vicente del Toro, director del semanario *La Voz de México*.
- La segunda, el abogado Ismael Zúñiga, acababa de visitar en la cárcel a Paulino Méndez, director del semanario *El Correo de Juárez*.
- La tercera, el impresor Adolfo Carrillo, financiaba el tiraje del periódico *El Cuarto Imperio*.
- La cuarta —la mujer que apareció en el Desierto de los Leones—, quien había sido identificada como Juana Godoy, era amante de Manuel Trejo, dueño del diario *El Inesperado*.
- La quinta, Balbino Santos, era un hombre rico que recientemente había donado una considerable cantidad de dinero para rescatar de la ruina al periódico *El Siglo*.

Todos los fallecidos estaban relacionados de una u otra manera con miembros de la prensa opositora al gobierno.

—Voy a hacer de abogado del Diablo —dijo Eugenio, que tenía el frío metido en los huesos, y no precisamente por la lluvia—. ¿No será todo esto casualidad? ¿No estamos haciendo las conexiones llevados por nuestra paranoia?

Madame Guillot le clavó la mirada.

—En este país no hay casualidades.

Inocencio, que se aferraba a su copa como si alguien fuera a arrebatársela, dijo:

—¿Quieres ser carne de ataúd? Conviértete en disidente.

—O en prostituta —agregó Madame Guillot.

Eugenio se pasó los dedos por la boca: la tenía seca a pesar del alcohol.

—Entonces los asesinatos son una especie de advertencia —dijo.

—Existen muchas maneras de mandar mensajes —agregó Inocencio—. El hecho de que a todas las víctimas les falte la lengua, sumado a lo que acabamos de descubrir, no deja lugar a dudas de que se trata de un ataque más contra la libertad de expresión.

—¿Y qué hay con lo que dice el pueblo? —preguntó Eugenio—. En las calles se describe a un ser sobre natural.

—La gente ve lo que quiere —Madame Guillot se llevó su copa a la boca, pero ya estaba vacía—. A veces es mejor imaginar monstruos irreales que los verdaderamente posibles y próximos. Eso ya deberías saberlo.

—Si todo esto es cierto —dijo Eugenio, con un hilo de voz—, entonces corremos un serio peligro.

—¿Corremos? —dijo Madame Guillot, dirigiéndose a Eugenio—. Aquí el único miembro de la prensa disidente es Inocencio. Él debe retirarse de inmediato, incluso salir del país. Nosotros podemos seguir. Tú trabajas para el periódico que patrocina el gobierno, y yo soy una loca que habla con fantasmas. Nadie sospechará de nosotros.

—Pero...

—Si ustedes no se rajan —Inocencio interrumpió a Eugenio—, yo menos. No podemos flaquear: es el momento para herir de muerte al enemigo. La nación entera lo demanda.

Eugenio se tragó sus palabras. Quería seguir alegando sobre los peligros de continuar con aquella investigación, pero le pareció inapropiado. No quería quedar como un cobarde ante Madame Guillot. Miró por la ventana y vio a los hombres de huarache y sombrero empapándose en la lluvia: el mesero los acababa de echar porque ya no traían dinero. No sintió compasión por ellos. Al contrario, los envidió: sabía que eran capaces de levantarse en armas cuando llegara el momento. En cambio, él estaba paralizado, y sentía miedo hasta de los carruajes que pasaban por la calle. Eugenio cerró los ojos y aceptó su destino: iría hasta el fondo de aquello sin importar las consecuencias.

Desde que se confirmó su sentencia de ejecución, conversar con el Chalequero se había vuelto imposible. Encerrado en sí mismo y taciturno, contestaba con monosílabos a las preguntas que le formulaba Roumagnac. Extrañamente, los guardias del penal reportaban que hablaba solo todo el tiempo. Estaba claro que el capítulo de su libro dedicado al Chalequero había llegado a su fin, pero el inspector quería averiguar una cosa más. Acercó su silla para quedar frente a frente con el asesino; este lo atravesó con la mirada, atento a algo que estaba más allá de la celda, como si tras los barrotes hubiera un paisaje.

Roumagnac sacó su cuaderno y comenzó a preparar el terreno.

—¿Sabías que eres muy famoso? Se han hecho hojas volantes, reportazgos, grabados y corridos en tu honor. La gente habla de ti en cafés, cantinas y pulquerías. Mira.

El inspector le extendió una hoja volante con un dibujo de Posada, en el que se veía a un hombre bigotón y malencarado degollando a una mujer indefensa. El Chalequero ni se inmutó.

—Y ahora que te fusilen —continuó Roumagnac—, tu fama crecerá aún más. En tu juicio había varias prostitutas. ¿Las extrañas?

Los labios del Chalequero apenas se movieron, y de su boca salieron murmullos ininteligibles. De pronto, un nombre brotó con claridad:

—Tía Colasa.

Roumagnac sabía a qué se refería. Había releído *Los misterios de París* tras enterarse que era el libro predilecto del asesino, pero no quiso seguirle el juego. Continuó con lo que traía preparado:

—También hay mucha gente que te repudia. Por ejemplo, este editorial del diario *El Imparcial* dedicado a ti.

Roumagnac hizo una pausa mientras sacaba el recorte de prensa. Lo desdobló y procedió a leerlo en voz alta:

—«No eres un refinado: eres un ignorante, un oscuro hijo de la miseria y el delito. Te engendraron allá abajo en las tinieblas del fondo social. Eres un incompleto, perteneces a la humanidad embrionaria. Tus sentimientos son rudimentarios, tu conciencia es confusa. Tu niñez fue probablemente maliciosa y taimada, tu juventud, desenfrenada y ardiente. Eres un epiléptico, un degenerado, un enfermo».

El inspector levantó la vista. Ahora el Chalequero lo miraba. Aunque continuaba en silencio, había logrado atraer su atención.

—Esta gente que se expresa así de ti —agregó— ha hecho un montón de dinero vendiendo periódicos en los que aparecen tus crímenes. ¿Qué te hace pensar eso? ¿No te parece injusto?

El Chalequero carraspeó. Después habló con voz firme:

—¿A qué vino, inspector? Ya me ha quitado mucho tiempo. Y el poco que me queda quiero dedicárselo todo a mi amigo el Acuchillador.

Roumagnac se reclinó en la silla. Comprendió por primera vez que había estado abordando a Francisco Guerrero como un sujeto de estudio, y no como un ser humano. De pronto, se sintió avergonzado. Incluso el criminal más sanguinario merecía estar a solas con sus últimos pensamientos. Cerró su libreta y formuló la pregunta que realmente le interesaba:

—¿Qué crees que te pase cuando mueras?

El Chalequero desvió nuevamente la mirada hacia los barrotes, hacia lo que fuera aquello que proyectaba su mente, y respondió:

—Se saldrá ese humo que hace vivir al corazón.

Inocencio Frías era el hombre orquesta de *El Diablito Rojo*: reporter, editor, tipógrafo e impresor. Además de él solo había un par de chamacos que le ayudaban a repartir la publicación en los puestos de periódicos. Llevaba muchos años en el negocio y ahora disfrutaba ser su propio jefe. Era un *reporter* combativo que no se asustaba fácilmente. En dos ocasiones sus artículos incendiarios contra el gobierno lo habían llevado a la cárcel, donde aguantó estoicamente el aislamiento, los interrogatorios y las amenazas. Nunca había pensado en cambiar de giro, ni siquiera la mañana en la que llegó a trabajar y se encontró con su changarro desvalijado: se llevaron todo, hasta su pequeña imprenta, y le costó un año entero reunir el dinero para volver a publicar. Las adversidades reafirmaban su vocación; estaba convenido de que el gobierno podía ser derrotado. Los malos ratos y frustraciones cortesía del Dictador serían recompensadas si vivía lo suficiente para verlo caer del trono.

El momento se aproximaba, no le cabía la menor duda.

Por eso aquel día trabajó sin parar con la información recopilada en el Gallo de Oro. Se encerró en la pequeña oficina de *El Diablito Rojo*, redactó el artículo, y después formó las páginas de lo que sería una edición especial. Cuando comenzó a anochecer, se dio cuenta que le crujían las tripas. Necesitaba recuperar fuerzas para continuar con la faena. Fue al lavabo. Se mojó el rostro y el cabello. Luego se puso el gabán y salió a la calle en busca de un taco. Una vez que regresara, ya con la panza llena, se pondría a imprimir. Le llevaría toda la noche, pero no importaba: sería el número más importante en la historia de *El Diablito Rojo*.

Inocencio se detuvo en la esquina a encender un cigarro. Dio un par de caladas que le levantaron el ánimo. Devolvió el paquete a la bolsa interior de su saco y continuó caminando calle abajo. Estaba cansado, pensativo. No se dio cuenta que era seguido muy de cerca por un enorme carruaje negro.

Eugenio estaba esperando a que Madame Guillot regresara. Tras dar un paseo por el Zócalo, fueron a casa de la médium, pues Eugenio deseaba comunicarse con Murcia. Necesitaba su consejo, preguntarle sobre aquel mensaje que le hizo llegar antes: *Huye con tu familia*. Madame Guillot lo había dejado en la biblioteca y le pidió que aguardara unos minutos mientras subía a cambiarse. Impaciente, Eugenio deambuló por la habitación, miró los lomos de los libros, se sentó y se volvió a parar. Le extrañó que ninguno de los miembros de la servidumbre se hubiera acercado a ofrecerle un trago y bocadillos, como era lo acostumbrado. ¿Sería su día libre? Salió de la biblioteca y se acercó a las escaleras. La casona parecía desierta. Se aclaró la garganta. Cuidándose de no alzar demasiado la voz, dijo:

—¿Madame?

No obtuvo respuesta. Habló con más fuerza:

—¡Madame!

Nada. Los pensamientos paranoicos de los últimos días volvieron a dominarlo. Algo iba mal. Comenzó a subir las escaleras despacio, consciente de que jamás había estado en la segunda planta, y que transgredía una intimidad que pocos conocían. Cuando llegó al final de las escaleras se detuvo y volvió a llamar con voz suave:

—¿Madame? ¿Te encuentras bien?

Tampoco hubo respuesta. Enfiló entonces por un largo pasillo hasta la puerta del fondo, que se encontraba abierta. El piso estaba alfombrado, y se dio cuenta que sus pasos no se escuchaban, como si avanzara sin tocar el suelo.

Igual que un fantasma, pensó.

Se paró en el umbral. Su corazón latía apresuradamente. Asomó la cabeza. Lo que vio hizo que los latidos se detuvieron en seco.

Madame Guillot estaba acostada en la cama, completamente desnuda. Yacía sobre su costado derecho, con el codo flexionado y la cabeza apoyada en la palma de la mano. Se miraba en un espejo y le daba la espalda a la puerta, como la Venus de Velázquez.

—Ya deja de decirme Madame —dijo—. Me llamo Danielle.

Eugenio quedó pasmado. Y mudo. Sus ojos recorrieron aquella piel blanca, que brillaba con intensidad en la penumbra del cuarto. Se detuvo en los pezones, rosados y grandes como monedas, y en la tupida mata del vello púbico, igual de roja que la cabellera: un incendio que reclamaba ser apagado.

—Me miras como si fuera una aparición —dijo Danielle—. Pero te aseguro que soy de carne y hueso. Ven y compruébalo.

Eugenio tuvo una dolorosa erección. Era como si su verga quisiera adelantarse a su dueño rompiendo el pantalón.

A pesar de eso, continuó en el mismo lugar.

—Danielle... —dijo, y se le acabaron las palabras.

—Aprendes rápido. Mi nombre se escucha muy bien en tus labios. ¿Qué más sabes hacer con ellos?

—Eh...

—¿Qué te detiene? No amas a tu esposa, sino a una muerta. Y yo estoy viva.

—Perdóname. Los últimos días han resultado muy confusos. Nuestras vidas peligran.

—Con más razón deberías tomarme. Podemos morir en cualquier momento.

—No puedo. Lo siento.

Eugenio dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Cuando llegó a la escalera, se volvió para mirar. Danielle venía tras él. Se había puesto una bata de seda, pero no la cerró; sus pechos y su sexo descubiertos parecían llamarlo con un lenguaje propio.

—¡Cobarde! —gritó, mientras lo señalaba con la mano.

Eugenio se precipitó escaleras abajo. Desde el barandal, Danielle continuó:

—¿Sabes cuántos hombres quisieran tenerme? ¡Imbécil!

Un objeto de porcelana pasó zumbado por encima de la cabeza de Eugenio y se estrelló en el piso. Eugenio alcanzó la puerta y salió a la calle.

Durante el trayecto a casa los huevos le dolieron, como dos calabazas a punto de reventar.

El fuego del anafre guio a Inocencio hasta un puesto callejero. Pidió primero un par de pambazos, que aumentaron su apetito. Después se comió un tamal de salsa verde y un atole, y remató con tres quesadillas de hongos con huevo. Una vez que tuvo la barriga satisfecha, le entraron ganas de beber pulque. Sabía que pasaría la noche en vela, así que no importaba si se entretenía algunos minutos refrescándose la garganta. Pagó la comida y dirigió sus pasos hacia una pulquería cercana. Era un local viejo, que ya ni siquiera conservaba el letrero de la fachada. Pero le gustaba porque solía haber poca gente. Una pulquería vetusta y sin nombre le hacía sentirse en contacto con el auténtico espíritu de la ciudad; algo que el gobierno se había encargado borrar poco a poco con sus ideas de progreso.

Inocencio se sentó en la barra, y se puso a platicar con el despachador sobre los viejos tiempos. La sed y la nostalgia lo hicieron beber rápido. Pronto se acumularon los vasos vacíos.

Dos horas después abandonó el lugar. Sentía una embriaguez agradable y una renovada disposición para acabar con la tarea que tenía por delante. La noche había caído por completo, y el escaso alumbrado de la zona le hizo dudar sobre el camino que llevaba a su oficina. Decidió no meditarlo demasiado: el viento estaba fresco y si terminaba dando una caminata más larga de lo normal, le serviría para despejar la cabeza.

Inocencio echó a andar. Se cruzó con algunos borrachines habituales de la pulquería, que lo saludaron inclinando sus sombreros. Tras algunos minutos ya no vio gente. Dio vuelta en una esquina y entró en una calle completamente oscura. Había extraviado el rumbo, y se detuvo con la intención de reorientarse. En ese momento se

escuchó el ruido de los cascos de un caballo. De las sombras emergió un enorme carruaje negro, que pareció materializarse ante sus ojos. El vehículo se paró ante él. Sobre el pescante vio la silueta alargada del cochero; la chistera que coronaba su cabeza le hacía parecer aún más alto e irreal. Su rostro estaba envuelto en la penumbra; lo único que distinguió a la luz de la luna fueron las picaduras de viruela que le deformaban los pómulos, dándole un aspecto enfermizo y amenazante a la vez.

—Buenas noches, caballero —dijo el Cochero, con un tono solemne y educado que no encajaba con su desagradable aspecto—. ¿Se ha perdido usted?

Inocencio cerró con fuerza los párpados; enseguida los abrió con la esperanza de que aquella visión se hubiera esfumado, pero no fue así. Era real, y la perspectiva de sostener una conversación con ese siniestro personaje le llenó de un miedo repentino.

—No —dijo—. Voy a mi casa. Está aquí adelante —Inocencio señaló con la mano hacia cualquier lugar.

—¿Está usted seguro? —preguntó el Cochero—. Allá no vive nadie. Si gusta, *nosotros* podemos llevarlo.

El Cochero sonrió. Inocencio pensó que era una sonrisa lúgubre, de falsa cortesía, como la de los empleados de las funerarias.

¿Nosotros?, pensó después. ¿Quién carajos va dentro de ese armatoste?

—Es usted muy amable —respondió—. Pero no es necesario. Me gusta caminar a la luz de la luna.

—Debo insistir —en el tono del Cochero se percibía ahora cierta impaciencia—. Mi patrón no acepta negativas.

Inocencio iba a decir algo, pero la puerta del carruaje se abrió. Y lo que vio dentro lo dejó aterrorizado.

Tengo que largarme de aquí, se dijo. Debo correr y dejar que mi alma regrese a mi cama, y a mi cuerpo, porque lo que estoy viendo solo puede ser producto de una pesadilla. Pero Inocencio no dormía. Percibió a su espalda la figura alargada del Cochero y comprendió que estaba perdido. Sintió cómo aquel hombre repugnante lo alzaba por los hombros y lo arrojaba con violencia al interior del carruaje. Después la puerta se cerró con un estrépito e impidió que su grito se escuchara en la noche imperturbable.

De las memorias de Eugenio Casasola (VI)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Los ingenuos tienen el final que se merecen. ¿Cómo pudimos creer que era posible salir victoriosos en esa empresa desquiciada? Inocencio, incluso, llevaba la condena en su nombre. Nuestra guerra no llegó a ningún lado. Ni siquiera le hizo cosquillas al enemigo. Nos aplastó igual que mi zapato aplasta a los insectos que me visitan en esta celda. Sus cuerpos frágiles y crujientes me recuerdan lo mucho que me parezco a ellos, y anticipan lo que ocurrirá en mi propio final, cuando la Bestia se digne a visitarme.

Pero no hay tiempo para lamentos. Debo concentrarme en este testimonio, en las revelaciones que ayudarán a mis seres queridos a comprender mis últimos días. Si resalto los errores no es para atormentarme, sino para dejar constancia de la cadena de desaciertos que me trajeron a este manicomio. Cuando escuché, unos años atrás, que se iniciaban los trabajos de su construcción, jamás imaginé que acabaría siendo uno de sus primeros internos. Por eso hay que temer cualquier tipo de noticia, porque nunca se sabe cuándo se cruzará en tu camino.

La más grave de nuestras equivocaciones fue dejar de creer en la Bestia. En su poder y en los alcances de su maldad. Bajamos la guardia y quedamos a su merced. Nunca la vimos, es cierto, pero ahora sé que menospreciar la fuerza de lo invisible es un error fatal. Aquí tampoco he podido contemplarla, pero he visto las huellas de sus pezuñas en las baldosas del pasillo, las siniestras marcas que deja para avisarme que está cerca, y que acabará conmigo cuando así lo decida.

Sé muy bien que su rostro será lo último que verán mis ojos. Y aunque mi alma se llena de miedo y desasosiego, me consuela pensar que dicha visión confirmará que no estoy loco. Moriré sabiendo que fui encerrado en esta celda por el atrevimiento de desafiar a la Bestia.

Antes que sus ojos se posen en los míos debo terminar. Sé que existe un Más Allá, Madame Guillot me lo ha mostrado. Pero también sé que hay muchas clases de fantasmas. Estas páginas serán el espectro que aceche a mi familia, para que nunca olviden que morí retando a lo invencible.

Cárcel de Belén, enero de 1909

No se escuchaba el barullo de las conversaciones, ni las risotadas o el ruido de los vasos al chocar. Tampoco flotaba en el ambiente el olor característico del Conejo Blanco: una mezcla de sudor agrio, vómito reseco y comida rancia. No se veía a nadie, más que a un hombre enjuto, envuelto en una cobija apesadumosa, y acostado sobre un catre en posición fetal. Sin embargo, había una voz, la misma que había acompañado al Chalequero durante sus meses de encierro, mientras esperaba su turno en el paredón.

—Despierta —dijo el Acuchillador, con un tono suave y delicado que parecía inapropiado en un hombre como él—. ¿A dónde se han ido todos?

El Chalequero permaneció con los ojos cerrados. Pero no dormía, y pudo escuchar la pregunta de su amigo.

—¿No quieres una jarra de vino? —el Acuchillador se pasó una mano por los labios resecos—. Muero de sed.

—Aquí no hay vino —dijo el Chalequero, sin moverse—. Aquí solo hay muerte.

El Acuchillador se sentó en el catre y se inclinó sobre su amigo.

—Te equivocas. Este es el Conejo Blanco, taberna de asesinos y ladrones. Aquí todos somos sobrevivientes. Hemos escapado a la puñalada trapera, a los duelos, al envenenamiento, incluso al cadalso. Por lo tanto, es un lugar lleno de vida. ¡Se la hemos robado a la muerte en innumerables ocasiones! ¡Somos eternos!

El Chalequero abrió los ojos y miró al Acuchillador.

—Tú eres eterno. Yo moriré pronto.

—No creo. Eres un pesimista, y los pesimistas viven más de lo que quisieran. Es su condena.

El Acuchillador dio una palmada en la espalda al Chalequero y se puso de pie.

—Lo que necesitamos es un brindis para animarnos. ¿Dónde demonios está Tía Colasa? Esa zorra...

—No lo sé. Hace mucho que no la veo. Hace mucho que no veo a nadie más que a ti. Pronto todos se olvidarán de mí.

—¿Olvidarse de ti? ¿Estás loco? La prensa habla de ti todo el tiempo. «El Chalequero es un asesino formidable». Eres el hombre del momento.

—Eso fue durante el juicio. Ahora que me han sentenciado, comenzó mi carrera hacia la nada...

El Acuchillador iba de un lado a otro de la celda, buscando en las paredes y los rincones cualquier rastro de la tabernera.

—Tú no serás olvidado, como tampoco lo seremos ninguno de los parroquianos del Conejo Blanco. Para la policía somos criminales, pero para el pueblo somos héroes.

—Yo no soy ningún héroe. Soy un asesino de mujeres.

El Acuchillador se detuvo en el centro de la celda a considerar esas palabras. Iba a decir algo, pero el Chalequero se adelantó:

—Soy objeto de estudio. Los especialistas vienen a verme y me entrevistan. Me hacen un montón de preguntas, como cuando acudes al médico. Soy una anomalía. Soy la Enfermedad Andante.

—Eres un hombre adelantado a tu tiempo. Tendrán que pasar muchos años para que alguien comprenda la naturaleza de tus actos.

—Ni siquiera yo la entiendo.

—No es fácil comprender el impulso destructor. Pero está en todo: en la naturaleza y en el hombre. ¿Y qué me dices de Dios? ¡Es el más grande destructor de todos!

—¿Por qué Dios deja que el hombre ejecute actos criminales?

—*Touché!* Esa, querido amigo, es la gran pregunta.

El Chalequero sacó una mano. Acomodó la cobija para que le tapara todo el cuerpo. Después dijo, con voz triste:

—Es una batalla que es imposible adivinarlo.

El Acuchillador abrió la puerta de la celda, y se quedó parado en el umbral.

—Voy a buscar a Tía Colasa —dijo. Miró a su amigo, y agregó—: no eres un héroe, pero estoy seguro que jamás serás olvidado.

Cerró la puerta. Antes de marcharse, agregó:

—Algún día alguien escribirá un libro sobre ti.

Ciudad de México, enero de 1909

Para el primer día del año y las oficinas de *El Imparcial* se encontraban desiertas. Algunos globos aún colgaban de un hilo que iba de pared a pared. Puñados de confeti y serpentinas se acumulaban sobre máquinas de escribir y en el suelo, producto del brindis del día anterior. Eugenio aprovechó la ocasión para introducirse en la oficina de Reyes Spíndola y utilizar el teléfono. Solo así, aislado y a salvo de interrupciones, podía hacer la llamada que había postergado.

Descolgó el auricular. Marcó el número que se sabía de memoria.

Sobre el escritorio había una botella de champaña a medio terminar. De solo mirarla le dolió la cabeza. La noche anterior Eugenio recibió en casa a familiares y amigos para la cena de Año Nuevo, y bebió más de la cuenta. Mientras el tono de llamada sonaba, se llevó la mano libre a la sien derecha y comenzó a masajearla.

—*Oui?* —contestó una voz familiar.

—Feliz Año Nuevo, Danielle —dijo Eugenio, con un nudo en el estómago.

Al otro lado hubo silencio.

—No cuelgues —suplicó Eugenio—. Debemos hablar en persona. Es importante.

Tras unos segundos eternos, escuchó la voz de Madame Guillot:

—No tenemos nada de qué hablar. A menos que sea un asunto de vida o muerte.

—Lo es. Inocencio está desaparecido. Los chicos que lo ayudan con su periódico dicen que no han sabido nada de él en una semana.

—Es Año Nuevo. Seguro lleva días emborrachándose. ¿Ya buscaron en las cantinas?

—En todas las que frecuenta. Y en ninguna de ellas lo han visto.

—¿De verdad crees que le pasó algo?

Esta vez el que guardó silencio fue Eugenio. Lanzó un suspiro y respondió:

—Me temo que sí. Sobre todo porque no imprimió el número especial con nuestra investigación. Se supone que lo iba a hacer justo hace una semana y...

—No sigas —lo interrumpió Madame Guillot—. No me siento cómoda hablando de esto por teléfono.

—¿Podemos vernos?

—Necesitamos consular a los espíritus. Ven a casa, pero con una condición.

Eugenio titubeó.

—¿Cuál?

—Jamás vuelvas a llamarme Danielle.

Cuando Eugenio salió de las oficinas de *El Imparcial*, el vigilante le entregó un paquete. Se trataba de una pequeña caja de cartón sin ninguna referencia sobre el remitente. El vigilante le comentó que lo acababa de traer un niño con aspecto de vagabundo. Eugenio pensó que seguramente al chico le habían pagado por hacer de mensajero y no tenía nada que ver en el asunto.

Le dio las gracias al vigilante. Se alejó calle abajo con el misterioso paquete, mientras un sombrío presentimiento se abatía sobre él. Al avanzar unos pasos comprendió que no podía aguantar más. Llegó a la solitaria esquina y se detuvo. Antes de abrirlo, miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie se aproximaba.

Eugenio quitó la tapa y contuvo un grito.

Dentro había una lengua cercenada.

Eugenio estaba sumido en la penumbra de la biblioteca de Madame Guillot. Había menos velas encendidas que de costumbre, y eso le hizo pensar que era algo premeditado por su anfitriona, para evitar que pudieran mirarse a los ojos. La médium lo recibió envuelta en un chal que tapaba sus habituales escotes, y en ningún momento se mencionó el penoso incidente ocurrido días atrás. Ahora que la veía dolida y vulnerable, Eugenio pensó si había hecho bien en rechazarla. Sabía que la venganza de una mujer despechada era algo que no se podía tomar a la ligera, pero por otra parte estaba seguro de que si Madame Guillot pensaba hacerle algún daño, esta ya se lo había hecho hacía tiempo, al arrastrarlo hacia la misión que cada vez se tornaba más peligrosa y siniestra.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el cuerpo de Madame Guillot se convulsionó. Tras cuatro fuertes sacudidas, la médium tomó la pluma y comenzó a escribir en el papel con actitud concentrada y ojos turbios. El trance pasó, la mirada de Madame Guillot recobró su habitual color azul.

La médium se pasó una mano por la frente como para aclarar sus pensamientos.

—*Merde* —dijo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Inocencio está muerto. Acabo de contactarlo.

Eugenio hundió el rostro en sus manos.

—La Bestia acabó con él. Pobre Inocencio, qué muerte más terrible.

—¿En qué nos hemos metido? —dijo Madame Guillot, entre sollozos.

—Es un golpe duro —dijo Eugenio, levantando la cabeza. En su rostro había una mezcla de miedo y decisión—. Pero debemos utilizarlo a nuestro favor. ¿No le preguntaste quién lo mató? ¡Él conoce la identidad de la Bestia!

La médium le extendió el papel mientras negaba con la cabeza. Eugenio leyó la última frase. Decía:

«Estoy de viaje. Pero no crean que me he olvidado de imprimir el periódico».

—No puede ayudarnos —dijo Madame Guillot, con voz descorazonada—. Es algo que suele suceder a las personas a las que se les arrebató la vida de manera

abrupta. Su alma queda confundida.

—¿Qué quieres decir?

Madame Guillot se levantó y se puso las manos en el pecho, como si le faltara el aire. Abrió grandes los ojos y dijo:

—Inocencio no sabe que está muerto.

Esa misma noche, Roumagnac visitó la casa de Madame Guillot. Horas antes Eugenio lo llamó a la comandancia de policía, y le dijo que tenían que verse con urgencia. El inspector dudó, pero al escuchar el tono desesperado de Eugenio aceptó reunirse con ellos después del trabajo.

Lo recibieron en la sala. La servidumbre trajo las bebidas; Madame Guillot pidió que las dejaran sobre la mesa y dio la indicación de que no los interrumpieran. Roumagnac escuchó un detallado informe sobre la estrecha relación de las víctimas de la Bestia con la prensa disidente. También le informaron sobre la desaparición de Inocencio, el envío de la lengua cercenada, y la certeza de que el editor de *El Diablito Rojo* había sido asesinado.

El inspector terminó su coñac. Tras rellenar la copa, dijo:

—Mis sospechas se confirmaron de la peor manera. Lamento haberlos involucrado en esto.

—Nadie fue engañado —dijo Eugenio—. Sabíamos que era un asunto peligroso.

—Envié el telegrama con esa pista. Si no lo hubiera hecho, Inocencio estaría aquí. Pero por más que quise, no pude olvidarme del tema.

Roumagnac hizo una pausa, y se quedó pensativo. Después se aflojó el cuello de la camisa y agregó, como hablando consigo mismo:

—Supongo que quería saber si estaba en lo correcto.

Madame Guillot abandonó el sillón en el que se encontraba, se sentó al lado del inspector y cogió una de sus manos.

—No se culpe. En todo caso, todos somos responsables.

—Soy el principal culpable —insistió Roumagnac—, por intentar este juego temerario de moverme entre dos bandos. Ahora debemos olvidarnos de este asunto de una vez por todas.

Eugenio se puso de pie. Se dirigió al inspector con una convicción que sorprendió a Madame Guillot.

—De ninguna manera —dijo—. Estamos más cerca que nunca de la verdad. Si comprobamos que Inocencio fue asesinado, y sumamos la información de su muerte al reportaje que él estaba por imprimir, será una auténtica bomba.

—Tenemos que completar ese reportaje e imprimirlo —agregó Madame Guillot—. No podemos permitir que la muerte de Inocencio sea en vano.

Roumagnac sacó su pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—¿Y qué quieren que haga? —preguntó, con voz temblorosa.

Eugenio le clavó una mirada que no admitía réplica.
—Ayúdenos a encontrar su cuerpo.

Ciudad de México, enero de 1909

Antes de contraatacar al enemigo y vengar la muerte de Inocencio, Eugenio tenía una cosa muy importante que hacer. Había amanecido bebiendo con Madame Guillot y Roumagnac, y no le cabía una gota más de alcohol. Tras rechazar el pozole que la cocinera preparó como desayuno, salió a la calle y caminó hasta su casa. Si se hubiera detenido en el escaparte de alguna tienda a contemplar su reflejo, probablemente no se hubiera reconocido: pálido, ojeroso, despeinado y con los ojos inyectados en sangre, Eugenio estaba más cercano a las almas en pena que convocaba Madame Guillot que a la mujer y al hijo que le esperaban en casa.

Cuando abrió la puerta y entró, se encontró a Ana y al pequeño Edmundo desayunando en el comedor. Avanzó hasta ellos tambaleándose; puso la caja de cartón que había traído consigo sobre la mesa, y dijo:

—Tienes que irte con el niño ahora mismo. Sus vidas corren peligro.

Ana miró a Eugenio con más miedo que preocupación, y le pidió a su hijo que subiera a su habitación. Edmundo obedeció. Dejó a un lado el tenedor con el que picaba la fruta y, lanzándole una mirada furtiva y desconfiada a su padre, se dirigió a las escaleras con paso rápido.

Cuando se quedaron solos, Ana preguntó:

—¿En qué lío te has metido, Eugenio? Mira nada más cómo te ves.

Eugenio tomó la caja de cartón, la abrió y le mostró a su mujer la lengua cercenada. Ana se llevó una mano a la boca y reprimió un grito.

—¿Te has vuelto loco? —dijo, con ojos aterrados—. ¿Cómo te atreves a traer eso aquí?

Eugenio la tomó de los hombros para sacudirla.

—No hay tiempo que perder. Haz una maleta y vete a Guadalajara con tus parientes. Yo los alcanzaré más adelante, te lo prometo.

Ana quiso decir algo más, pero la mirada enloquecida de Eugenio la contuvo. Apartó a su marido de un empujón y subió las escaleras corriendo.

Eugenio se desplomó en una silla, exhausto. Miró al suelo y vio que la caja de cartón había caído al piso. La lengua amoratada de Inocencio yacía sobre la alfombra, como un recordatorio de que la pesadilla estaba lejos de terminar.

El carruaje que los llevaría a la estación del ferrocarril llegó acompañado de una llovizna. Todo el día había estado nublado; en la calle, la gente se alzaba el cuello de sus abrigos para protegerse del frío. Eugenio metió la maleta en el vehículo, besó a Edmundo en la frente y lo ayudó a subir. Quiso abrazar a Ana, pero ella lo rechazó.

—Entiendo tu molestia —dijo Eugenio—. Pero te lo explicaré todo cuando me reúna con ustedes.

—¿De verdad nuestras vidas corren peligro? —preguntó Ana con rabia—. ¿Cómo pudiste permitir que eso pasara?

—Son las circunstancias. No es un buen momento para ser *reporter* en este país.

—Por Dios, trabajas en *El Imparcial*. No puede haber un lugar más seguro.

—Las cosas están cambiando, Ana. Ya no hay lugares seguros. Pero ustedes estarán mejor en Guadalajara. Aquí...

Eugenio hizo una pausa y alzó los ojos hacia las nubes cargadas de tormenta.

—... aquí solo hay cielos oscuros.

Ana sintió un nudo en la garganta y lo abrazó. Lo abrazó muy fuerte, como si supiera que era la última vez que lo tendría entre sus brazos.

—Métete a la casa —dijo—, que te va a hacer daño el agua.

Pero Eugenio se quedó en la calle. Incluso mucho tiempo después de que el vehículo hubiera desaparecido de su vista.

Ciudad de México, enero de 1909

Levaba un par de días encerrado en casa. La mayor parte del tiempo, Eugenio la pasaba tumbado en la cama con los ojos fijos en el techo o dormitando. No estaba solo: cucarachas y zancudos entraban y salían de la habitación sin que él mostrara el menor interés. Cuando el teléfono sonó al amanecer del tercer día, tardó en reaccionar, como si los estímulos provocados por el mundo exterior no le concernieran. El cuarto estaba sumido en la penumbra; le costó trabajo encontrar el aparato mientras tanteaba en el aire, igual que una criatura ciega y torpe recién llegada a la vida.

—Disculpe que le llame a estas horas —dijo Roumagnac al otro lado de la línea—, pero es importante.

—¿De qué se trata? —preguntó Eugenio, y se sobrecogió al oír su voz en la inmensidad de la casa solitaria.

—Recibí la información de que tiraron un cuerpo en el Establo de Goyeneche, en la Villa de Guadalupe.

—¿Es el de Inocencio?

—Tal vez. La comandancia abre en una hora. Es toda la ventaja que le puedo dar. Después informaré a mis superiores.

—Entiendo. Gracias...

Eugenio iba a colgar, pero la voz de Roumagnac lo detuvo.

—Tenga mucho cuidado, Eugenio. A partir de este momento ya no cuenta con mi ayuda.

La comunicación se cortó. Eugenio tenía el tiempo justo para llegar al establo antes que la policía. Se había acostado vestido, así que solo se puso los zapatos y salió de la casa corriendo. Afuera, el cielo teñido de rojo le daba a la ciudad un aspecto agonizante.

Como si el día hubiera nacido muerto, pensó Eugenio. Después se subió al primer carruaje que encontró.

No había señales de actividad alrededor de los edificios del Establo Goyeneche. Solo se escuchaba el mugido de las vacas, resguardadas dentro de las construcciones de altos muros. En el aire flotaba el penetrante tufo a creolina, la sustancia con la que se desinfectaba a los animales, y que olía muy parecido a la orina. Eugenio miró el

letrero pintado en la cornisa del edificio principal: «Establo de ganado fino. Suizo y holandés». Una ráfaga de viento azotó su cuerpo, estremeciéndolo. Con la prisa había olvidado ponerse la levita, y ahora sentía el frío calándole en la piel. Eugenio supuso que en esa parte del establo no encontraría nada. Caminó hacia los campos de alfalfa, que se utilizaban para alimentar a las vacas. Cuando llegó frente a ellos se detuvo a contemplarlos, descorazonado: los pastizales se extendían como una interminable alfombra verde hasta el horizonte.

Por algún lado tenía que empezar, así que el periodista se introdujo en los alfalfares y comenzó a moverse al azar, mirando alternativamente a la tierra que pisaba y al frente, por si notaba algo extraño en el paisaje. Las plantas le llegaban hasta la cintura, impidiéndole moverse con la rapidez que hubiera querido. Además, el pastizal había sido regado durante la madrugada: sus zapatos se hundían constantemente en los charcos y el lodo. A unos veinte metros a su izquierda notó algo: un grupo de aves que se arremolinaban entre la alfalfa. Agitaban sus alas con frenesí; a Eugenio le dio la impresión de que se disputaban un botín. El corazón comenzó a latirle con fuerza y apuró sus zancadas en el terreno lodoso. De repente, los pájaros alzaron el vuelo y se alejaron graznando, como si estuvieran asustados. Eugenio fijó la mirada en la zona que acaban de abandonar las aves para no desubicarse y continuó avanzando. Fue entonces que divisó una superficie negra que sobresalía del pastizal.

Un ataúd, pensó. Arrojaron al pobre de Inocencio con todo y caja.

Eugenio siguió mirando. Descubrió algo extraño: la tapa del ataúd se bamboleaba. Mierda, pensó. Está vivo. Inocencio está vivo e intenta salir.

Pero todo cambió en segundos. La superficie negra creció hasta revelarse como un techo. Al techo le siguió una figura alargada con chistera y dos cabezas de caballo. Eugenio comprendió que aquella visión era un carruaje; venía directamente hacia él. Se dio la vuelta e intentó salir corriendo del campo. Los edificios del establo se veían lejanos. Para su desgracia, había conseguido adentrarse bastante en el alfalfal. Avanzó a trompicones y miró sobre su hombro: el vehículo había brotado como un hongo maligno en el terreno, ahora se distinguía con claridad. El periodista alargó sus zancadas lo más que pudo, pero su tobillo izquierdo se atoró en el lodo, haciéndolo tropezar. Su rostro dio de lleno en el pastizal, y su grito de dolor se ahogó en la tierra. Después escuchó relinchar a los caballos, y a las ruedas detenerse a su lado con un chirrido. Por el rabillo del ojo vio que unas botas descendían del pescante.

Eugenio estaba agotado, le costaba trabajo respirar. Con un esfuerzo se giró para observar a su perseguidor.

Desde arriba lo miraba un rostro picado de viruela.

—Muy buenos días, Don Eugenio —dijo el Cochero—. ¿Ha disfrutado usted de su paseo en el establo?

—Te he visto antes —dijo Eugenio, intentando ganar tiempo para recuperarse—. ¿Quién eres?

El Cochero lo pateó en un costado.

—Le hice una pregunta, Don Eugenio, y es una descortesía no responderla. ¿En verdad quiere abandonar este mundo siendo tan maleducado?

—¿Maleducado? —preguntó Eugenio, mientras se revolvía del dolor—. ¿Le parece que es civilizado patear a una persona que apenas conoce?

El Cochero lo pateó de nuevo, ahora en el estómago.

—Esas son ya dos preguntas sin responder, Don Eugenio. Y claro que lo conozco: lo he estado vigilando durante largos días. Fue muy conmovedora la despedida con su esposa. Ana, ¿cierto? El niño Edmundo se comportó como todo un hombrecito, sin derramar una sola lágrima. ¿O será que no le importó perder a un padre que nunca está cerca?

Eugenio se estremeció ante la información revelada. Comprendió que perdía el tiempo conversando con aquel hombre; reunió fuerzas y se abalanzó sobre una de sus piernas, pero le fue imposible derribarlo. A cambio, recibió otra patada, ahora en el rostro, y cayó de bruces. El periodista alzó la cabeza del lodo y comenzó a arrastrarse, en un intento desesperado por huir. El Cochero caminó junto a él unos pasos, divertido con la escena; después se dejó caer y le incrustó una rodilla en la espalda. Eugenio aulló; sus lágrimas se mezclaron con la suciedad de su rostro.

—Yo sí soy un caballero —dijo el hombre—, así que voy a responder a su pregunta sobre quién soy.

Eugenio manoteaba y se revolvía en la tierra, como un insecto clavado con un alfiler.

—Soy el espejo de los condenados —dijo el Coche ro—, porque mi rostro es lo último que ven antes de morir.

Luego cogió la cabeza de Eugenio entre las manos. Con sus dedos inmensos le acomodó los cabellos mojados, casi con delicadeza, como un padre que acicala a su hijo antes de una cita importante. El Cochero observó el resultado, complacido, y entonces hundió el rostro de Eugenio en el lodo.

CUARTA PARTE
UN LUGAR PARA ENTERRAR
A LOS EXTRAÑOS

Ciudad de México, febrero de 1909

En esa tarde soplaba un viento helado, insoportable. En el Boulevard, los negocios comenzaban a cerrar las cortinas y la gente se escurría por las calles aledañas con rumbo a sus casas. No había tregua para nadie. El aire arrastraba basura, volaba sombreros a los distraídos y levantaba los faldones a las mujeres que aún se entretenían frente a los aparadores. El alumbrado público acababa de encenderse. Como aún había luz natural, el debilitado resplandor de las bujías arrojaba una luz amarillenta y marchita sobre los rostros de la gente, haciéndolos parecer enfermos o sonámbulos en busca de una cama.

Roumagnac también escapaba hacia su hogar. Deseaba pedirle una sopa caliente a su mujer, y luego encerrarse en su estudio. Había algo bíblico en aquel viento que arremetía con inquina, como si fuera provocado por un Dios que ajustaba cuentas con una ciudad maldita y sus habitantes blasfemos. Roumagnac levantó la cabeza al cielo; vio el dirigible de los cigarros El Buen Tono, y se preguntó si no se vendría abajo en cualquier momento. Cuando regresó la mirada al Boulevard, se topó con una figura que llamó su atención: un hombre disfrazado de payaso, recargado sobre una farola, con la mirada perdida. Era viejo; sus ropas estaban raídas, sucias. Más que triste, se le veía extenuado. Tras observarlo unos segundos, lo reconoció. Comprendió que el agotamiento provenía de su alma. Ricardo Bell, el payaso que duran te décadas había sido el más popular, ahora estaba en la ruina y enfrentaba el ocaso de su carrera. Roumagnac sintió pena por él; desvió la mirada, temeroso de incomodarlo. Enfiló por el Boulevard, ahora casi vacío, mientras un sentimiento de desasosiego se apoderaba de él. La imagen de ese payaso derrotado lo acompañaría durante los siguientes días, junto a la certeza de que toda una época de la ciudad estaba por terminar.

En la casa de Madame Guillot se celebraba un baile de máscaras. Decenas de figuras ataviadas con antifaces y pelucas se congregaban en el salón, moviéndose al compás de un vals que tocaba el fonógrafo. La luz eléctrica estaba apagada; en su lugar, diversos candelabros proyectaban sombras en las paredes, dando la sensación de multiplicar a los invitados. Había parejas que se tomaban de las manos y reproducían el vaivén de un barco en el oleaje, pero también solitarios que giraban lentamente sobre sí mismos, entregados a la candencia de la música como si no existiera ningún otro ruido en el mundo.

Afuera, sin embargo, el viento rugía.

Madame Guillot había cerrado todas las ventanas, pero la fuerza del aire hacía vibrar los marcos como si quisiera despedazarlos. Las ramas de los árboles cercanos también azotaban los cristales, provocando una música discordante, muy distinta a la que sonaba dentro. La médium se encontraba en su habitación, escuchando a ese viento enloquecido que parecía desafiar a la ciudad entera.

No era el desarrollo de la fiesta lo ocupaba sus pensamientos.

Desde temprano, mandó a la servidumbre a sus casas y preparó todo para el baile. No los necesitaba para el tipo de recepción que tenía en mente. Puso manos a la obra, y fue llamando a sus invitados uno por uno. A pesar de que no había faltado ninguno de ellos, Madame Guillot se encontraba sola. Y si se encontraba sola, era porque todos sus invitados estaban muertos.

Los convocó con la intención de calmar la angustia que la abrumaba. Para su mala fortuna, ninguno de ellos pudo darle noticias de Eugenio, quien tenía más de un mes desaparecido. Y ahora, ese viento que gemía como si estuviera herido de muerte le hacía cobrar conciencia de que el tiempo se agotaba.

Sus invitados, por el contrario, no estaban preocupados. Ellos seguirían bailando incluso después del fin del mundo. Porque a Madame Guillot no le quedaba la menor duda: el mundo tal y como lo conocía estaba llegando a su último acto. Podía sentirlo. Ella había contribuido con su parte; sin embargo, para concluir la misión y que la Causa triunfara, debía encontrar a Eugenio.

Y si estaba muerto, mejor.

Ahora que sus amigos de *Los misterios de París* lo habían abandonado, el Chalequero pasaba la mayor parte del tiempo dormido. Le dolía ver que en lugar de las mesas atestadas del Conejo Blanco había paredes frías y barrotes. Acurrucado en posición fetal en su catre y cubierto por una cobija, el Chalequero se entregaba a un sopor profundo, del que emergía sin recordar sus sueños.

Esa noche no era la excepción. El Chalequero dormía, en medio de una respiración trabajosa, como si cada bocado de aire fuera el último.

Una voz comenzó a llamarlo desde lo más hondo de su conciencia. Era algo parecido a un lamento prolongado, el quejido de una agonía espantosa. Cuando despertó, aún sin abrir los ojos, se dio cuenta que en realidad era un conjunto de voces, un clamor cuya fuerza se manifestaba en oleadas.

Lo que las voces decían era su nombre. El nombre que había olvidado.

Abrió los ojos y comprendió que las voces eran traídas por un viento impetuoso, que sacudía la cárcel desde sus cimientos. Nunca en su vida había presenciado una violencia similar; pensó que esa fuerza solo podía ser la ira de Dios.

Lo que decían las voces lo tranquilizó. Porque ahora podía escuchar claramente su mensaje. Un mensaje que no era solo para él, sino para la ciudad entera.

Las voces decían: «Despierta, Francisco. Pronto todo terminará».

Ciudad de México, febrero de 1909

Abrió los ojos y vio al Cochero parado de una manera imposible: las botas pegadas al techo, desafiando la gravedad incluso con el sombrero, que no se le despegaba de la cabeza. Eugenio quiso mover los pies, pero no pudo. Sentía una presión constante en la cabeza, además de un picor en los ojos. Impotente, pegó la barbilla al pecho desnudo; observó sus propios pies amarrados a una cuerda y comprendió que el que estaba invertido era él. ¿Dónde se encontraba? Un penetrante olor a sangre y excrementos llegaba hasta su nariz, y las paredes oscuras parecían rezumar un líquido purulento, como si estuvieran hechas de carne descompuesta. Su captor sostenía un puñado de serpientes. Lo vio moverse hacia él con los reptiles en la mano, luego escuchó una serie de chasquidos mientras sentía un ardor insoportable en el estómago. Eugenio aulló. La descarga de adrenalina lo espabiló y supo que había recibido varios latigazos. Entonces el pánico lo invadió: su captor lo estaba azotando con un látigo de serpientes. ¿Lo habían mordido? Las lágrimas comenzaron a resbalar hacia su frente. Pensó en su mujer y en su hijo, que jamás sabrían lo que le había pasado, ni mucho menos la razón por la que los envió a Guadalajara. Quiso decir algo, pedirle al Cochero que antes de que lo matara le permitiera escribir una carta a su familia, pero de su garganta no salió más que un gemido.

Para su sorpresa, las serpientes cayeron al suelo. Se retorcieron unas sobre otras, y luego se solidificaron, transformándose en un látigo de cuero. El Cochero se le aproximó y se hincó para quedar a la altura de su cabeza. Luego, con su habitual y exasperante cortesía, dijo:

—Don Eugenio. Pensará usted que no tengo modales, que soy un salvaje insensible, pero estoy a punto de demostrarle lo contrario.

Visto al revés, el rostro picado de viruela del Cochero se veían aún más siniestro e inhumano; sus facciones se afilaban como si estuvieran talladas en piedra, y los ojos de grandes pestañas parecían flores carnívoras a punto de cerrarse sobre su presa.

—En lugar de continuar azotándolo hasta que se desangre, voy a ahorrarle tiempo y sufrimiento. Porque, ya se lo dije antes, yo sí soy un caballero.

El Cochero se llevó la mano a un costado. Extrajo un puñal que centelleó en la penumbra. Tenía joyas incrustadas, como los cuchillos que se utilizaban en tiempos remotos para los sacrificios humanos.

No puedo morir ahora, pensó Eugenio. No así, como si fuera una res en el matadero.

—Buen viaje —dijo el Cochero, solemne—. Me saluda a Caronte.

Después sujetó el cabello de Eugenio con una mano y con la otra le cercenó la yugular.

Ciudad de México, febrero de 1909

Se habían caído quince árboles, una persona había muerto y decenas estaban heridas tras el ventarrón del día anterior. Aunque eso significaba que la edición de *El Imparcial* que preparaba iba a vender el doble de lo acostumbrado, Reyes Spíndola estaba intranquilo. La ausencia de Eugenio ocupaba sus pensamientos. Al parecer, se había ido de la ciudad con todo y su familia, pues nadie respondía en su casa. Pero ¿por qué marcharse así, de manera intempestiva, sin dar aviso a nadie? Se trataba de un hombre responsable, trabajador; en definitiva, aquella actitud no encajaba con su personalidad. Antes de poner una denuncia en la policía, Reyes Spíndola quería cerciorarse de que Eugenio no anduviera en malos pasos. Aparentemente, trabajaba un reportaje especial sobre el Chalequero, pero lo anormal de la situación le hacía pensar que había algo más. Algo que quizá podría comprometerlo a él y al periódico.

Ahora que lo pensaba, la actitud de Eugenio en los últimos días había sido errática. Andaba distraído, pasaba demasiado tiempo en la calle. Incluso su aspecto cambió; parecía menos aseado, se le veía ojeroso. En ese entonces Reyes Spíndola no le dio importancia, pues sabía que Eugenio era un hombre obsesivo, y que el tema del matador de mujeres le interesaba particularmente. De hecho, llegó a pensar que le gustaría ver a más de sus *reporters* comprometidos de esa manera con una nota.

Ahora veía las cosas diferentes. Eugenio escondía un secreto, y el director de *El Imparcial* se proponía averiguar cuál era.

Descolgó el teléfono de su oficina y marcó un número. Tenía un cerrajero de confianza. Uno que antes había sido ladrón y que podía entrar en las casas en un santiamén. Ya antes le había hecho trabajos *especiales*, cuando necesitaba conseguir información poco accesible.

Si quería saber en qué andaba Eugenio, tenía que entrar a su casa.

De preferencia, esa misma noche.

Ciudad de México, febrero de 1909

Eugenio despertó con un grito. De inmediato sintió el frío y duro suelo. Comprendió que había salido de una pesadilla para entrar a otra. A su alrededor, los indigentes con los que compartía la plazuela de la Concepción se movieron, protestaron entre murmullos, y volvieron a entregarse a su sopor etílico. Desde que se había escabullido del Cochero, Eugenio tenía aquel sueño recurrente. En realidad, su captor no logró llevarlo a ningún lugar, pero estaba seguro que la imagen del cuartucho que aparecía en el sueño y el degollamiento del que era víctima no distaban mucho de lo que le esperaba si volvía a caer en las manos de ese funesto personaje. Ahora no se atrevía a volver a su casa, ni mucho menos a reunirse con su mujer y su hijo en Guadalajara, debido al riesgo que ambas cosas implicaban. No le quedaba más remedio que permanecer oculto entre los menesterosos, a los cuales había terminado pareciéndose tras el episodio en los alfalfaes del Establo Goyeneche.

El periodista miró el cielo oscuro, sin estrellas. En medio de la noche, aterido y hambriento como una criatura recién nacida, se preguntó si valió la pena burlar al Cochero para acabar en esas condiciones: igual que un desposeído, rogando por una cobija y un pedazo de pan. Había sido puro instinto de supervivencia. Cuando estaba bocabajo en el alfalfal y el Cochero le hundió la cabeza en la tierra fangosa, Eugenio comenzó a mover los brazos en un intento desesperado por liberarse, espectáculo que divirtió a su agresor.

—Es usted muy gracioso —dijo el Cochero entre risas, y retiró la bota con la que aplastaba la cabeza de Eugenio—. Parece un gusano de agua puerca.

Eugenio aprovechó para arrastrarse unos metros, hasta que el Cochero volvió a pisar su cabeza. En esta ocasión, agitó con más fuerza los brazos y también las piernas, consciente de que el ridículo podía hacerle ganar tiempo. La estrategia dio resultado: el Cochero se apartó de él con las manos en el estómago, doblado por las carcajadas.

—¡Por el amor de Dios, don Eugenio! —dijo el Cochero, eufórico—. ¡Nunca he visto a nadie dispuesto a morir con tan poca dignidad como usted!

El periodista se arrastró de nuevo. El Cochero lo dejó hacer; cuando lo consideró pertinente, le hundió la cabeza con la bota. Esta patética escena se repitió en varias ocasiones, las suficientes para que el Cochero se desternillara de risa, pero también para que Eugenio consiguiera su objetivo: llegar al borde del alfalfal por el que había

entrado. Entonces se retorció con más vehemencia, esperó las risotadas del Cochero y se levantó. El coraje acumulado hizo el resto: embistió a su agresor con todas las fuerzas que le quedaban, y este cayó de espalda, con un gesto de sorpresa. Eugenio aprovechó el momento y corrió hacia los edificios del establo, que para esas alturas ya se encontraban rodeados de trabajadores en plena actividad. Agitó los brazos, gritó pidiendo ayuda. Pronto se encontró rodeado de desconcertados capataces, quienes no entendían lo que sucedía. Exhausto, miró sobre su hombro y comprobó con alivio que el Cochero se había esfumado.

Eugenio estaba lleno de lodo; tenía las ropas desgarradas y ensangrentadas. Se dio cuenta que parecía un loco, y decidió jugar ese papel. Pidió comida. Compadecidos, los capataces lo llevaron dentro. Le ofrecieron galletas y un vaso de leche recién ordeñada.

Le costó trabajo tragar, pero fue el mejor desayuno de su vida.

Eugenio se obligó a permanecer despierto. Le aterraba saberse a merced del Cochero: lo acechaba en las calles y también en sueños. Quizá su perseguidor lo había localizado ya, y tan solo se divertía atormentándolo. Una ráfaga de viento helado azotó la plazuela, como una presencia antigua que reclamaba el espacio. Los dientes le castañearon de frío y de medio. Eugenio se rodeó con los brazos, sollozando, sintiéndose más cobarde que nunca. ¿En verdad no había escapatoria? ¿En verdad la guerra había terminado incluso antes de comenzar? Tenía que levantarse, recuperar las notas de la investigación y buscar a Madame Guillot. Moriría peleando y no escondido como una rata entre desechos humanos.

Un despojo. Esa era la clave.

Ahora poseía el disfraz perfecto. Con su aspecto de vagabundo, difícilmente podrían reconocerlo. Se acercaría poco a poco a su casa, como un pedigüeño, como un ser repugnante que nadie quiere cruzarse ni mirar a la cara. Palpó el bolsillo de su pantalón: aún conservaba las llaves. Eugenio miró la plazuela que había sido su hogar durante los últimos días. También a las sombras que lo protegieron, ocultándolo del mundo exterior. Después se puso en cuclillas, reuniendo la energía que le quedaba.

Y se levantó de entre los muertos.

Ciudad de México, febrero de 1909

La casa olía a aire estancado. Dentro reinaban una quietud y un silencio dignos de un camposanto. Ya no era más un hogar; esa lúgubre certeza le puso la carne de gallina. Reyes Spíndola le entregó unas monedas al cerrajero y le pidió que se marchara. Lo miró alejarse al cobijo de las sombras de la calle, las mismas que fueron sus aliadas cuando forzaron la puerta. Una vez solo, encendió la lámpara de gas que llevaba consigo. No sabía por dónde empezar, así que inspeccionó la casa palmo por palmo. Era evidente que la huida había sido precipitada. Sobre la mesa del comedor había una cesta con pan duro, platos con restos de comida. En la habitación principal encontró un baúl abierto, ropa tirada en el piso.

Dejó la biblioteca al final. Revisó todos los papeles que había sobre el escritorio, revolvió cajones, abrió gavetas. ¿Qué buscaba? Sacó ejemplares al azar de los librerros y los hojeó. Nada. Miró las paredes. Una de ellas estaba ocupada por un cuadro muy peculiar: el dibujo de una criatura mitad mujer, mitad escorpión. Reconoció el trazo de Julio Ruelas y tuvo un impulso. Cogió el marco; en cuanto lo descolgó, un papel salió volando.

El corazón le latió con fuerza mientras se agachaba a recogerlo.

Era una hoja con nombres escritos. Nombres... y su relación con la prensa opositora.

Salió del estudio y fue directamente a la chimenea. Sacó las cerillas, le prendió fuego al papel y lo arrojó sobre los restos de carbón. La estancia se iluminó brevemente, proyectando la sombra de un cuerpo sobre la pared del fondo.

Antes de que pudiera voltear hacia la puerta de entrada, Reyes Spíndola escuchó una voz familiar.

—¿Me va a delatar?

Minutos después, los dos hombres estaban sentados en la sala, callados mientras daban pequeños sorbos a sus copas de licor. A Reyes Spíndola le costaba trabajo reconocer al sujeto que tenía enfrente. Sabía que era Eugenio, pero su transformación era asombrosa. Si se lo hubiera topado en la calle habría seguido de largo. Y además estaba el olor que despedían sus ropas: una mezcla vómito, orina y sudor agrio. ¿Qué demonios le había ocurrido? A pesar de la curiosidad que sentía, Reyes Spíndola no

quería saber detalles. El solo hecho de pensar que uno de sus mejores *reporters* había indagado sobre las víctimas de la Bestia cuando había una indicación muy clara de no publicar nada al respecto, le revolvía el estómago. Sin embargo, no estaba molesto. Sentía una enorme compasión por ese hombre que se había arruinado por completo a sí mismo.

Tras un largo rato de silencio, Eugenio habló.

—Déjeme explicarle.

Reyes Spíndola lo detuvo con un gesto de la mano.

—Con lo que vi en ese papel es suficiente. Cualquier información extra puede poner en riesgo mi propia vida.

—Siento mucho haber traicionado su confianza. ¿Qué va a hacer conmigo?

Reyes Spíndola se sirvió otro trago. Después negó con la cabeza, como reprobando lo que estaba a punto de decir.

—Esconderte —dijo—. No seré el romano que te arroje a los leones.

Ciudad de México, marzo de 1909

En el Hospital Juárez había más muertos que vivos. Aunque los pabellones estaban atestados de enfermos, Madame Guillot podía ver todas las almas de los que habían fallecido entre sus muros. Espíritus que seguían atrapados en su dolor y que extendían las manos huesudas hacia los médicos en un gesto de súplica. Intentó ignorarlos. Avanzó hacia la cama en la que yacía Renata, una antigua cliente suya que ahora se encontraba en plena agonía. Agradeció a la enfermera que la condujo hasta ella; luego se sentó en un banco y tomó la mano de la moribunda. Renata tenía los ojos en blanco, la boca abierta, como si estuviera experimentando un orgasmo. Madame Guillot suspiró, aliviada: había llegado justo a tiempo.

No estaba allí para consolarla ni acompañarla en su último suspiro. Había acudido a consultarla: sabía que una persona agonizante podía tener visiones. Se inclinó hacia Renata y pegó los labios a su oído.

—Sé que puedes escucharme —le dijo en un susurro—. Antes de dejarte partir, tienes que decirme algo.

Renata frunció el ceño. Parecía molesta por la interrupción de su éxtasis.

—Busco a un hombre. Se llama Eugenio. Dime dónde se encuentra y te ayudaré a cruzar al otro lado.

La moribunda dejó escapar un gemido. De su boca también salió el olor pútrido de sus entrañas. Madame Guillot sabía que esa exhalación era el preámbulo a la liberación del alma. Apretó la mano de Renata y dijo:

—Detente. No puedes negarme este último favor. De lo contrario, no tendrás la fuerza necesaria para atravesar estas paredes inmundas.

Madame Guillot ya había hecho esto en otras ocasiones. Confiaba en el poder del chantaje, especialmente en el aplicado a los moribundos. En la jerga de los médiums se llamaba a este recurso *exprimir* un alma. Un eufemismo para no utilizar la palabra *torturar*.

Renata comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, lentamente. Madame Guillot sintió su resistencia y contraatacó.

—No utilices tus últimas fuerzas en combatirme. Aprovecha las visiones y compláceme. Después te soltaré.

Las pupilas de Renata bajaron, y sus ojos recuperaron la mirada. Madame Guillot sonrió, triunfante.

—Ahora háblame —dijo, con un tono imperativo, al tiempo que presionaba más fuerte la mano de la moribunda—. Dime lo que ves.

Renata detuvo la oscilación de su cabeza. De sus ojos brotaron apenas dos lágrimas, el último rasgo de vida que le quedaba a su cuerpo marchito.

Su boca apenas se movió cuando dijo:

—Pobrecita Danielle. Vivirás muchos años.

Y sus ojos se quedaron fijos para siempre.

—Quiero que me lo entregue.

Cuando el coronel Félix Díaz lo mandó llamar a su despacho, Roumagnac temió lo peor. Era muy raro que le hablara en privado. Así que caminó hacia su oficina intentando disimular los nervios, cerró la puerta y se sentó frente al escritorio. De inmediato sus temores fueron confirmados.

—Es su cabeza o la de usted.

Sabía muy bien de lo que hablaba su jefe. También sabía que hacerse el desentendido traería peores consecuencias. Roumagnac se limitó a asentir con rostro serio.

—Ya se nos escabulló una vez. Y mire que utilizamos al más letal de nuestros hombres.

El coronel se pasó una mano por el bigote espeso. Se parecía a su tío, el Señor Presidente, aunque en una versión más joven.

—Pero usted es su amigo —continuó—. Y los amigos siempre son buenos para hundir a otros amigos.

Félix Díaz tomó un papel que estaba sobre su escritorio. Lo revisó mientras continuaba hablando.

—¿O me va a negar que estuvo con el *reporter* Eugenio Casasola en el Gallo de Oro el pasado mes de noviembre?

Roumagnac sintió que un sudor frío le recorría la espalda. Estaba petrificado; no pudo mover ni los párpados.

—Hice mis indagaciones —agregó Díaz—. Y como usted lo conoce tan bien, se me ocurrió que es el indicado para encontrarlo.

El coronel dejó a un lado el papel. Luego se inclinó sobre el escritorio.

—No vuelva a poner un pie aquí hasta que traiga a ese malnacido arrastrándolo del cogote.

Bosque de Tlalpan, abril de 1909

Querida Ana:

Te escribo una carta que probablemente nunca llegará a tus manos. Me encuentro escondido en una cabaña en el campo. Rafael ha sido muy generoso al proveerme este refugio, pero se niega a llevar mi correspondencia por miedo a ser descubierto. Lo entiendo. Ya bastante se ha arriesgado al traerme aquí. Quiero que sepas que de momento no puedo reunirme con ustedes, pues temo ponerlos en peligro. Debo esperar a que las cosas se calmen. No te miento: mi vida peligró. Me con suela saber que actué a tiempo para ponerte a salvo a ti y al pequeño Edmundo. El único error que no me puedo permitir es que sufran por mi culpa.

Estoy bien, dentro de lo que cabe. Tengo un catre y una cobija que me protege del frío por las noches. Me baño en el río y me seco al sol. Paso las horas contemplando el paisaje, pensando. No hay nadie por estos rumbos. Solo me acompaña el canto de los pájaros. Es extraño estar en este pequeño paraíso mientras el país se convulsiona. Estoy al tanto de lo que ocurre. Un mozo de Rafael viene una vez por semana. Además de los víveres, me trae los periódicos. Al principio solo me daba *El Imparcial*, pero con el tiempo comencé a pedirle también los diarios disidentes, que sí informan sobre lo que pasa en los estados. En esas noticias radica mi esperanza. Si el gobierno se cimbra podré salir de mi escondite y viajar a Guadalajara.

Mientras tanto, debemos ser pacientes. Ya veré la manera de hacerte llegar estas cartas. Quizá convenza al mozo de que las lleve al correo.

Te abraza amorosamente,
Eugenio

El sótano de *El Imparcial* estaba en penumbra. Un punzante olor a humedad y encierro inundaba la atmósfera. Reyes Spíndola condujo a Roumagnac entre pilas de periódicos viejos, escritorios desvencijados y máquinas de escribir descompuestas. Se detuvieron ante un montón de cajas. El editor revisó los rótulos hasta que dio con la que buscaba. La sostuvo entre sus brazos y la analizó por largos segundos, como si quisiera retrasar el momento de entregarla. La había guardado después de limpiar el escritorio de Eugenio, porque tenía la absurda esperanza de que algún día regresara a terminar su investigación. Ahora, ante el requerimiento de Roumagnac, no tenía más remedio que poner en manos del inspector los papeles que el *reporter* dejó en sus cajones.

Impaciente, Roumagnac tomó la caja, le agradeció a Reyes Spíndola y le pidió que lo dejara solo. Cuando el editor se marchó, abrió el archivo y comenzó a analizar su contenido. Conforme lo hacía, una sonrisa se fue dibujando en su rostro. Sabía del interés de Eugenio por el caso del Chalequero, pero no imaginó los niveles que

alcanzaba. Todo el material de la caja estaba relacionado con el asesinato de mujeres. Incluso había recortes de periódicos que databan de 1888, año en que Francisco Guerrero fue capturado por primera vez. No cabía duda: Eugenio estaba obsesionado con el Chalequero. Y Roumagnac sabía muy bien que una obsesión era una debilidad.

Tarde o temprano, aquella fijación lo haría caer en sus manos.

Bosque de Tlalpan, junio de 1909

Querida Ana:

Si no fuera por los periódicos que semana a semana me trae el mozo, ya hubiera perdido la noción del tiempo. Aquí transcurre diferente. Está más relacionado con la manera en que mi sombra se alarga sobre la hierba, o con la forma en que el follaje de los árboles cambia de color. Como no sé si algún día Rafael dejará de enviarme comida, he ido aprendiendo a proveerme el alimento yo solo. Ensayé una sopa de setas que no sabe nada mal. También recolecté bayas y semillas que entretienen tanto a la boca como al estómago. Sin embargo, no hay motivo para preocuparse: mi protector es generoso y me manda carne seca, galletas, verduras. Como podrás imaginar, la leña sobra en este lugar, pero no he querido lastimar a los árboles, a quienes considero mi compañía. Suena ridículo, lo sé, pero tendrías que estar aquí para comprenderlo. Cuando se pasa mucho tiempo solo, uno encuentra interlocutores en las cosas más insospechadas. Y para serte sincero, prefiero dialogar con los árboles que con los insectos; me hacen sentir que aún me queda algo de cordura, pues se asemejan a los humanos. En cambio los bichos, con sus múltiples patas y ojos, parecen criaturas de otro planeta. No me hace falta la madera: he acumulado tantos diarios que con su papel me basta y me sobra para encender un buen fuego.

Los de esta semana trajeron buenas noticias. Francisco I. Madero fundó el Club Antirreeleccionista, que entre sus afiliados cuenta con algunos periodistas e intelectuales. Me gusta su lema: «Sufragio libre, no reelección». Es contundente y elegante al mismo tiempo. También me agrada Madero: es un hombre de buena familia, educado en Estados Unidos y Francia, al que curiosamente le interesa el espiritismo. Pronto emprenderá una gira por el interior del país para promover su causa. Me gustaría unírmele. Lamentablemente, por ahora no veo más alternativa que seguir escondido. Hace unos días intenté aproximarme al camino que cruza el bosque, y me pareció escuchar el traqueteo ominoso de un carruaje. La sola idea de volver a toparme con el Cochero me hiela la sangre. Estoy seguro que no sobreviviría a un segundo encuentro con él. A veces, de madrugada, me despierto sintiendo el peso de su bota en mi cabeza. El eco de mi grito espanta a las aves.

No te abrumo más con mis temores. Parezco un niño. Uno que estaría feliz de encontrarse en tu regazo.

Te abraza amorosamente,
Eugenio

Madame Guillot se sirvió más *brandy*. Necesitaba disimular la tensión que le causaba la inesperada visita de Roumagnac. Al principio habían conversado trivialidades, y poco a poco la reunión se convirtió en un auténtico interrogatorio sobre el paradero de Eugenio. La médium aún no había logrado averiguarlo. Podía sentir la presencia de Eugenio cerca de la ciudad. Nada más. Pero el tono del inspector le desagradó tanto que se guardó el dato. Algo había cambiado en su antiguo cómplice. Era inútil preguntar, pues él no diría nada. Finalmente trabaja para la policía. Madame Guillot

siempre estuvo consciente de que esa peligrosa alianza se podría volver contra ella en cualquier momento. Y ese momento había llegado. Sin embargo, aún podía utilizar al inspector. Lanzarle una pista falsa para hacerlo sentir en deuda. Una que se cobraría cuando le conviniera.

Madame Guillot rellenó la copa de Roumagnac y esperó a que bebiera un poco más. Después, mientras se enredaba el cabello en un dedo, dijo:

—Eugenio tiene parientes en Guadalajara. ¿Ya lo buscó por allá?

Bosque de Tlalpan, agosto de 1909

Querida Ana:

Hoy recibí una visita inesperada. De haber sabido que Rafael vendría a verme, me hubiera cortado la barba con la navaja, y un poco el cabello también, que ya me cubre las orejas. La mirada que me dirigió no me pasó desapercibida: debe encontrar en mí muy poco rastro de la persona que conoció. Seguramente comienzo a parecer un Robinson de la ciudad, o quizá uno de esos ermitaños taciturnos y desconfiados que aparecen en la Biblia. Lo cierto es que Rafael tiene mayores preocupaciones en su cabeza que mi aspecto. Me contó que las oficinas de El Imparcial sufrieron actos vandálicos durante una protesta en la que se pedía la liberación de unos estudiantes detenidos por la policía. La turba enardecida destruyó algunos muebles y les prendió fuego. Afortunadamente los bomberos acudieron con rapidez. Los daños fueron menores; en cambio, el susto que se llevaron mis antiguos compañeros de trabajo fue mayúsculo.

Veo a Rafael muy preocupado por el clima político que se vive en la ciudad. Es evidente por qué los manifestantes atacaron la sede de El Imparcial: todo lo relacionado con el gobierno comienza a convertirse en blanco de la ira de la gente. Mi exjefe es un tipo valiente, pero no quiero pensar en lo que le pueda pasar a él y a su periódico si las cosas se desbordan, como muchos esperamos. No le deseo mal; cada quién elige el lugar en el que se coloca. Para su desgracia, Rafael está en el equivocado.

Antes de marcharse, me dio un fuerte abrazo. «Resiste lo más que puedas y busca a tu familia en cuanto te sea posible», me dijo. Sonó a despedida definitiva.

Después se alejó entre los árboles. Antes de desaparecer de mi vista, se volteó hacia mí, y volvió a decir adiós agitando la mano. En ese momento tuve la certeza de que estaba viviendo una alucinación. Acabo de convivir con un fantasma, pensé. Sin embargo, en la cabaña estaba la botella de aguardiente que me trajo como regalo.

Cuando me la termine, meteré esta carta en ella y la arrojaré al mar de árboles.

*Te abraza amorosamente,
Eugenio*

El agua de horchata ya se había terminado, pero Ana no trajo otra jarra. Roumagnac ignoró la descortesía. Sabía que su visita incomodaba. Se había tardado en dar con el paradero de la mujer de Eugenio en Guadalajara, y ahora que estaba sentado en la terraza de esa fresca y agradable casona, no pensaba ceder hasta sacar algún dato importante. El pequeño Edmundo reposaba sobre las piernas de su madre. Jugaba con una pequeña carreta de madera. Sin duda, Ana lo colocó ahí con la intención de ablandarme, pensó Roumagnac.

Es su cabeza o la tuya. La voz de Félix Díaz tronó en su mente. La presencia del niño no surtió efecto.

—¿De verdad no ha tenido ninguna noticia de Eugenio en todo este tiempo? —preguntó.

—Ya le dije que no, Don Carlos.

—¿Por qué se escondió? ¿De qué huía?

—Usted es de la policía. Debería tener más información que una simple ama de casa.

—Usted es su esposa. Conoce todo sobre él.

—Se equivoca. Estábamos muy distanciados. Jamás me contaba sus intimidades.

Roumagnac consultó su reloj de bolsillo: llevaba dos horas ahí; pronto tendría que marcharse a la estación para coger el tren que lo regresaría a la Ciudad de México.

—Si sabe algo es mejor que me lo diga —arremetió, molesto—. Por el *bien* de su hijo.

El rostro de Ana palideció. Iba a decir algo, pero una figura surgió detrás de ella, interrumpiéndola.

El hombre medía dos metros de altura. Llevaba un amplio sombrero, chaquetilla bordada, botas con espuelas. También un fusil Máuser con el que le apuntaba a Roumagnac.

—Se acabó la visita de cortesía —dijo el padre de Ana—. Cuando quiera volver con todo y los federales, acá los esperamos mi rifle y yo.

Roumagnac enmudeció. Lentamente cogió su sombrero y se levantó. Después, procurando no perder la compostura, dijo:

—Gracias por el agua. La horchata de Jalisco es la mejor.

VÍCTIMAS DE LA POMPA OFICIAL CENTENARESCA

El esplendor de las Fiestas del Centenario ha sido de carácter netamente oficial. El oro de los uniformes, las sonrisas de los diplomáticos, las plumas de los sombreros palaciegos, las puntas de los cascos, el mármol de las fachadas de los edificios que se inauguraron antes de terminarse, la pompa de los discursos, hueca como la pompa del ceremonial; la grave, la fúnebre negrura de los fraques y de las levitas de etiqueta, el oropel de las procesiones obligadas y de los desfiles palatinos: todo ese aparato de relumbrón, toda esa máquina compleja y resonante del Centenario, ha sido netamente oficial, «de orden superior».

Para dar cuadro a la escena con que el gobierno intentó deslumbrar a los embajadores extranjeros, se echó mano del pueblo. La masa popular dio el oro. Esa abnegada entidad que tanto ha sufrido este mes, mientras los cortesanos se divierten. Nuestro pueblo ha pagado, porque la suma de las unidades de sus óbolos llena el costal del fisco que tiene ley de hierro, la ley del embudo.

Periódico *El Constitucional*, 30 de septiembre de 1910

Extracto de nota

CARTA

*De Francisco I. Madero a José María Pino Suárez,
octubre de 1910 (fragmento)*

Hemos pasado las fiestas del Centenario sin novedad, pero usted sabrá que en muchas partes de la república ha habido grandes manifestaciones, tanto a favor nuestro como de desagrado al gobierno, pues en todas partes han predominado los mueras contra el General Díaz.

CARTA

*Del general Mucio Martínez al Señor Presidente,
noviembre de 1910 (fragmento)*

Desde hace varios días se venía rumorando en esta ciudad, como en varias del país, que para el próximo domingo se efectuaría un movimiento revolucionario incitado por los antirreeleccionistas. Aunque no le di completo crédito a esa versión sí creí oportuno dictar todas las medidas necesarias para poder reprimir cualquier trastorno. El grupo al que aludían eran los hermanos Serdán, quienes ese mismo día vieron allanada su casa. Hicimos a los contrarios veinte muertos, cuatro heridos, siete prisioneros y les apresamos como ciento cincuenta rifles, unos sesenta mil tiros, varias bombas de dinamita y varias actas y proclamas.

*Bosque de Tlalpan, noviembre de 1909**Querida Ana:*

¿Por qué aún te escribo cartas? A veces olvido cómo se articulan las palabras. Supongo que me obligo a plasmar en papel mis pensamientos para que no se extravíen aún más. Ya ni siquiera converso con el mozo que aún de pronto se aparece por aquí. Me limito a coger los periódicos —comida hace tiempo que dejó de traer—, le agradezco con un movimiento de cabeza y regreso a la cabaña de la que casi ya no salgo. Es el ruido de los carruajes el que me mantiene aislado. Los escucho cada vez más cerca. Vienen por mí. Solo un milagro puede salvarme. Uno hecho de balas y sangre.

Leí en los periódicos que algo muy serio ocurrió en Yucatán. Una rebelión en la plaza de Valladolid que fue aplacada con 500 soldados. Tres de los cabecillas fueron juzgados y fusilados. El pueblo está furioso. Tal vez ese sentimiento termine por liberarnos a todos. Aunque, ¿de qué me serviría a mí si ya no soy capaz de abandonar este refugio?

Quizá necesite más que un milagro. Algo que surja de lo más profundo de mis entrañas, y que logre despertarme de este letargo en el que estoy sumido. A veces el sueño es como la muerte.

*Te abraza amorosamente,
Eugenio*

Dejó la pluma a un lado. Colocó el papel sobre el altero de cartas sin enviar, aplanándolo cuidadosamente. Después cogió el periódico que tenía pendiente y se entregó a la lectura.

Eugenio no sospechaba que su deseo sería atendido muy pronto. Al dar vuelta a la página se encontró con una noticia que elevó la temperatura de su cuerpo:

EL CHALEQUERO, MATADOR DE MUJERES, HA MUERTO

Francisco Guerrero, sobre cuya cabeza tenía pendiente la justicia la espada de la ley, pues estaba condenado a la pena capital, ha muerto antes que las balas de los máusers lo hirieran.

El último crimen del Chalequero fue perpetrado en la persona de una anciana, por el rumbo de Guadalupe Hidalgo, en los márgenes del río del Consulado. El delito fue cometido el año de 1908.

El Chalequero había interpuesto algunos recursos legales y por eso no había sido ejecutada la sentencia, pues se estaba tramitando el último de los recursos interpuestos por el defensor de Guerrero.

Enfermó en la cárcel el matador de mujeres y fue trasladado al hospital en donde murió anteayer a consecuencia de un derrame cerebral.

Mejor que mejor, la muerte evitó el espectáculo de un fusilamiento.

Ciudad de México, noviembre de 1910

Al sepulturero no le costó mucho trabajo abrir la zanja. Se trataba de la fosa común, así que la tierra era removida constantemente. Soltó la pala, se escupió en las manos y las frotó para limpiárselas. Después empujó la caja de madera, que parecía liviana, hasta que cayó dentro del agujero. Hizo una pausa para sacar un pedazo de pan del bolsillo de su mugroso pantalón y le dio varias mordidas: la inyección de azúcar le vendría bien para concluir la labor. Recogió la pala, la hundió sobre el montón de tierra que se había acumulado al lado de hoyo y comenzó a regresarla a su lugar.

Era un día gris. Eugenio observaba el entierro recargado sobre una farola. Un grupo de pájaros volaba en círculos sobre el cementerio, como si esperaran algo del sepulturero. Eugenio no dudó que aquellas aves estuvieran acostumbradas a manjares siniestros: un cartílago, un pedazo de víscera. Si nadie reclamaba un cadáver, entonces no importaba que se repartiera el botín. Pensó también en dientes de oro, ojos de cristal, el cuero de unas botas o un anillo que se arrancaba con todo y dedo.

Cerca de la casucha del sepulturero había una zahúrda. El sobrecupo de la fosa común bien podría aliviarse entre los dientes de los cerdos. Sin embargo, ahora se trataba del cadáver de alguien famoso. Un matador de mujeres, pero famoso al fin. Así que recibiría cristiana sepultura, abrazado por los huesos de una multitud de desconocidos. A Eugenio le pareció una paradoja: el célebre Chalequero pasaría la eternidad en una tumba que muy pronto nadie sabría identificar.

De hecho, Eugenio era el único asistente al desangelado funeral. Se sintió decepcionado e intentó explicarse por qué. Quizá esperaba familiares de algunas de las víctimas con las cuales solidarizarse o a los del propio Chalequero para mirarlos con una mezcla de desprecio y regocijo. Pero parecía que el mundo se había olvidado muy pronto de este asesino, que había muerto viejo y enfermo en un hospital. No contó con el dramatismo del fusilamiento, que sin duda hubiera convocado a los periódicos. El acto final de una historia que se había prolongado por más de veinte años ocurría de manera anticlimática, incluso patética. El único asistente había dejado de ser *reporter* hacía mucho tiempo.

Eugenio se sorprendió llorando. Recordó que tenía años sin visitar la tumba de Murcia. Si intentaba buscarla, difícilmente daría con ella. Era muy probable que no se distinguiera entre otras abandonadas. Miró las lápidas cercanas. Supo entonces por qué se les ponían flores: para que fueran regadas por las lágrimas de los dolientes.

Las suyas hacía tiempo que caían al vacío. El llanto estéril de quien convirtió a su muerta en una tumba sin flores.

—Sabía que no se resistiría a venir.

Eugenio se sobresaltó al escuchar la frase. No había sentido a nadie acercarse, perdido como estaba en sus pensamientos, y por un instante creyó que quien le hablaba era un fantasma. Pero conocía esa voz. Giró la cabeza para encontrarse con Roumagnac.

—Ahora veo por qué me costó tanto trabajo encontrarlo. Por el aspecto que tiene, no dudo que haya estado escondido en alguna de estas tumbas.

Eugenio comprendió de inmediato que Roumagnac venía para aprehenderlo. En lugar de miedo, sintió alivio.

—He estado muerto en vida. En eso no se equivoca.

—No tan muerto como algunos quisieran.

El inspector lo tomó del brazo y le hizo una seña para que lo acompañara. Eugenio no se resistió. Vio cómo el sepulturero arrojaba la última paletada de tierra sobre la tumba del Chalequero, y se dejó conducir a la salida del cementerio.

—Así que usted es el romano.

—¿P-perdón?

Eugenio sintió el nerviosismo de Roumagnac. Algo lo obligaba a actuar. Y se compadeció de él. El inspector había intentado cambiar de bando pero le fue imposible: estaba encadenado al gobierno.

—Es una broma —dijo, y agregó—: supongo que no le quedó más alternativa que entregarme.

—Era su cabeza a lo mía. Literalmente.

—¿En verdad me va a matar? —preguntó Eugenio con un miedo repentino.

Roumagnac le dirigió una mirada severa.

—No soy el villano de esta historia. Tengo un plan para que usted no acabe en el paredón, sino tras los muros de un manicomio.

—¿Y qué hay que hacer para que eso ocurra?

—Actúe como loco. El aspecto ya lo tiene.

Llegaron a las puertas del cementerio. Afuera los esperaba un carruaje gigantesco, negro como una nube de tormenta. Eugenio ahogó un grito. El Cochero bajó del pescante. Se quitó el sombrero y saludó con su insoportable cortesía:

—Don Eugenio. Tanto tiempo sin vernos.

Eugenio se zafó del brazo de Roumagnac. Apuntó con un dedo al Cochero y gritó:

—¡Ese hombre intentó matarme! ¡No nos podemos ir con él!

El Cochero sacó de la bolsa de su levita una navaja de peluquero. La hoja se desplegó y brilló como un sol de bolsillo.

—Tranquilo —dijo Roumagnac—. Está bajo mis órdenes. La navaja tiene un propósito...

El Cochero se adelantó y acercó la navaja a las barbas de Eugenio. Luego las peinó como si fuera un cepillo.

—Al lugar al que vamos, Don Eugenio, no puede ingresar con ese aspecto de menesteroso. Recuerde que la elegancia...

No pudo concluir la frase. Roumagnac se había colocado detrás del Cochero y ahora lo sujetaba de ambos brazos. La navaja cayó al suelo y rebotó a los pies de Eugenio.

—¡Rápido! —le gritó Roumagnac a su antiguo aliado—. ¡Córtele la garganta!

Eugenio reaccionó y recogió la navaja.

—Caballeros —dijo el Cochero, sin perder su aplomo—. No pueden hacer esto. Ambos saben muy bien para quién trabajo...

—Yo no trabajo para nadie —dijo Eugenio—. Soy un lunático peligroso que necesita una camisa de fuerza.

Acto seguido blandió la navaja frente al rostro del Cochero y le rebanó la nariz. Este aulló de dolor e intentó zafarse del abrazo de Roumagnac.

—¡Hijo de puta! ¡Voy a quitarte esa navaja y te la voy a enterrar en el culo!

El rostro ensangrentado y sin nariz le daba al Cochero el aspecto de un murciélago. Los ojos se le salían de las órbitas por la ira y el dolor. Eugenio vio que Roumagnac no resistiría más sus embates.

—Alguien como tú no puede morir con elegancia —dijo, y le rebanó la garganta de un tajo.

El chorro de sangre cayó directo en la cabeza de Eugenio, pero él no se movió: dejó que el líquido lo empapara hasta escurrir por sus barbas.

Roumagnac soltó al Cochero, que cayó al suelo y comenzó a convulsionarse. El aire ya no le llegaba a los pulmones; se le escapaba por la herida produciendo un siseo escalofriante.

Los dos se le quedaron mirando hasta que se quedó quieto. Después Eugenio se agachó, recogió la nariz y preguntó:

—¿Parezco suficientemente loco?

De las memorias de Eugenio Casasola (VII)

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Las pisadas son claras y fuertes. Al fin la Bestia se ha decidido a venir por mí. Incluso los gritos de los otros internos han cesado, pues saben muy bien cuando a un sentenciado le llegó la hora. Ya no me importa si este testimonio es leído alguna vez por mi familia. Solo quiero que la espera termine. Después de este infierno me aguarda otro, y más vale que comience ese tránsito cuanto antes.

Me queda evocarte una última vez, Murcia. Todo condenado a muerte tiene un último deseo, y ese es el mío. Aquel día ante la tumba de tu asesino comprendí una cosa: que solo necesitamos un lugar para enterrar a los extraños, pues a quienes amamos los llevamos enterrados dentro de nosotros.

Yo he sido una caja sin clavos. Un ataúd de carne.

La luz de la vela se agita. La sombra alargada que se dibuja en la pared viene por mí.

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Eugenio no quiso voltear de inmediato. Se quedó contemplando la sombra en la pared, que en nada se parecía a lo que imaginó durante todas las noches en vela que transcurrieron desde que llegó al manicomio. La figura parecía usar un sombrero con flores. Además, el aire traía un olor dulzón, como de perfume. ¿Erasí como la Bestia engaña a sus víctimas?, pensó. Soltó la pluma y se giró para contemplar a su asesino. Y lo que vio lo dejó pasmado.

Era una mujer.

Ahí en la puerta de su celda, cogida de los barrotes con sus manos enguantadas, estaba una persona conocida.

Madame Guillot.

—¿Tú? —preguntó Eugenio, confundido y aterrado—. ¿En verdad has sido tú todo este tiempo?

Madame Guillot se hizo a un lado. Detrás de ella estaba el celador. Abrió la reja, y los dejó solos.

—Al fin nos reencontramos —dijo la médium, mientras entraba y se quitaba el sombrero. Su melena roja cayó sobre los hombros como una cascada de sangre.

—En verdad eres el Diablo —dijo Eugenio—. Pero más hermosa, más terrible.

Madame Guillot sacó un pequeño cuchillo que llevaba escondido dentro del escote.

—Necesito hacerlo —dijo, y se abalanzó blandiendo el arma.

Eugenio profirió un grito y alzó las manos para protegerse. El cuchillo le hizo un tajo en un dedo. Madame Guillot lo cogió y comenzó a succionar la sangre que manaba de la falange.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eugenio, mientras sentía una fuerte excitación que lo paralizaba.

—Ya viene, ya viene —dijo ella, con los ojos en blanco.

Madame Guillot se rasgó el vestido y se descubrió las tetas; estaban cubiertas de pecas, como si decenas de dientes diminutos se hubieran deleitado mordiéndolas. Cogió la cabeza de Eugenio y la restregó contra sus pezones. Mientras él chupaba, Madame Guillot bajó la mano, le abrió la bragueta y comenzó a apretarle la verga. Después empujó a Eugenio hacia atrás, se subió las enaguas y lo montó sobre la silla.

—¿Por qué? —preguntó Eugenio, que gemía y sollozaba al mismo tiempo—. ¿Por qué?

Madame Guillot cambió. Las pupilas regresaron a su lugar y su mirada se volvió más dulce y familiar. Entonces habló con otra voz:

—¿No me reconoces, chamaco?

Eugenio sintió como si un relámpago lo partiera por la mitad.

—Murcia —dijo, con un ahogado gemido.

Ella aumentó el vaivén de sus caderas. Ya no hubo palabras, solo dos bocas abiertas que formaban un solo abismo.

Cuando terminaron, jadeantes y exhaustos, apenas tuvieron fuerzas para juntar sus labios.

—Espérame en el Otro Mundo —dijo Eugenio, mientras acariciaba sus cabellos—. Me queda poco tiempo.

—Allá no hay tiempo —dijo Murcia, sonriendo—. Allá ya estamos juntos.

Se desvaneció en sus brazos. Eugenio la levantó y la depositó sobre su catre. Parecía dormir. El sueño inquieto de quien está por despertar.

Cuando Madame Guillot abrió los ojos, Murcia ya se había ido.

—Hay que apurarse.

Madame Guillot estaba de pie. Se había tapado la rasgadura del vestido con un chal. Tenía de nuevo el sombrero sobre la cabeza y el cabello recogido en un chongo.

—¿Cómo hiciste para entrar? —preguntó Eugenio, mientras enrollaba las hojas que escribió en la celda y las envolvía con un atado.

—Roumagnac. La culpa no lo deja por haberte entregado. Nos debía este favor.

—Le prestaste tu cuerpo a Murcia. ¿Cómo puedo pagarte eso?

—No sé si hice bien. Acostarse con muertos tiene sus consecuencias: abriste un portal. Ahora tu familia quedará ligada al Otro Mundo.

—No importa: así podré hablar con Edmundo cuando me muera.

—Él estará demasiado enojado contigo, y no aceptará fantasmas. Pero su descendencia...

Unas llaves tintinearón en la entrada. El celador abrió la reja.

—Se acabó la visita.

Eugenio le entregó sus memorias a Madame Guillot.

—Adiós, Danielle —dijo, y la abrazó—. Gracias por todo.

Madame Guillot escondió los papeles bajo su chal.

—No te pongas sentimental. Yo sí puedo seguirte viendo aunque mueras.

Se acercó a la puerta. Antes de salir, miró a Eugenio por última vez.

—Te contactaré pronto. Tenemos una Causa. Una revolución por hacer.

Manicomio General La Castañeda, noviembre de 1910

Cuando finalmente la Bestia vino por Eugenio, tampoco se parecía a lo que veía en sus pesadillas. Lo único cierto era que su figura imponía; tanto, que incluso daba miedo respirar el mismo aire que salía de las fosas nasales de la criatura.

Aunque todo en ella era amenazante, lo que más llamó la atención de Eugenio fue el aura resplandeciente que emanaba de su cuerpo, como si se tratara de un ser inmortal. Incluso daba la impresión de que sus pies no tocaban el suelo, de que su sentido de superioridad respecto a la especie de los mortales lo elevaba por encima de ellos. Pensó en las hablaturías del pueblo respecto a la Bestia, y comprendió que no eran erróneas.

—¿Es usted Eugenio Casasola?

La Bestia hablaba. Y hablaba porque era humana.

Eugenio se levantó. Cruzó los brazos sobre el pecho para que no se notara que le temblaban.

—Sí —respondió—. Pero eso usted ya lo sabe.

—Le informo que es culpable de los cargos de Sedición y Alta Traición. La pena de muerte se ejecutará de inmediato.

—¿Y quién me juzgó? ¿Usted?

—Yo. La Patria. Es lo mismo. ¿Quiere decir sus últimas palabras?

Eugenio vio a su adversario. Las condecoraciones que saturaban su casaca y el casco prusiano que portaba con una dignidad absurda lo hacían parecer el mandatario de un país que no era México.

Lo desafió con la mirada, y dijo:

—Volveré para derrotarlo.

Porfirio Díaz movió ligeramente los labios. Una rajadura en un rostro de roca. Era lo más parecido que tenía a una sonrisa.

Después se abalanzó sobre Eugenio, le arrancó la lengua de un mordisco y dejó que se ahogara en su propia sangre.

Ciudad de México, en un lugar sin tiempo

Una ráfaga apagó las velas. Madame Guillot tomó la mano de su cliente y la apretó con fuerza. La temperatura descendió de manera abrupta en la habitación. Se escucharon varios sonidos. Un chapoteo, como si alguien estuviera saliendo del agua. El llanto de un recién nacido. El aleteo de un ave en la oscuridad. También el ruido de una manada de caballos cruzando la llanura.

Después la duela crujió. El candelabro volvió a encenderse.

La médium se sacudió y comenzó a escribir en el papel. Terminó la frase que le fue dictada y dejó que su cliente la leyera.

El mensaje decía:

«Querido hermano, soy José. No estoy solo. Vengo con un amigo».

—¿De quién se trata? —preguntó el cliente en voz alta.

La mano de Madame Guillot se movió con rapidez.

«Un periodista asesinado por el Dictador».

Francisco I. Madero cerró los ojos, consternado; meditó unos segundos y después volvió a abrirlos. En sus pupilas se reflejaban las llamas de las velas.

—¿Y qué desea tu amigo? —preguntó—. Lo escucho con atención.

Madame Guillot transcribió el mensaje. En ese momento no tenía consciencia de lo que hacía. Sin embargo, cuando trazó la última letra, una sonrisa se dibujó en su rostro. Una que se parecía mucho a la de Eugenio.

Madero tomó el papel. Lo leyó con las pupilas llenas de fuego.

«Lo mismo que yo: que te levantes en armas».

EL CHALEQUERO TIENE SUS IMITADORES

En una barranca cercana a la ciudad de Puebla, por el camino de San Pablo Xochimehuacán, fue encontrado hoy el cadáver de una mujer que presentaba signos inequívocos de que había sido estrangulada, después de haberse cometido con ella un atentado.

Cuando el personal de la comisaria se presentó en el lugar para recoger el mencionado cadáver, pudo verse perfectamente que la mujer había sostenido una lucha desesperada con su matador, puesto que tenía todas las ropas desgarradas y varias lesiones en diferentes partes del cuerpo.

El cadáver no ha podido ser identificado todavía, pues solamente una mujer del pueblo referido dice que conocía de vista a la extinta; pero sin que pudiera dar el nombre de ella. Manos piadosas, en el lugar del crimen, pusieron una cruz de madera.

Periódico *El Demócrata*, 29 de mayo de 1919

Extracto de nota

EPÍLOGO

Ciudad de México, octubre de 2013

Casasola se quedó dormido con las memorias de su abuelo en las manos. Había acudido a la antigua casona de la calle de Cuba, ahora convertida en vecindad, donde su familia aún conservaba un cuarto de azotea como bodega. No le costó mucho trabajo dar con el volumen empastado. Lo encontró entre álbumes deshojados, fotografías habitadas por pálidos fantasmas, y trajes y sombreros de museo.

Mientras pasaba las páginas comprendió muchas cosas, entre ellas por qué el abuelo era un tema tabú en su familia.

Ahora, en el sueño, Casasola accedió a un lugar familiar que tenía mucho tiempo sin visitar: el cuarto a oscuras con una mesa circular y rostros emergiendo de la penumbra. Vio a Verduzco y a Quintana, y sonrió.

Era bueno estar de nuevo ante el Consejo de Periodistas de Nota Roja Muertos.

Pero ahora había alguien más. Emergió de las sombras ataviado con una levita. En las manos traía una chistera. Casasola sintió ganas de abrazarlo, pero sabía que era imposible.

Su abuelo le habló sin preámbulos. Los muertos no podían perder tiempo con los vivos, porque la comunicación siempre era breve.

—Prepárate —le dijo—. Una guerra entre el mundo espiritual y el material viene en camino.

Eugenio se puso la chistera en la cabeza. Luego agregó:

—Y tú estarás en medio.

ALGUNOS DE LOS PERSONAJES REALES QUE APARECEN EN LA NOVELA

FRANCISCO GUERRERO

Alias el Chalequero, alias el Chaleco Zapatero y asesino de prostitutas. Nació en Guadalajara, y posteriormente se trasladó a la Ciudad de México. Fue uno de los criminales más célebres del Porfiriato. Se hizo famoso en 1888, el mismo año en que Jack El Destripador desató el «otoño del terror» en Londres. Porfirio Díaz le perdonó su primera sentencia de muerte, por motivos que a la fecha se desconocen. Murió en el hospital Juárez a los 58 años de edad. Su libro favorito era *Los misterios de París* de Eugenio Sue.

CARLOS ROUMAGNAC

Pionero de la criminalística en México. Realizó trabajos importantes como *Los criminales en México: ensayo de psicología criminal*; *Crímenes sexuales y pasionales: estudio de psicología morbosa*, y *Matadores de mujeres, escritos a principios del siglo XX*. Fue también inspector de la policía en el gobierno de Porfirio Díaz. Antes de eso, fue juzgado por escribir un artículo sobre anarquismo.

JULIO RUELAS

Pintor simbolista e ilustrador de la *Revista Moderna*. Tras graduarse de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, su vida disipada lo llevó a una muerte prematura (37 años), ocurrida en la ciudad de París, donde perfeccionaba su trazo. Sus restos yacen en el cementerio de Pere-Lachaise. Se adelantó por décadas a la imaginería mórbida y depresiva que muchos *darks* veneran hoy en día.

RAFAEL REYES SPÍNDOLA

Fundó y dirigió el periódico *El Imparcial*, medio al que Porfirio Díaz protegió e impulsó con el objeto de aniquilar a los diarios opositores. Más allá de su alianza con el poder, Spíndola revolucionó la manera de plasmar la información, y se le considera el creador de la prensa moderna en México. Su olfato periodístico lo llevó a dejar atrás las crónicas de costumbres que llenaban los diarios anquilosados, y se centró en las noticias de actualidad, sin despreciar el potencial del amarillismo.

Por supuesto, en *El Imparcial* jamás se habló mal del Señor Presidente.

ALEISTER CROWLEY

Mago galés, ocultista, fundador de diversas órdenes secretas, profesional del escándalo y celebridad todo terreno, que en su momento fue conocido como «El hombre más perverso del mundo». Su encuentro con Porfirio Díaz no está documentado, pero pudo haber ocurrido, ya que Crowley pasó una larga temporada en la Ciudad de México a principios del siglo xx.

SÓSTENES ROCHA

Militar y político oriundo de Guanajuato. Combatió en la Guerra de Reforma, en el Sitio de Puebla y en la Revolución de La Noria, donde por cierto venció a un joven Porfirio Díaz. Fue aliado de Benito Juárez y director del Colegio Militar. Murió en 1897 en la Ciudad de México.

IRENEO PAZ

Historiador, periodista, y abuelo del poeta Octavio Paz. En un duelo mató a otro periodista importante de la época, Santiago Sierra, hermano del escritor y político Justo Sierra. Murió a los 86 años.

FÉLIX DÍAZ

Sobrino y protegido de Porfirio Díaz. Estudio en el Colegio Militar y sirvió al Estado Mayor Presidencial. Fue Jefe de la Policía de la Ciudad de México a principios del siglo xx. Combatió en la Revolución y sufrió el mismo destino de su familia: el destierro.

PORFIRIO DÍAZ

Gobernó a México durante 30 años con una férrea dictadura. Aunque el país entró en la modernidad mediante iniciativas suyas como el desarrollo del ferrocarril, el telégrafo y la luz eléctrica, su mandato se caracterizó por la represión de sus opositores. A lo largo de su dilatada presidencia muchos periodistas fueron perseguidos, encarcelados e incluso asesinados.

FRANCISCO I. MADERO

Fue el iniciador de la Revolución que desterró a Porfirio Díaz. En 1908 escribió *La sucesión presidencial* y en 1910 el Plan de San Luis, donde hizo un llamado a las armas. Muchos años después, cuando salieron a la luz sus diarios, se supo que sus ideas libertarias fueron el fruto de sesiones espiritistas, y de lo que los muertos le comunicaban en ellas.

NOTA

Este libro no pretende ser una rigurosa novela histórica. Algunos episodios reales los he movido de su fecha exacta con el propósito de encajarlos en la trama, por lo que debe ser considerado mayormente como un libro de ficción; un ejercicio de la imaginación antes que otra cosa. En lo que sí procuré ser fiel fue en el espíritu de la época, que era una de las cosas que me interesaba reflejar. Los hechos ocurridos al final del siglo XIX y al principio del XX fundaron las bases del país como lo conocemos hoy en día, y también propiciaron el surgimiento de la nota roja, que es uno de los hilos conductores de la saga Casasola.

Fueron muchos los libros que me ayudaron a construir esta novela. Para no aburrir al lector con una larga lista, solo mencionaré los que me resultaron más importantes: *Panorama mexicano 1890-1910*, de Ciro B. Cebados; *El lado oscuro del Porfiriato. Sexo, crímenes y vicios en la Ciudad de México*, de James Alex Garza; *El bar. La vida literaria de México en 1900*, de Rubén M. Campos; *Terribilísimas historias de crímenes y horrores en la Ciudad de México en el siglo XIX*, de Agustín Sánchez González; *México: un paseo por la ciudad en 1910*, de Fernando Diez de Urdanivia; *La nota roja 1900-1909*, de Victoria Brocea; *El periódico El Imparcial. Primer diario moderno de México (1896-1914)*, de Clara Guadalupe García; el tomo 2 de *La Ciudad de México*, de Fernando Benítez; *El último brindis de Don Porfirio*, de Rafael Tovar y de Teresa, y sobre todo *Entre la moralización y el sensacionalismo. El surgimiento del reportaje policiaco en la Ciudad de México 1899-1910*, tesis de Alberto del Castillo Troncoso, que provocó un giro completo en la trama que tenía en mente.

Mi agradecimiento también para José de Jesús Arenas, quien se sumergió en los archivos del AGN y me preparó un muy completo expediente sobre el caso del Chalequero, que fue mi guía fundamental en la escritura de este libro. Casi todas las notas periodísticas que aparecen en la novela fueron tomadas de ahí, y las copié con ligeras modificaciones de los periódicos de la época.

Debo aclarar además que la mayor parte de los diálogos del Acuchillador son de Eugenio Sue. A fin de cuentas, es su personaje. Así mismo, algunos pensamientos del Chalequero son auténticos, pero no aclararé cuáles le pertenecen a él y cuáles a mí, pues terminé convirtiéndolo en mi personaje.

Ahora Casasola se prepara para una batalla definitiva. Los muertos se confundirán con los vivos, pero tendrá viejos y nuevos aliados. Los necesitará.

